

Michel Foucault. Para una crítica de la economía política en términos de tecnologías de gobierno

TESIS DE MAESTRÍA

Guillermo Andrés Vega

gui_vega@argentina.com

Resumen

El presente trabajo de tesis de Maestría intenta determinar tres cosas: a) los diferentes modos bajo los cuales el filósofo francés Michel Foucault abordó “la economía” en su principales intervenciones, b) el lugar que le dio en su pensamiento -i.e., la manera en que la relacionó con el problema de la verdad y el poder/gobierno- y, especialmente, c) la relevancia del concepto de “tecnologías de gobierno” para pensar la heterogeneidad de componentes que constituyen los fenómenos económicos o el dominio de lo económico. Para tales efectos se ha recurrido a las principales obras publicadas de fines de 1960 y principios de 1970, además de los cursos de los años 1978 y 1979. Asimismo, tres perspectivas teóricas se constituyen como los principales focos de interlocución en esta investigación: a) el marxismo althusseriano, b) la lectura agambeniana en términos de una “teología económica”, y c) la recuperación anglosajona de las principales nociones presentes en los cursos que Foucault dictara hacia fines de la década de 1970.

ÍNDICE

Introducción

Primera Parte

La ciencia de la economía. Un abordaje desde la perspectiva del saber

1.- Ciencias

1.1.- La finitud

1.2.- Del análisis de las riquezas a la economía política

1.3.- Entrecruzamientos entre ciencias humanas y economía política

2.- El retorno al saber

Segunda Parte

Dispositivos y Tecnologías

1.- Dispositivo

2.- Racionalidad y Tecnología

Tercera Parte

Economía Política

1.- Abandono del modelo de la “economía doméstica”

1.1.- El “modelo” de la ciudad. La circulación

2.- Dispositivos de seguridad y Fisiocracia. Una nueva tecnología de gobierno

3.- El Utilitarismo. Instrumento teórico y tecnología de gobierno

Conclusión

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

La dimensión política de la filosofía de Michel Foucault fue referenciada, en la academia hispanoamericana y durante un buen tiempo, con un conjunto de nociones y temas vinculados fundamentalmente con las ideas rectoras de “poder” y “relaciones de poder”. Elementos tales como disciplina, panóptico, anormalidad, sexualidad, sujetos, etc., componían un pensamiento sobre el poder que se distanciaba incluso de las formas más habituales que la tradición académica en filosofía política había ensayado para comprenderlo. Esta empresa intelectual situaba, en buena medida, tanto su emplazamiento teórico como algunos de sus objetos de estudio -la locura, la medicalización, la anormalidad, el encierro del delincuente, etc.- dentro de una perspectiva de corte netamente crítico y, como consecuencia, emparentada con la teoría crítica de la escuela de Frankfurt.¹ Asimismo, cierto “antihumanismo” metodológico acercaba a Foucault a quien fuera su profesor, Louis Althusser, y a toda una línea teórica “estructuralista” de recuperación del pensamiento de Marx.² Como consecuencia, el marxismo, en su vertiente althusseriana -no centrada en los problemas de la alienación, sino en las relaciones de producción, como así también en la distinción entre discurso verdadero e ideología-, se constituye en un punto de referencia obligado y en un interlocutor fundamental al momento de echar luz sobre el derrotero crítico de la “filosofía política” foucaultiana.

A pesar de que no pocos intelectuales han realizado una búsqueda de consanguinidad teórica que pudiese reunir a Marx y Foucault³ a partir de sus coincidentes objetivos críticos, dos acontecimientos, vinculados con las propias características del pensamiento y la obra de este último, tornan problemática esta relación. Uno de ellos consiste en el conjunto de pasajes y comentarios a través de los cuales Foucault pretende tomar una distancia explícita ante el proceder crítico del pensamiento marxista. El punto de divergencia fundamental se emplaza alrededor de la gravitación que supone una crítica de la economía política para la determinación de acontecimientos políticos del orden de la dominación o la liberación en una sociedad capitalista. En una entrevista realizada en 1977, Foucault comenta, al respecto de este tema: “...en los instrumentos conceptuales y teóricos que teníamos en mente nada nos permitía captar con claridad el problema del

¹ En especial con los pensadores que componen el primer período de la escuela (1923-1950), dado el orden de preocupaciones desarrolladas por algunos de sus integrantes, sobre todo Franz Neumann y Otto Kirchheimer.

² Cuyos principales exponentes son aquellos que, durante la década de 1960, se encontraban trabajando o estrechamente con Althusser o a partir de sus lecturas, es decir, E. Balibar, P. Macherey, J. Rancière y A. Badiou.

³ Entre los que han problematizado las distancias y proximidades es necesario mencionar los trabajos de Smart, B. *Foucault, Marxism and Critique*, London, Routledge & Kegan Paul, 1983; Poster, M., *Foucault, Marxism and History*, Cambridge, Polity Press, Oxford, Basil Blackwell, 1984; Lemke, T. *et al.*, *Marx y Foucault*, Bs. As., Nueva Visión, 2006.

poder, porque el siglo XIX, que nos había legado esos instrumentos, sólo lo había percibido a través de los esquemas económicos”.⁴ Lo que está en cuestión con el marxismo -y los marxistas- es el modo en que este reduce las relaciones de poder a la economía -con la consiguiente elusión de sus especificidades- al momento de articular una crítica política.

El otro suceso relevante se corresponde con el itinerario del pensamiento y la obra de Foucault. Hacia fines de la década de 1990 comienzan a publicarse en Francia los cursos dictados por el filósofo francés en el *Collège de France* a lo largo de casi quince años. Dos de los mismos son significativos en cuanto a lo hasta aquí mencionado: el curso del año 1978, titulado *Seguridad, territorio, población*, y el correspondiente al año siguiente, 1979, que lleva por nombre *Nacimiento de la biopolítica*. Ambos son fundamentales por dos razones; la primera es que a partir de 1978 Foucault introduce un desplazamiento en la modalidad del tratamiento del poder que había caracterizado, en términos generales, la primera mitad de la década de 1970. La noción de “gubernamentalidad”, empleada en el curso de 1978, se convierte en una nueva grilla de análisis que fuerza una reorganización de los elementos, que conformaban el léxico foucaultiano hasta ese momento, alrededor de un problema novedoso: el gobierno político o “arte de gobernar”, es decir, el conjunto de reflexiones volcadas sobre la práctica de gobierno, ya sea del Estado o de la población.⁵ La segunda razón por la que estas obras son particularmente relevantes está directamente relacionada con el lugar y la función que ocupa la economía en el tratamiento de las cuestiones vinculadas al gobierno de las poblaciones.

Si bien es justo señalar que el abordaje de la economía está presente⁶ en la obra de Foucault entre 1966 y 1976, la asociación entre la dimensión de dichas prácticas y “el poder”,⁷ realizada para describir la ligazón entre verdad y prácticas históricas es, como mínimo, elusiva en estos años. Foucault parece esforzarse teóricamente por distanciarse del esquema marxiano-althusseriano de la “determinación económica en última instancia”, empleado para pensar la dimensión de los fenómenos de dominación en el capitalismo. En su lugar, durante el período 1970-1976 el filósofo francés ensaya nuevas conceptualizaciones, adoptando un registro de análisis que, contrariamente a la tendencia predominante en el marxismo, se despliega en lo que denomina un plano “microfísico”, esto es, alrededor de un dominio de objetos y de relaciones -locura, sexualidad,

⁴ Foucault, Michel, “Poder y Saber”, en Foucault, Michel, *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida*, trad. Horacio Pons, Bs. As., Siglo XXI, 2012, p. 68.

⁵ El “arte de gobernar” el Estado estará enmarcado dentro de la tematización de la razón de Estado, mientras que el gobierno de la población estará comprendido en el orden de problemas y elementos que se construyen alrededor del surgimiento del liberalismo.

⁶ Bajo la forma de algunas cuestiones relativas al tratamiento del saber o bien a través de caracterizaciones generales articuladas en expresiones del orden de “el capitalismo”.

⁷ Están comprendidos por esta expresión los dispositivos disciplinarios de saber-poder, el conjunto de relaciones y de elementos que permiten clasificaciones del orden social en términos de normalidad y anormalidad, etc.

criminalidad, encierro y medicalización de la sociedad, etc.- que no ostentan, para la época, el privilegio de ser componentes fundamentales en el modo tradicional de hacer teoría y crítica política. En efecto, hasta 1976, objetos “clásicos” de la filosofía política y la teoría crítica, como el Estado o la economía capitalista, constituyen apenas el contexto -no abordado o problematizado- de la noción central de “dispositivos de poder”.⁸

En los cursos de 1978-1979 Foucault parece intentar saldar una deuda frente a las críticas recibidas sobre su concepción del poder, especialmente las provenientes desde el marxismo.⁹ Es en este período cuando el Estado y la economía política se convierten en elementos fundamentales en el tratamiento reflexivo de una modalidad más concreta del ejercicio histórico de las relaciones de poder, el gobierno, tanto del Estado como de las poblaciones y la sociedad.¹⁰ El curso *Seguridad, territorio, población* se presenta, por un lado, como una continuación de los elementos barajados durante el año 1976, sobre todo en la famosa clase del 17 de marzo de ese año -la regulación de la población-, y, por otro, como el lugar de emergencia de asuntos novedosos -el concepto de “gubernamentalidad” y el tratamiento de la “razón de Estado” y del “liberalismo”, en términos de racionalidades políticas y tecnologías de gobierno-.

De esta manera, Estado y economía pasan a ser objetos de análisis y a integrar los intereses teóricos de Foucault hacia fines de los ´70. Sin embargo, existen grandes diferencias con respecto de las formas de conceptualizar uno y otro entre la lectura del filósofo francés y la tradición de la filosofía política. Para aquel, el Estado no se da por supuesto, no es una entidad que preexiste a toda forma de organización política de las relaciones de poder. El Estado es un emergente de los modos en que se autopercebe y se realiza la práctica del gobierno, es un “prisma” o “grilla de inteligibilidad” a través del cual se piensa el ejercicio del poder bajo la modalidad de la conducción de hombres y procesos. De acuerdo con la datación foucaultiana, esta articulación entre práctica de gobierno, reflexión y Estado tiene lugar entre los siglos XVI-XVIII, alrededor de un tipo de racionalidad política conocida como “razón de Estado”. Por otro lado, también en el marco de los análisis inaugurados a partir de 1978, la economía no es comprendida ni como una mera teoría ni como una visión ideologizada que distorsiona la realidad. La economía aparece asociada a una lógica, a un tipo de cálculo, a una racionalidad determinada que atraviesa el Estado, el mercado y la población bajo la forma y la función del gobierno, y

⁸ Este es el camino que adopta el artículo de Stéphane Légrand para elaborar su crítica al concepto de disciplina foucaultiano. Cfr., Légrand, Stéphane, “El marxismo olvidado de Foucault”, en Lemke, Thomas *et al.*, *Marx y Foucault*, ob cit., pp. 21-39.

⁹ En una entrevista del año 1978 Foucault traza un cuadro completo de sus principales diferencias frente a las acusaciones provenientes del Partido Comunista. Cfr., Foucault, Michel, “Precisiones sobre el poder, respuestas a algunas críticas”, en Foucault, Michel, *El poder, una bestia magnífica*, ob. cit., pp. 113-124.

¹⁰ El gobierno del Estado se corresponde con el tratamiento de la “razón de Estado” en el curso del año 1978. En lo concerniente al gobierno de las poblaciones y de la sociedad, el análisis se distribuye entre los cursos de 1978 y 1979 en torno del abordaje del liberalismo y del neoliberalismo, respectivamente.

que adquiere especial relevancia con el advenimiento de una racionalidad de gobierno diferente de la “razón de Estado”, esto es, el liberalismo.

Cuando por economía no se mienta únicamente un sistema de producción específico o una disciplina científica que crece al calor de las relaciones de producción de un régimen económico determinado, sino, además de ello, un tipo de cálculo, una lógica o racionalidad que corta transversalmente los elementos mencionados e incluye, al mismo tiempo, dispositivos de seguridad, disciplinares y jurídicos articulados sobre un principio de libre circulación (de bienes, personas, relaciones, cosas, etc.), entonces el conjunto así estructurado, y los elementos heterogéneos que lo constituyen, merece una conceptualización diferenciada con respecto a las perspectivas teóricas vigentes. De esta manera, el liberalismo, asumido en los términos de una racionalidad de gobierno que se forja a partir del siglo XVIII, enmarca un conjunto de saberes y prácticas que son conceptualizados por Foucault, durante la segunda mitad de la década de 1970, a través de las nociones de “dispositivos” y de “tecnologías de gobierno”. Ahora bien, ¿qué implica, en el nivel de la teoría, pensar el dominio de acontecimientos -que desde el siglo XVIII han sido comprendidos como “económicos”- bajo la perspectiva conceptual de dispositivos y tecnologías de gobierno? Asimismo, ¿cuál es la relación que vincula las tecnologías de gobierno con la racionalidad política y los distintos dispositivos que Foucault describe en un momento histórico dado? En otras palabras, pensar acontecimientos políticos, como el gobierno, y económicos, como el liberalismo, en términos de prácticas, saberes y estrategias, tal y como supone la propuesta de M. Foucault, vuelve menester identificar las consecuencias teóricas que dicho abordaje supone para la relación política-economía, tal y como ha sido presentada por las perspectivas marxistas.

Para delimitar aún más los problemas sugeridos por las cuestiones formuladas en el párrafo anterior, es necesario establecer el orden de nociones o conceptos que, en la obra foucaultiana, presentan una funcionalidad destacada en el contexto de su filosofía crítica - así como también un estatuto polémico, al ser retomados y reformulados por varios pensadores contemporáneos-. De esta manera, cabe resaltar la importancia del concepto de “dispositivo”, puesto que resulta ser una de las herramientas teóricas centrales entre los años 1975 y 1976 para pensar el ejercicio del poder. Comprendido como un “ensamblaje” de prácticas discursivas y no discursivas, el dispositivo organiza de manera inteligible lo que se dice y se hace alrededor de un dominio específico. De la mano de este concepto, Foucault empuja la reflexión sobre el poder a ámbitos no transitados por los análisis políticos tradicionales, lo cual dirige el pensamiento crítico sobre un conjunto nuevo de objetos y dominios tales como la sexualidad o las prácticas punitivas. Sin embargo, el dispositivo, por sí mismo, no da cuenta de los ejercicios de poder en escalas globales o,

para decirlo de otra manera, se vuelve poco eficaz en una dimensión “macrofísica”.¹¹ Esta característica trae aparejado el hecho de que temas como el Estado y la “economía capitalista” constituyan apenas una suerte de vago escenario contextual en el tratamiento que el filósofo francés hace del poder en dicho período.¹²

El curso de 1978 expone el funcionamiento de un nuevo dispositivo, denominado “de seguridad”, que tiene la particularidad de desplegarse sobre un dominio constituido por fenómenos masivos y colectivos: la población. Sobre el trasfondo de la distinción entre los dispositivos jurídicos, disciplinarios y de seguridad emerge la cuestión del gobierno. Al respecto, Foucault sostendrá que a partir del siglo XVI florecen en Europa problemas relativos al gobierno en distintos órdenes: gobierno de las almas, de los niños, de los hombres, etc. De esta manera, la centralidad del gobierno de los hombres y la de los dispositivos de seguridad corre en paralelo al crecimiento de las ciudades y la organización de los grandes Estados nacionales, en conjunto con las transformaciones ligadas al comercio y la preocupación creciente en torno de los procesos económicos. En otros términos, y esta es quizá la tesis fundamental que Foucault presenta en el curso de 1978, el entrecruzamiento de la economía política nacida en el siglo XVIII y el Estado -constituido bajo la forma de la “razón de Estado”- configuran el espacio en el que se emplaza una nueva racionalidad de gobierno que denominará “liberalismo”. Las principales características de la misma radican en la predominancia de los dispositivos de seguridad, frente a los disciplinares y jurídicos, la población, como dominio de intervención, tanto práctico como teórico, y la libertad, como condición de posibilidad del gobierno.

En el contexto del liberalismo, es decir, entre el siglo XVIII y principios del XX,¹³ la economía se presenta, en el tratamiento foucaultiano, como: a) un campo de intervención de la práctica gubernamental; b) un saber sobre el gobierno; c) una ciencia empírica y d) una lógica o modelo de racionalidad según la cual se ejerce el arte de gobernar propio del liberalismo. El concepto de “dispositivo” se muestra poco eficaz para dar cuenta de la pluralidad de dimensiones en las que se despliega el vínculo entre los fenómenos

¹¹ Utilizamos el término “macrofísica” para ilustrar un dominio que, de alguna manera, se diferencia y engloba lo que Foucault denomina “microfísica”; en otras palabras, nos referimos al orden de los fenómenos globales, de los procesos masivos, etc.

¹² Hacia fines del curso dictado en el año 1976 (*Defender la sociedad*) Foucault introduce una dimensión de análisis que incluye tanto al Estado como a la población. El concepto de “biopoder” se mueve entre el, para ese entonces, conocido plano de las técnicas disciplinarias anatomopolíticas -la microfísica del poder- y el de los mecanismos de gestión y administración de la población -estadísticas, planes de vacunación, programas higienistas, controles de natalidad, etc.-, que Foucault conceptualiza, en ese momento, como “biopolítica”. El curso *Defender la sociedad* representa el comienzo de un desplazamiento, tanto en relación con los objetos de estudio como de la forma de pensar las relaciones de poder. No es desacertado señalar que el trasfondo permanente de este curso lo constituye la manera en que el marxismo problematizó el poder y, simultáneamente, dejó de problematizar el Estado y la lucha, aún a pesar de haber hecho girar su pensamiento -y el despliegue de la historia- en torno de la lucha de clases.

¹³ De acuerdo con la periodización que surge de los cursos de 1978 y 1979.

económicos y las relaciones de poder, comprendidas bajo la modalidad del gobierno de la población. La razón de ello estriba principalmente en que al estar definido por la reunión de elementos heterogéneos constitutivos del espacio de lo “micro” -i.e. la inmediatez frente al tratamiento de la multiplicidad-, el dispositivo no incluye como componente al Estado, si no es a partir de una elusión casi obligada del mismo.¹⁴ Por otro lado, este concepto remite permanentemente a una dimensión de mayor generalidad explicativa¹⁵ que debe encuadrar el funcionamiento y los puntos de intersección de los diferentes dispositivos.¹⁶ En ese caso, y aquí radica la propuesta de este escrito, la noción de “tecnologías de gobierno” resulta sugerente para abordar el conjunto de acontecimientos que, incluso los comprendidos por los llamados “dispositivos de seguridad”, pueden ser denominados “económicos”, sin tener que recurrir a las relaciones de producción capitalistas como explicación última.

El concepto de “tecnologías de gobierno”, empleado para comprender y analizar los fenómenos económicos, permite: a) pensar a partir de la irreductibilidad entre las relaciones de poder o gobierno y las relaciones económicas, de aquí que sea inconducente intentar subsumir una tecnología de gobierno en un régimen de producción en el intento por explicarla;¹⁷ b) sopesar la “presencia”, en un régimen de producción, tanto de una racionalidad política como de una serie de dispositivos; c) reconducir la mirada analítica hacia la “materialidad” de los acontecimientos, a la práctica misma, lo cual hace del objeto “economía” algo distinto a una mera teoría o ideología; d) determinar los modos históricos desde los cuales una racionalidad política se ha articulado con un conjunto de dispositivos y técnicas; y e) considerar, a partir de la dimensión del “gobierno”, el agregado de prácticas que se encuentran organizadas en función de una finalidad y una estrategia.

En síntesis, para determinar la fecundidad teórica del concepto de “tecnologías de gobierno” con respecto a la administración y gestión de los fenómenos económicos, por un lado, y la racionalidad política liberal, por otro, es menester abordarlo a partir de dos niveles de elementos y problemas que, de forma conjunta, lo componen: a) la dimensión del saber y b) la dimensión de las prácticas de gobierno, ancladas en el funcionamiento de

¹⁴ Es esta elusión la que define, justamente, el dominio de la “microfísica” en las intervenciones del período 1970-1976. El término “microfísica”, además de delimitar el dominio de objetos sobre los cuales se piensan las relaciones de poder, sirve para reforzar la distancia que Foucault busca establecer con el pensamiento marxiano.

¹⁵ Para S. Legrand dicha dimensión se encontraría en las relaciones de producción capitalistas, lo cual es no menos que polémico, al menos para los textos y las intervenciones -clases- que van desde 1973 a 1976. Cfr., Legrand, Stéphane, “El marxismo olvidado de Foucault”, en Lemke, Thomas *et al.*, *Marx y Foucault*, ob. cit., pp. 32-33.

¹⁶ Los tres tipos de dispositivos que Foucault analiza en el curso de 1978 son: el dispositivo jurídico, el disciplinario y el de seguridad.

¹⁷ El lugar y momento de entrecruzamiento entre una tecnología de gobierno o de poder y una racionalidad política es, en todo caso, el sitio específico en el que buscar un punto sintético que permita explicar una determinada serie de acontecimientos histórico-políticos.

programas gubernamentales y económicos, reglamentos, técnicas, etc.¹⁸ Esta distinción hace necesario identificar las diferencias correspondientes que se establecen con respecto a la noción de dispositivo, tanto a nivel conceptual, puesto que el mismo también comparte las dimensiones mencionadas en referencia a las tecnologías de gobierno -la del saber y las prácticas-, como a nivel del dominio específico de objetos sobre el cual se despliega.

Los elementos y los problemas mencionados hasta aquí han repercutido en una vasta literatura que podría organizarse alrededor de dos grandes conglomerados teóricos. Desde finales de la década del '80 y particularmente luego del impacto de la publicación de los artículos contenidos en el libro *The Foucault Effect*, en 1991, el acercamiento de una parte del mundo académico anglosajón -en particular algunos teóricos sociales que provenían del marxismo althusseriano-¹⁹ a los estudios sobre política, economía y subjetividad estuvo fuertemente marcado por una recuperación del pensamiento de Foucault de la segunda mitad de la década del '70, especialmente aquellos elementos novedosos surgidos con los cursos *Seguridad, territorio, población y Nacimiento de la biopolítica*, de 1978 y 1979, respectivamente. A diferencia de la lectura italiana de Foucault, caracterizada por un trabajo más conceptual, etimológico y erudito, los estudios anglosajones hacen hincapié en el carácter co-constitutivo de los conceptos de racionalidad política y tecnologías de gobierno, a partir de un abordaje de corte sociológico emplazado en datos empíricos. La impronta, consistente en distanciarse del marxismo althusseriano, como así también del análisis foucaultiano microfísico, promovió en los teóricos anglosajones la más prolífica recuperación de las categorías presentadas en los cursos de 1978-1979. Así, en 1980 Collin Gordon²⁰ destaca la importancia de los conceptos de “tecnologías de gobierno” y “racionalidades políticas”, y en 1990 Nikolas Rose y Peter Miller circunscriben lo económico a la racionalidad del gobierno de la vida.²¹ Otros teóricos, como Pat O'Malley y Mitchell Dean, se encuentran, junto con los mencionados, entre los más relevantes de esta posición.

A una distancia significativa de la propuesta anglosajona, el segundo grupo de continuadores de las lecturas foucaultianas de 1978-1979 tiene en común algunas pocas cosas, además de su procedencia italiana. Entre estos filósofos se destacan Giorgio

¹⁸ Cfr., Dean, Mitchell. “Putting the technological into government”, en *History of the Human Sciences*, London, SAGE, 1996, vol. 9, N° 3, pp. 47-68. Una de las propuestas de este artículo es pensar el nivel de lo tecnológico, en el ejercicio del gobierno, a partir del “arreglo” heterogéneo entre saber y prácticas concretas.

¹⁹ El Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Stuart Hall, así como la revista *Ideology and Consciousness*, se desarrollaron a la luz del impacto que tuvo en Inglaterra el marxismo althusseriano, tanto como el pensamiento de Gramsci. Cfr., Rose, N. “Governmentality Studies, liberalismo y control,” en *Nuevo Itinerario. Revista digital de Filosofía*, Resistencia, Chaco, UNNE, N° 7, vol. 7., p. 2. Disponible en <http://hum.unne.edu.ar/revistas/itinerario/revista7/entrevista01.pdf>. Consultado el 15/07/2013.

²⁰ Gordon, C. “Afterwords”, en Foucault, M. *Power/Knowledge. Selected Interviews and other Writings 1972-1977*, New York/London, Harvester Press, 1980.

²¹ Cfr., Miller, P. y Rose, N. “Governing Economic Life”, en *Economy and Society*, London, Routledge, 1990, vol. 19, N° 1.

Agamben, Roberto Espósito, Andrea Cavalletti, Antonio Negri y Maurizio Lazzarato. En ellos, el problema de la crítica al capitalismo, liberalismo o economía política, se conjuga con modos de problematización que remiten a diferentes tradiciones filosóficas -i.e. Heidegger, Schmitt, Benjamin, Derrida, en el caso de los dos primeros, y Marx, Deleuze, Nietzsche y Spinoza, en el caso de los dos últimos-. A diferencia de la perspectiva anglosajona, los debates con las diferentes disciplinas de las ciencias sociales son más escasos en las intervenciones italianas, así como más abundantes las especulaciones teóricas propias del campo filosófico tradicional.

Puesto que la investigación aquí bosquejada intenta determinar tres cuestiones fundamentales, esto es: a) la modalidad conceptual bajo la cual el filósofo francés Michel Foucault pensó “la economía”, b) el lugar que le dio en su obra -i.e., la manera en que la relacionó con el problema de la verdad y el poder- y c) la relevancia del concepto de “tecnologías de gobierno” para pensar la heterogeneidad de componentes que constituyen los fenómenos económicos o el dominio de lo económico, entonces resultan ser tres las perspectivas teóricas que se constituyen como los principales focos de interlocución: a) el marxismo althusseriano, b) la lectura agambeniana en términos de una “teología económica”, y c) la recuperación anglosajona de las principales nociones presentes en los cursos que Foucault dictara entre 1978 y 1979.

A fines de orientar el conjunto de recorridos alrededor de los temas y debates mencionados en el párrafo anterior, los objetivos del presente trabajo han sido distribuidos en torno de dos grupos. El primero, delinea de modo general la dirección que la investigación adopta en su totalidad, esto es, analizar la productividad, en materia de consecuencias teóricas,²² que presenta el análisis de los fenómenos económicos, realizado desde la perspectiva de las “tecnologías de gobierno”, en un marco histórico específico, esto es, el de la racionalidad liberal. El segundo grupo comprende los objetivos secundarios que, en buena medida, indican las diferentes derivas que la escritura adquiere, así como también algunos puntos entre los cuales oscila la búsqueda de respuestas al problema planteado en la presente tesis. Estos son: a) determinar el lugar y la función de la “economía” en los análisis foucaultianos, tanto en aquellos ligados al saber y la verdad como en los que se centran en las prácticas de poder o gobierno; b) establecer las diferencias, sean de niveles descriptivos como de dominios, que separan teóricamente los conceptos de “dispositivo” y “tecnologías de gobierno” en el pensamiento foucaultiano; y c) releer algunas de las nociones empleadas por Foucault para el análisis de la economía a la luz de la recuperación de las problemáticas -presentes en los cursos de 1978 y 1979- que llevan a cabo pensadores como el filósofo italiano Giorgio Agamben y

²² Fundamentalmente, frente al modo que la relación entre política y economía adopta en ciertas formas del análisis crítico y social que se reconocen deudoras de la tradición marxista.

los teóricos sociales anglosajones Nikolas Rose, Peter Miller, Collin Gordon y Mitchell Dean.

A los efectos de satisfacer, en la medida de lo posible, los objetivos planteados alrededor de la cuestión de la efectividad del empleo de la noción de tecnologías de gobierno para el análisis de la economía política, el recorrido argumental se ha organizado en torno de tres conjuntos temáticos. El primero de ellos pretende reflejar el modo de tratamiento que los temas relativos a la economía y, en especial, al nacimiento de la economía política, reciben durante fines de la década de 1960, fundamentalmente en *Las palabras y las cosas*. La descripción de un modo de problematización específico, caracterizado por lo que Foucault denomina “arqueología”, esto es, la pretendida descripción de regularidades en las condiciones de posibilidad del saber, en una época determinada, constituye uno de los ejes centrales alrededor de los que gira esta primera parte del escrito. A partir de estas cuestiones, se revisa la forma en que Foucault caracteriza la especificidad del pensamiento, correspondiente a lo que denomina “análisis de las riquezas”, fisiocracia y economía política. Se recuperan los elementos que dibujan los perímetros de las *epistemes* clásica y moderna, en torno de la teoría del valor, así como los desafíos que surgen para una analítica que intenta dar cuenta, a su vez, del paso de una formación histórica a otra. En pocas palabras, la primera parte trata de poner en relieve el conjunto de ventajas y problemas que presenta la analítica foucaultiana, en el intervalo que va desde *Las palabras y las cosas* hasta *La arqueología del saber*, siguiendo la guía del tratamiento de la economía presente en estos textos.

La segunda parte asume una discusión de corte netamente conceptual, en tanto y en cuanto se desarrolla sobre las posibles distancias que pueden trazarse entre nociones tales como las de dispositivos, tecnologías y racionalidades. Las mismas constituyen la gran apuesta del aparato analítico foucaultiano de la década de 1970, sin embargo, al estar empleadas, mayormente, en clases e intervenciones públicas, no guardan un grado de sistematización tal que permita aseverar que existe en la obra del filósofo francés algún pasaje que permita cerrar la discusión acerca de su significado. En forma paralela, la empresa de determinar las formas de estabilidad conceptual que pueden adquirir los elementos centrales de la analítica foucaultiana se liga a lo que podría denominarse el “problema de la escala”. En alguna medida Foucault contribuyó, durante los primeros años de la década de 1970, a elaborar una imagen acerca del nivel en que su proyecto filosófico se articulaba, esto es, el plano de la “microfísica del poder”. De más está decir que la crítica exigió respuestas con respecto a aquello que quedaba fuera del análisis y que, en buena medida, constituía un conjunto de elementos caros a la tradición clásica, tanto de la teoría política como del marxismo, esto es, el Estado, la lucha de clases, la ideología, los fenómenos globales de dominación, el capitalismo, etc. De acuerdo con estos problemas, esta segunda parte debe ser considerada en orden a un intento por dar cuenta de esta

constelación de problemas -especificidad de los conceptos y niveles de trabajo-, así como de actualizar algunos debates que pueden articularse con ciertas lecturas contemporáneas.²³

La tercera y última parte de la presente tesis intenta responder a la propuesta principal del trabajo, esto es, delimitar los elementos que se ponen en relieve, así como las ventajas que supone un abordaje heterodoxo de la economía política, de acuerdo con la analítica foucaultiana de las tecnologías de gobierno. De acuerdo con ello, esta última sección se mueve alrededor de tres temas. El primero de ellos subraya la importancia que adquiere la ciudad, en el pensamiento de Foucault, al momento de dar cuenta de la mutación que se produce, entre los siglos XVII y XVIII, con respecto al sentido de la palabra “economía”. La ciudad no sólo revelará la presencia de nuevos problemas, vinculados con el encierro, la producción y la circulación de hombres y mercancías, sino que también propondrá nuevas técnicas de gestión de las eventualidades -escasez, enfermedades, carestía, etc.-. La producción de un saber específico que toma por objeto de sus preocupaciones los fenómenos urbanos se constituirá en el “prisma reflexivo”, en la “grilla de inteligibilidad”, para la reflexión sobre las prácticas de gobierno a nivel del Estado. En este marco de cosas, adviene el desarrollo del dispositivo de seguridad (segundo tema de la tercera parte), particularizado en el tratamiento que los fisiócratas hacen del fenómeno escasez, y el utilitarismo, en tanto tecnología de gobierno e instrumento teórico, que posibilita una reflexión práctica ajustada al problema del gobierno del interés. Este último punto (tercer tópico del desarrollo final), se vincula necesariamente con el problema del costo de producción de libertad, esto es, de lo relativo a la seguridad y, en consecuencia, de los desplazamientos que se producen alrededor del derecho, la reglamentación y la naturalidad del mercado.

Lamentablemente, queda sin poder hacerse un trabajo, en términos semejantes, sobre el neoliberalismo, esto es, sobre las investigaciones de 1979 condensadas en *Nacimiento de la biopolítica*. Una de las razones fundamentales radica en la necesidad de incorporar a los problemas del poder/gobierno y de la verdad/saber (vectores fundamentales a lo largo de los cuales se mueve todo el presente escrito) la cuestión de la subjetividad (que será central para los estudios foucaultianos de comienzos de la década de 1980). La teoría del capital humano y la “forma empresa”, nociones caras al desarrollo del neoliberalismo de la Escuela de Chicago, quedan para un futuro emprendimiento académico, como lo es el doctorado en Filosofía. Sin embargo, es posible indicar que las discusiones y los problemas reconstruidos en estas tres partes no dejan de ser fundamentales para su futuro abordaje.

²³ No sólo en el campo de discusiones relativo a problemas económicos y políticos, sino también en lo que se corresponde con la problemática de género y, de modo más amplio, con los procesos de construcción de subjetividades.

PRIMERA PARTE

LA CIENCIA DE LA ECONOMÍA. UN ABORDAJE DESDE LA PERSPECTIVA DEL SABER

1.- Ciencias

El tratamiento de la economía encuentra un lugar de privilegio en *Las palabras y las cosas*,²⁴ puesto que la misma resulta ser una de las tres ciencias empíricas²⁵ que, junto con la matemática y la filosofía, establecerán el “espacio geométrico” (triedro de los saberes)²⁶ sobre el cual se desplegarán las ciencias humanas hacia el siglo XIX, constituyendo lo que Foucault denomina “*episteme* moderna”. El paso del análisis de las riquezas al análisis del trabajo y la producción, de la *episteme* clásica a la *episteme* moderna, respectivamente, permitirá a Foucault establecer el momento epistémico en el que la economía política se constituye como ciencia empírica de la elaboración y circulación de bienes.

A pesar de la minuciosidad descriptiva desplegada en relación con los elementos y sus respectivas disposiciones dentro del campo de la economía política, *Las palabras y las cosas* no trata solo de la forma, los límites y los objetos que caracterizan a las ciencias empíricas decimonónicas y luego a las llamadas “ciencias humanas” en relación con sus antecedentes históricos más inmediatos, sino que, puntualmente, el foco del libro se centra alrededor de la descripción de las condiciones histórico-epistémicas que posibilitan sus respectivas emergencias. Esto significa que todo el acento problemático está puesto, en este momento del pensamiento foucaultiano, en la caracterización de aquello que permite - en nuestra modernidad occidental- el orden y la disposición de las cosas, es decir, el espacio epistémico o sistema de relaciones -i.e. la *episteme*- que rige el nivel de los enunciados y que, por ende, contribuye a delimitar la figura de un saber o de una ciencia al estabilizarse un dominio de objetos, conceptos, relaciones, etc., y constituirse, en consecuencia, en régimen histórico de positivities.²⁷ Para Foucault, el análisis arqueológico desplegado en *Las palabras y las cosas*...

²⁴ Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, trad. Elsa Frost, Bs. As., Siglo XXI Editores Argentina, 2008.

²⁵ Las otras dos son la biología y la filología.

²⁶ Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 357 y ss.

²⁷ Foucault entiende por positividad un “sistema regulado de diferencias y dispersiones” que rige los conceptos, los objetos y los enunciados en el juego de sus dispersiones. Cfr., Foucault, M. “Sobre la arqueología de las ciencias. Respuesta al Círculo de Epistemología”, en Foucault, M. *¿Qué es usted profesor Foucault? Sobre la arqueología y su método*, trad. Horacio Pons, Bs. As., Siglo XXI, 2013, pp. 251 y 255.

...es más bien un estudio que se esfuerza por reencontrar aquello a partir de lo cual han sido posibles conocimientos y teorías; según cuál espacio de orden el saber se ha constituido; sobre el fondo de qué *a priori* histórico y en qué elemento de positividad han podido aparecer las ideas, constituirse las ciencias, reflexionarse las experiencias en las filosofías...²⁸

El hito acontecimental que indica la mutación, hacia fines del siglo XVIII, de la *episteme* clásica en *episteme* moderna no expone, para Foucault, ni el progreso ni la acumulación de las observaciones, ni el aumento en la precisión de la racionalidad de las ciencias, sino la transformación, el cambio, en las capas más profundas de configuración de los saberes.²⁹ De aquí que sea posible identificar en *Las palabras y las cosas* dos acontecimientos relevantes para el tratamiento de la economía en relación con el saber. Los mismos están dados por: a) el estatuto de “ciencia” que la economía adquiere entre los siglos XVIII y XIX con la sedimentación de la problemática, y de la forma de abordaje, inaugurada por la economía política de Adam Smith y David Ricardo; y b) el vínculo entre economía y ciencias humanas, edificado alrededor de los riesgos y reacciones que suscita la intersección de la perspectiva de las segundas en relación con las primeras, así como la transferencia de categorías desde las primeras hacia las segundas.

En pocas palabras, la reflexión sobre la economía que se despliega en la obra en cuestión permite ubicar teóricamente el nacimiento de la ciencia económica, bajo la modalidad de la economía política, en el marco de lo que Foucault denomina “el umbral de modernidad”. De esta manera, hacia el siglo XIX el estatuto científico de la economía coincide con la emergencia e “institucionalización” de las llamadas ciencias humanas. Uno de los elementos que hace posible -según Foucault- a estas últimas es la articulación, en el plano de sus condiciones enunciativas de posibilidad, de una noción-problema que

²⁸ Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 15.

²⁹ Cfr., Ibid., p. 232. En *Las palabras y las cosas* Foucault se pregunta, con respecto a la ruptura que se produce entre una *episteme* y otra: “¿De dónde proviene bruscamente esta movilidad imprevista de las disposiciones epistemológicas, la derivación de unas positivities en relación con otras y, más profundamente aún, la alteración de su modo de ser? ¿Cómo sucede que el pensamiento se separe de esos terrenos que habitaba antes -gramática general, historia natural, riquezas- y que deje oscilar en el error, la quimera, el no saber, lo mismo que menos de veinte años atrás era afirmado y planteado en el espacio luminoso del conocimiento? ¿A qué acontecimiento o a qué ley obedecen estas mutaciones que hacen que, de súbito, las cosas ya no sean percibidas, descritas, enunciadas, caracterizadas, clasificadas y fatigadas de la misma manera...?” Foucault reconoce que ese espacio de transformaciones en el campo del saber no puede tener una explicación desde la perspectiva de la arqueología, lo cual no vuelve menos necesario tener que dar cuenta de las condiciones bajo las cuales se obran las transformaciones en el campo epistémico. En una entrevista concedida en junio de 1975, Foucault se refiere a su trabajo en *Las palabras y las cosas* y al “umbral de modernidad” poniendo el acento en el problema del corte o las transformaciones bajo los siguientes términos: “En el fondo, *Las palabras y las cosas* no hace más que constatar ese corte, e intenta establecer el balance en un determinado número de discursos, esencialmente los que giran en torno al hombre, al trabajo, la ciudad, el lenguaje... Ese corte es mi problema, no mi solución. Insisto tanto en él porque se trata de un maldito rompecabezas, y no una manera de resolver las cosas”. Doit, Roger-Pol, *Entrevistas con Michel Foucault*, trad. Rosa Rius, Bs. As., Paidós, 2008, p. 96.

emerge entre el discurso filosófico y las disciplinas empíricas decimonónicas: la analítica de la finitud. De acuerdo con ello, el problema del estatuto científico de la economía se liga a los elementos que constituyen la matriz contemporánea de los saberes -las ciencias empíricas, la matemática y la filosofía- y, por ende, al desarrollo concomitante de las ciencias del hombre.

1.1.- La finitud

Para Foucault la *episteme* clásica, que articula las formas del saber entre los siglos XVII y XIX, se caracteriza por una trama basada en la representación. Así, para el saber clásico los objetos se ordenan en un gran “cuadro” que representa el orden de las cosas en la naturaleza. Su factura demanda, por un lado, el análisis del medio a través del cual se accede al mundo, es decir, el conocimiento, y, por otro, la posterior clasificación de los resultados que son generados por la actividad intelectual. De aquí que la preocupación por el origen del conocimiento y la taxonomía de los objetos constituyan los modos más importantes de la reflexión en la época clásica.³⁰

A pesar de la estabilidad temporal de la *episteme* clásica (se extiende a lo largo de dos siglos), el modo de ser de la representación sufre un duro revés cuando la figura epistemológica del “hombre” hace su aparición en el cuadro de los seres del mundo. El paso de Descartes a Kant simboliza para Foucault el umbral de modernidad en el campo del saber, y la flexión del pensamiento sobre las condiciones que hacen posible la representación. Si el límite de la representación clásica consistía en no poder representar su misma actividad más que a través del discurso, es decir, desdoblándose y multiplicándose, el destroncamiento de la red de relaciones que hace posible el saber como un cuadro ordenado del mundo se consuma en el momento en que es introducida la figura del hombre como la instancia a partir de la cual la representación es posible. El hombre se constituye en la exterioridad de la representación, pero la liga indefectiblemente a sí en tanto producto de su actividad intelectual.³¹ Esta función hace del hombre un doble, un ser escindido, constituido por una dimensión empírica y otra trascendental, así como también por el recorrido permanente de la distancia que separa y une ambos planos. Estamos aquí en el terreno abierto por la filosofía kantiana, es decir, el de la “analítica de la finitud”. En palabras de Foucault: “El hombre, en la analítica de la finitud, es un extraño duplicado empírico-trascendental, ya que es un ser tal que en él se tomará conocimiento de aquello que hace posible todo conocimiento”.³²

³⁰ Cfr., Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 89.

³¹ Cfr., Dreyfus, H. y Rabinow, P., *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, trad. Rogelio Paredes, Bs. As., Nueva Visión, 2001, p. 51.

³² Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 332. Lo “empírico y lo trascendental” es una de las tres dimensiones en que se presenta la analítica de la finitud. Las otras dos son “el

Pero aquello que hace posible todo conocimiento no es, como pretendía Kant, un sujeto trascendental, arquitectura universal de una razón distribuida de igual manera en todos los individuos, sino la finitud del hombre revelada en la empiricidad más inmediata, aquella que le permite ser un sujeto parlante, que lo presenta como un ser vivo y que lo obliga a producir sus condiciones materiales de supervivencia. Lo que hace posible el conocimiento no es ni más ni menos que el hecho de que el hombre habla, vive y trabaja. Y es ese mismo conocimiento el que revela al hombre en su permanente actividad lingüística, biológica y productiva. Ser, simultáneamente, sujeto y objeto de conocimiento hace del hombre una hendidura entre el ser y la representación que, en la época clásica, se daban el uno a la otra a través de un continuo armonioso garantizado por la existencia de Dios.

La analítica de la finitud revela al hombre circunscrito a límites empíricos bien definidos, tanto por el lado de la vida, como del lenguaje y la producción de sus condiciones materiales de existencia. Sin embargo, la demarcación de la figura del hombre por el lado del trabajo, en tanto forma concreta de su modo de ser y, al mismo tiempo, condición de posibilidad del conocimiento, no dio como resultado lógico el nacimiento inmediato de la economía política. No se trata, en esta perspectiva, de establecer relaciones de condicionamiento entre la analítica de la finitud, perteneciente al discurso filosófico, y la naciente economía política. El punto de vista arqueológico trata de identificar y caracterizar la superficie discursiva que vincula estos campos del saber. Y, a través de dicho vínculo, Foucault atisba que, tanto desde el plano de la reflexión filosófica acerca de las condiciones de posibilidad del conocimiento, como desde el lado de un pensamiento teórico que asume como su objeto el orden de las relaciones empíricas de intercambio y producción, existe una serie de reenvíos e intercambios que dan cuenta de la constitución de un “trasfondo” común que los hace posibles, al tiempo que adquiere su forma alrededor de los mismos. Se trata, como fue señalado, de la “*episteme* moderna”. De aquí que la economía se constituya no solo en uno de los elementos fundamentales de dicha configuración epistemológica (dado que el trabajo productivo aparece como uno de los índices de la finitud), sino que, al detentar el carácter de ciencia, se ubica en una posición de permanente proximidad y distancia con respecto a otro objeto que encuentra su lugar de emergencia en medio de la misma trama de relaciones: las ciencias humanas.

1.2.- Del análisis de las riquezas a la economía política

cogito y lo impensado” y “el retroceso y el retorno al origen”. Estas últimas aluden a aquello que excede el pensamiento -pero que mantiene una relación de condicionamiento importante para con él- y su ineludible historicidad, respectivamente. Tomamos aquí solo la primera dimensión puesto que resulta ser la más específica para el desarrollo de los problemas alrededor de los que gira el presente capítulo.

El siglo XIX señala el período de aparición de las ciencias humanas, como así también de la economía política en tanto ciencia empírica. Las condiciones históricas, sociales o políticas que dan inicio y enmarcan el período arqueológico denominado por Foucault “modernidad”, no encuentran, desde la perspectiva del trabajo realizado en *Las palabras y las cosas*, consideraciones analíticas de ningún tipo.³³ El orden de las transformaciones sociales que afectan las condiciones enunciativas del saber no es considerado en el plano de un análisis centrado en la descripción de las *epistemes*.

En el caso de la economía, el ingreso a la modernidad, de acuerdo con la periodización foucaultiana, se concreta en el momento en que Adam Smith introduce el *trabajo* como fuente de valor y, por tanto, objeto de representación de las riquezas.³⁴ Foucault considera que la gran novedad de Smith frente a Cantillon, Quesney y Condillac estriba en el hecho de que el trabajo pasa a sustituir a las necesidades en la formación de las riquezas, o, en lo que es lo mismo, la constitución del valor.³⁵ En esta afirmación se refleja uno de los principales vectores³⁶ que Foucault recorre en el análisis de las mutaciones y sedimentaciones acontecidas en el plano de la reflexión económica y su emplazamiento como ciencia: la constitución del valor y los debates relativos a diversos aspectos del mismo. En efecto, en la lectura foucaultiana de *Las palabras y las cosas* el problema del valor de los objetos -su origen, sus transformaciones, etc.- constituye un hilo conductor que recorre las vicisitudes acontecidas desde el siglo XVII al XIX en torno de lo que es identificado como el dominio de lo económico. Hacer reposar la descripción de los elementos correspondientes a las distintas *epistemes* sobre el problema del valor refleja, en alguna medida, la importancia que dicho asunto tiene para Foucault a mediados de la década del sesenta, en estrecho vínculo con las controversias que atraviesan el campo intelectual francés alrededor de la temática del marxismo.³⁷

Para la *episteme* de la época clásica, anclada en la representación, el valor no se encuentra depositado en la naturaleza misma de los metales que constituyen la riqueza (oro y plata), sino que radica en la utilidad o el placer que los objetos generan en quienes los poseen o consumen, como también en la rareza que caracteriza a algunos y que reconduce a la mera satisfacción que involucra su posesión.³⁸ Es claro que esto no implica

³³ Cfr., Ibid., p. 231.

³⁴ Cfr., Ibid., pp. 235-236.

³⁵ Cfr., Ibid., p. 237.

³⁶ Otro de los vectores que puede ser identificado en el tratamiento de la constitución de la economía política como ciencia es el relativo a la temática de la circulación o el intercambio. Sin embargo, el mismo se encuentra estrechamente ligado al tratamiento del valor y, por ello, no lo consideramos por separado, sino en relación con este.

³⁷ Podríamos conjeturar, pero solo eso, puesto que el asunto demandaría una investigación específica, que lo que está en discusión en el trasfondo de este derrotero son las lecturas sobre la teoría del valor-trabajo marxista, así como los consecuentes posicionamientos teórico-políticos que se desprenden de las mismas.

³⁸ Cfr., Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 191. Cfr., también lo sostenido por Rousseau acerca de la construcción del valor sobre la base de los modos socialmente

la desaparición de los metales preciosos del circuito comercial, puesto que los mismos, si bien no constituyen ya la riqueza en sí, como durante el Renacimiento, aún la representan. Esta matriz epistémica hace que los siglos XVII y XVIII estén envueltos en una serie de problemas relativos a la dirección en la que circula el metal precioso, dado que la misma condiciona el enriquecimiento o empobrecimiento del Estado. En otras palabras, lo que se conoce como “mercantilismo” consiste en la intervención de la “política” para incidir en el sentido que tome la circulación del oro y la plata, con el fin de regular la cantidad de metales preciosos que puedan ir a parar -y, en consecuencia, enriquecer- a un Estado.³⁹ Dicha intervención es necesaria puesto que, según Foucault, la velocidad de circulación de la moneda está en función directa con la riqueza representada. A mayor velocidad de circulación, mayor cantidad de intercambios comerciales y, por ende, mayor riqueza representada.⁴⁰ Ahora bien, puesto que la velocidad de circulación es determinada por la “cantidad de manos” por la que las monedas pasan hasta describir un ciclo, es decir, volver a un punto de partida,⁴¹ el problema del mercantilismo se construirá alrededor del volumen adecuado de monedas que deben encontrarse en circulación en un determinado espacio territorial para que, al pasar por todas las manos, represente al menos lo necesario para la subsistencia de cada uno de los individuos implicados en el comercio.⁴² Estas variables impactan directamente en el sistema de precios despertando el consecuente interés del Estado por los asuntos vinculados a la circulación de la moneda y la mercancía. En otros términos,...

...la relación entre las monedas y las mercancías, en consecuencia el sistema de precios, se modifica desde que, en un cierto punto del tiempo, se alteran la cantidad de moneda o la cantidad de mercancía. Si la moneda es escasa en relación con los bienes, tendrá un gran valor y los precios serán bajos; si su cantidad aumenta al punto de ser abundante frente a las riquezas, tendrá poco valor y los precios serán altos.⁴³

Según Foucault, de aquí se derivan tres tipos de análisis que se encuentran presentes de manera simultánea durante el siglo XVIII y que vinculan la cantidad de moneda, el precio y la cantidad de mercancía. Estos son: a) el análisis de la cantidad óptima de

diferenciados de posesión de bienes: “Probaría que si se ve a un puñado de poderosos y de ricos en el pináculo de las grandezas y de la fortuna, mientras la multitud se arrastra en la oscuridad y en la miseria, es porque los primeros sólo estiman las cosas de que gozan en la medida en que los otros están privados de ellas, y que, sin cambiar de estado, dejarían de ser felices si el pueblo dejara de ser miserable”. Rousseau, J. J., *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, en Rousseau, J. J., “Del Contrato Social. Discursos”, trad. M. Armiño, Madrid, Alianza, 1982, p. 282.

³⁹ Cfr., Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 204.

⁴⁰ Cfr., Ibid., p. 201.

⁴¹ Y que coincide con el pago que se hace al agricultor por su cosecha, de manera tal de que los ciclos, al ser anuales, permiten establecer la velocidad de circulación de la moneda.

⁴² Cfr., Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 201.

⁴³ Ibid, p. 199.

moneda; b) el análisis de la circulación de la moneda; y c) el análisis del desarrollo de la población. El estudio de estas diferentes instancias de variación confluye en una constatación fundamental y un efecto específico. No existe un precio justo o “natural” de las cosas, el mismo se construye a partir de la interrelación de los elementos en su intercambio permanente.⁴⁴ Por otro lado, la intervención del Estado no intenta ligar el precio a un “patrón natural”, sino armonizar lo que se conoce como el “ciclo de Cantillon”, es decir, el hecho de que el dinero tienda a circular desde los Estados ricos hacia los Estados pobres, y la población lo haga en sentido inverso, esto es, desde los Estados pobres hacia los Estados ricos.⁴⁵

Dicha armonía se procura, según Simon Clément, a través de la legislación,⁴⁶ la cual prohíbe la salida de metal hacia otros Estados y controla el ingreso de mercancía a partir de la limitación en la compra de manufactura.⁴⁷ La búsqueda de un equilibrio entre elementos que se encuentran interrelacionados y, por ello, en continua variación, hace que la economía de los siglos XVII y XVIII, basada en lo que Foucault denomina el “análisis de las riquezas”, se concentre en tendencias. Se trate del aumento o de la disminución de la cantidad de monedas, del precio o de la población de un Estado, el equilibrio viene dado cuando una tendencia al crecimiento en una de las variables es seguida por la misma tendencia al aumento en las otras.⁴⁸

Este conjunto de elementos y de relaciones que caracteriza la economía de los siglos XVII y XVIII, es decir, de la época clásica, de acuerdo con la periodización de Foucault, despliega un escenario en el que el valor se forma en estrecha relación con el intercambio de objetos que, correlativa y paradójicamente, son valiosos, es decir, necesarios, útiles o

⁴⁴ El ajuste entre precio y valor será garantizado, para la economía política, por el grado de libertad que asuman los procesos económicos. De esta manera, la “naturalidad” del mercado, esto es, su espontaneidad, fijará la exacta -verdadera- relación entre precio y valor, dejando de lado las diversas formas de intervención del Estado consideradas desde el mercantilismo en la época de la policía y de la razón de Estado. Este tema será retomado en la tercera parte del presente escrito, en función de las problemáticas presentadas por los cursos de 1978 y 1979.

⁴⁵ Cfr., Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 203. El ciclo de Cantillon describe la tendencia de los Estados ricos a caer indefectiblemente en la pobreza al fluir el dinero hacia los Estados pobres (en razón de los mejores precios) y depreciarse el valor del trabajo por el aumento de la población.

⁴⁶ En el curso de 1978, el mercantilismo será pensado en el marco de una tecnología de gobierno específica, la policía. En este esquema cobra un significado interesante el problema del direccionamiento de los flujos comerciales, a través de la reglamentación y la legislación, promovidos por el mercantilismo, y la espontaneidad de los mismos, sostenida por la fisiocracia y los economistas. Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, trad. Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2006, clase del 18 de enero de 1978.

⁴⁷ Cfr., Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 193.

⁴⁸ Cfr., *Ibid.*, pp. 204-205. “Hay prosperidad en un Estado no cuando las especies monetarias son numerosas en él o los precios elevados, sino cuando aquéllas están en ese estadio de aumento (que es necesario prolongar indefinidamente) que permite sostener los salarios sin aumentar también los precios: entonces, la población crece regularmente, su trabajo produce siempre de sobra y el aumento consecutivo de las especies monetarias, al repartirse entre las riquezas poco numerosas, hace que los precios no aumenten con relación a los usuales en el extranjero.” Esto es lo que permite, según Foucault, explicar el desastre español y el progreso inglés.

tan solo objetos de deseo. Las cosas valen no porque poseen en sí mismas una medida inmanente del valor, valen porque se pueden cambiar, porque pueden ser sustituidas en procesos de cambio.⁴⁹ Las cosas representan su valor en tanto circulan intercambiándose. De aquí que para la *episteme* clásica el intercambio sea una condición de posibilidad de la representación; en otros términos, no hay valor representado en los objetos si los mismos no se encuentran circulando en el interior de las transacciones comerciales. Este modo de comprender el valor diseña el espacio de un problema alrededor del cual se posicionará el pensamiento sobre la economía en el siglo XVIII:

Para que una cosa pueda representar a otra en un intercambio, se requiere que existan ya cargadas de valor; y, sin embargo, el valor sólo existe en el interior de la representación (real o posible), es decir, en el interior del intercambio o de la intercambiabilidad. De allí dos posibilidades simultáneas de lectura: la primera analiza el valor en el acto mismo del intercambio, en el punto de cruce entre lo dado y lo recibido; la otra lo analiza como anterior al intercambio y como condición primera para que éste pueda tener lugar.⁵⁰

Las dos miradas sobre un mismo emplazamiento de objetos se corresponden, según Foucault, por un lado, con la propuesta de los denominados “fisiócratas” (Quesney y seguidores), que analizan la formación del valor en objetos que se encuentran en el interior de procesos de intercambio; y por otro, con la concepción “utilitarista-psicológica” del valor (Condillac, Galiani, Graslin), que liga la necesidad de los hombres a cualidades inherentes a las cosas, de manera independiente al intercambio -justamente, algunos objetos ingresan en el intercambio por el hecho de que son considerados necesarios o valiosos-. Estas dos lecturas del problema de la formación del valor recorren un mismo segmento teórico en direcciones opuestas.⁵¹ Que el intercambio sea consustancial al valor, como sostienen los fisiócratas, o que sea un momento posterior que sólo confirma el acontecimiento de que las cosas valen y, por ello mismo, entran en el intercambio, como sostiene la perspectiva utilitarista-psicológica, ratifica el hecho de que, de uno u otro modo, el intercambio constituye el “medio” en el que los objetos valen y, por tanto, el espacio en donde se despliega la representación. De aquí la importancia del comercio y de su regulación estatal para los siglos XVII y XVIII.

El control de precios y el direccionamiento permanente del curso que toman las riquezas en el intercambio resulta análogo, para Foucault, a las preocupaciones expresadas tanto en la gramática general como en la historia natural por la precisión del lenguaje y las teorías, respectivamente. Toda esta “experiencia clásica”, emplazada en un continuo ontológico entre el ser y la representación, sufre, hacia fines del siglo XVIII, una mutación importante al problematizarse el lugar que permitía el vínculo transparente entre

⁴⁹ Cfr., Ibid., p. 207.

⁵⁰ Ibid., p. 207.

⁵¹ Cfr., Ibid., p. 208.

uno y otro elemento: el lenguaje. En dicho siglo, el proyecto de la gramática general de un *Ars combinatoria* y una Enciclopedia⁵² que exorcicen la posibilidad de la presencia del error en la designación de las cosas (en la relación entre lo representado y el signo de su representación) tiene su correlato, en el plano de la economía, con la importancia asignada a la política, a las instituciones del Estado, a los reglamentos y legislación, cuando se trata de salvar el vínculo establecido entre, por un lado, el valor de las cosas, y, por otro, los precios y la cantidad de moneda. A diferencia de la gramática y de la historia natural, los elementos que constituyen el orden de la economía no se reúnen por la sola razón de su naturaleza, sino que, en gran medida, dependen de la actividad del hombre. La gramática requiere que la representación sea corregida a base de prescripciones, la historia natural la refleja en una teoría, mientras que la economía depende de las garantías que ofrece la política en relación con la correcta proporción que deben guardar los valores y los precios, a partir de la cantidad de metal-moneda circulante.⁵³ Para esta época, las "...riquezas son signos que se producen, multiplican y modifican gracias a los hombres; la teoría de las riquezas está ligada de un cabo a otro con la política".⁵⁴

Sin embargo, el continuo ser-representación, la ontología sobre la cual descansa la experiencia clásica en el orden del saber, se desguaza a partir de la crisis en que es sumido el lenguaje. La relación cuasi-transparente (dado que implica la constante intervención de la política) entre el valor y los precios exige ser garantizada por mecanismos precisos, propios de un saber capaz de estar anclado en el análisis de los datos empíricos y no en las oscilaciones de intereses sectoriales que convergen con las decisiones políticas.

El siglo XIX se inicia, para Foucault, con la configuración de una nueva red de relaciones entre los elementos que hacen posible los saberes: la *episteme* moderna.⁵⁵ En el campo de la economía, es Adam Smith el representante de un desplazamiento -en el orden de los conceptos utilizados hasta ese momento- que dará origen a la ciencia de la economía o economía política. Si bien los conceptos de "trabajo", como los de "valor de cambio" y "valor de uso" son conocidos y empleados en el análisis de las riquezas durante la época clásica, los mismos se encuentran emplazados aún sobre el orden de las necesidades y los deseos. De esta manera, el valor de cambio remite al trabajo como medida en Cantillon, pero este, simultáneamente, se encuentra reducido al valor de uso, es decir, a las necesidades y deseos básicos que tienen los individuos que desempeñan una actividad laboral (alimentos, vestimenta, etc.). El trabajo representa el valor de las

⁵² Cfr., Ibid., p. 221.

⁵³ Esto es algo que cambiará con la constitución de la economía política. La "naturalidad" del mercado, de acuerdo con la mirada de Smith, desplaza la garantía sobre la formación no arbitraria de precios a un ámbito en el que el Estado o los políticos deben tener la mínima injerencia. Cfr., Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, trad. Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2007, pp. 49-50.

⁵⁴ Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., pp. 222-223.

⁵⁵ Cfr., Ibid., p. 223.

cosas producidas y, a su vez, vale en función del conjunto de materialidades que se requiere para conservarlo como tal.⁵⁶ El desplazamiento operado por Smith consiste en haber desligado al trabajo del valor de uso, es decir, de la reducción del mismo a las necesidades básicas, y haberlo instalado de manera exclusiva en la base de todo valor de cambio. Con Smith las cosas valen porque una determinada cantidad de trabajo las ha producido. El trabajo se convierte, así, en una unidad de medida irreductible para el análisis de los valores.

Foucault explicita en *Las palabras y las cosas* el problema frente al cual se encuentra Smith después de operar el desplazamiento teórico antes mencionado: la situación un poco paradójica consiste en determinar cómo es posible que el trabajo llegue a ser la medida de valor de las cosas, cuando él mismo tiene un precio variable.⁵⁷ Según Foucault, la resolución que toma Smith consiste en realizar una distinción fuerte entre el precio de mercado asignado al trabajo y la realidad concreta de las horas invertidas en la producción de un objeto. El trabajo, como medida del valor, según Smith, se define por la invariancia del segundo acontecimiento, no por la movilidad del primero.

Pero, a decir verdad, lo que ha cambiado no es el trabajo en sí mismo sino la relación del trabajo con la producción de que es susceptible. El trabajo, entendido como jornada, esfuerzo y fatiga, es un numerador fijo: lo único capaz de variaciones es el denominador (el número de objetos producidos).⁵⁸

Con Adam Smith se abre un nuevo espacio epistemológico que sitúa al trabajo y, por ende, al hombre, en el centro de una escena que recortará sus intereses alrededor de las formas de producción para poder forjarse una idea de las riquezas. El hecho de que los hombres sean motivados por la necesidad y el deseo a intercambiar, tal como es pensado en la época clásica, no explica cómo es que pueden hacerlo. La operación teórica de Smith es haber instalado el trabajo, el tiempo de la producción, el esfuerzo que demanda la factura de mercancías, como explicación del valor de las cosas.⁵⁹ De esta manera, un conjunto de nuevos elementos, vinculados a la finitud del hombre y heterogéneos con respecto al deseo y la necesidad (*i.e.* el tiempo y el esfuerzo), se insertan en la constitución del valor.

El análisis de Foucault establece como condición de posibilidad del pensamiento de Smith el quiebre del espacio de la representación, esto es, en otras palabras, el fin de la *episteme* clásica. La ligazón entre las cosas y sus signos remite a algo que, a partir de

⁵⁶ Cfr., *Ibid.*, p. 236. "Todo a lo largo de la época clásica, es la necesidad la que mide las equivalencias, el valor de uso que sirve de referencia absoluta a los valores de cambio; es el alimento el que valora los precios, dando a la producción agrícola, al trigo y a la tierra, el privilegio que todos les han reconocido."

⁵⁷ Cfr., *Ibid.*, p. 237.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 237.

⁵⁹ Cfr., *Ibid.*, 239.

fines del siglo XVIII, se ubicará en un plano de exterioridad con respecto al espacio en el cual se despliega el juego de la representación. Aquello a lo cual esta última remite -y que no es ella- es una “especie de trasmundo más profundo que ella y más espeso”⁶⁰ que se revela en forma incompleta y discontinua a una subjetividad, conciencia o intento de conocimiento. Dicha incompletitud no depende únicamente de las dificultades de acceso al objeto, dadas sus características, sino también de la imposibilidad que el sujeto tiene de conocerlo todo. Las condiciones de posibilidad del conocimiento establecen límites claros acerca de lo que es posible aprehender. En el caso de la economía, tal como se reorganizan los elementos a partir de Smith, la actividad productiva no solo se constituye en una nueva positividad y, por lo tanto, en objeto de análisis, sino que el trabajo pasa a ser una de las condiciones empíricas desde las cuales el conocimiento se articula. El trabajo es objeto de estudio y, simultáneamente, un elemento empírico-trascendental en la arquitectura del conocimiento. La actividad productiva del hombre emerge como un nuevo dominio del saber.

David Ricardo es quien realmente sella la consumación del desplazamiento epistemológico iniciado por Smith hacia fines del siglo XVIII cuando realiza una distinción fuerte entre, por un lado, el trabajo como actividad productora de mercancías y, por otro, el trabajo como mercancía sujeta a la variación de los precios en el mercado. A diferencia de Smith, para quien el trabajo, si bien establece el valor de cambio, aún es un signo que trata de representar aquello que es equivalente al momento de ser intercambiado (el valor de una cosa está constituido por la cantidad de trabajo por la que esta puede ser cambiada), para Ricardo “el valor ha dejado de ser un signo y se ha convertido en un producto”.⁶¹ Las cosas valen porque de fondo hay trabajo realizado, pero éste no es un numerador fijo, constante e intercambiable, sino que se encuentra vinculado a un conjunto de variables que, al incidir sobre él, generan alteraciones significativas en el valor de las cosas producidas. De aquí que el trabajo no pueda ser un momento “estable” de referencia que funcione como criterio del intercambio, sino que, al contrario, el intercambio se regirá por las condiciones que genere el trabajo sobre el valor de los productos, su precio, etc. Esta perspectiva ricardiana, a diferencia de Smith, promueve un tipo de análisis focalizado en la producción, pues es ella la condición de la circulación de bienes. En otras palabras, si Smith desplaza los valores de uso como determinantes de los valores de cambio e instala en su reemplazo el trabajo para garantizar el intercambio, Ricardo ancla el trabajo a las formas de producción y, por ende, lo hace girar alrededor de una serie de variables (división del trabajo, cantidad y naturaleza de los útiles, inversión de capital, etc.)⁶² que, al modificarlo, alteran el valor y, en consecuencia, el régimen de circulación de lo producido.

⁶⁰ Ibid., p. 253.

⁶¹ Ibid., p. 269.

⁶² Cfr., Ibid., p. 270.

Foucault destaca algunas consecuencias específicas del análisis de Ricardo. Una de las principales consiste en haber desligado el trabajo del cuadro general de la representación, en el que unos elementos se dirigen a otros para establecer su valor y características. Para Ricardo, el trabajo remite a una serie de encadenamientos, denominada “producción”, en la que: “todo trabajo tiene un resultado que, en una u otra forma, se aplica a un nuevo trabajo cuyo costo define, y a su vez este nuevo trabajo entra en la formación de un valor, etc.”.⁶³

La serie de encadenamientos que genera condicionamientos sobre el valor de las cosas y, por ende, del propio trabajo hace ingresar el tiempo de la historia al campo de los fenómenos económicos. La economía política emerge junto con el despliegue del tiempo de las producciones sucesivas y el surgimiento de las positivities ligadas a esta organización. Este es uno de los primeros efectos de la mutación de la *episteme* clásica en *episteme* moderna en el orden de la economía.

La segunda gran consecuencia de la nueva disposición de elementos gira en torno de la noción de “escasez”.⁶⁴ Frente al pensamiento clásico, que ligaba la escasez con el deseo y la necesidad de los hombres sobre bienes finitos, pero que asignaba a la tierra (especialmente con los fisiócratas) la posibilidad de revertir dichos fenómenos, la economía política ricardiana instalará la escasez como un escenario permanente. Al existir una gran demanda de alimentos, dado el crecimiento de la población, se hacen necesarios el trabajo y el intercambio constantes. La economía es el resultado de un estado de escasez “natural” que, en el fondo de las cosas, no indica más que la presencia permanente de la finitud, tanto de los bienes como de la vida.⁶⁵

La tercera y última consecuencia de la economía política ricardiana se vincula con la evolución histórica del conjunto de elementos y relaciones económicos. Dado que la producción y el intercambio funcionan en Ricardo como una forma de exorcizar la escasez, a medida que el tiempo transcurre, los niveles de productividad se hacen mayores a costa del empobrecimiento proporcional de la tierra. En consecuencia, una mayor productividad encarece los costos de todo el proceso, hasta el punto de hacer dificultoso el acceso de los trabajadores a los alimentos y a las condiciones básicas para subsistir.

De modo que inevitablemente debe llegar un momento en el que el trabajo no esté ya sustentado por la mercancía que produce (esto sin contar más que con la alimentación del obrero). La producción no puede ya satisfacer la carencia. Así, pues, la escasez va a limitarse a sí misma (por una estabilización demográfica) y el trabajo va a ajustarse exactamente a las necesidades...⁶⁶

⁶³ Ibid., p. 270.

⁶⁴ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., clase del 18 de enero de 1978. En la tercera parte del presente trabajo se aborda el tratamiento que el dispositivo fisiocrático hace de la escasez.

⁶⁵ Cfr., Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., pp. 271-272.

⁶⁶ Ibid., p. 275.

El punto de estabilidad entre producción y satisfacción de condiciones básicas de vida se logra gracias al hecho mismo del devenir de la historia. Este momento ricardiano constituye una manera de hacer equilibrio sobre el abismo de la muerte y, como contrapartida, requiere de mecanismos de regulación que no alteren las consecuencias de las condiciones naturales -i.e. escasez originaria-, sino que compensen situaciones que pongan en riesgo el equilibrio.⁶⁷

La distinción entre *episteme* clásica y *episteme* moderna, utilizada por Foucault para dar cuenta de la constitución de la economía como ciencia, bajo la forma de la economía política, hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX, es recuperada en la actualidad en vistas de una reflexión que atraviesa simultáneamente problemas vinculados con la epistemología, la metodología y la historiografía de la economía. En busca de lo que podría ser denominado un “pensamiento posmoderno”,⁶⁸ autores como la economista brasileña Iara Vigo de Lima se han centrado en el estudio del período arqueológico con la finalidad de recuperar elementos que permitan rastrear mutaciones en la matriz moderna -especialmente ricardiana- de la economía política. Su trabajo sobre el desplazamiento que introduce el pensamiento de Thorstein Veblen sobre los elementos de la economía política de D. Ricardo es ejemplar en este sentido.⁶⁹ Otros autores, como Ali Zulfiqar, establecen una cierta distancia entre el trabajo de epistemología crítica sobre la economía, realizado en *Las palabras y las cosas* por Foucault, y los postulados generales del “giro lingüístico” que reducen la ciencia a un equivalente del lenguaje literario. Para este autor, el mérito de la crítica foucaultiana no pasa por señalar el carácter ficcional de la ciencia, sino por establecer su dependencia de condiciones de posibilidad históricas. De esta manera, Foucault introduce en la historia de Occidente una “descentralización” de la economía en

⁶⁷ Cfr., Ibid., p. 275.

⁶⁸ Entendiendo por tal un pensamiento que se distancie de las características atribuidas por Foucault a la *episteme* moderna.

⁶⁹ Cfr., Vigo de Lima, I. *Aproximações de um olhar foucaultiano sobre o institucionalismo de Thorstein Veblen*, publicado por el Departamento de Economía de la Universidad Federal de Paraná. Disponible en http://www.economiaetecnologia.ufpr.br/textos_discussao/texto_para_discussao_ano_2010_texto_11.pdf. Consultado 21-05-2013. Allí señala: “Thorstein Veblen (1857-1929), considerado o primeiro autor institucionalista, pretendeu formular, na passagem do século XIX para o XX, um sistema de economia política original e alternativo aos pensamentos clássico, neoclássico, historicista e marxista. Nesse artigo, esse sistema de economia política está considerado a partir da arqueologia do saber de Michel Foucault (1926-1984). E, sendo assim, o texto tem dois objetivos mais específicos. Primeiro, expor como a arqueologia de Foucault pode ser utilizada para se estudar um sistema de economia política original. Em segundo lugar, mostrar que o sistema vebleniano pode ser visto como um apontamento, ainda que incipiente e tímido, na direção da superação daquilo que Foucault chamou de *episteme* moderna”. Iara Vigo de Lima se doctoró con una tesis sobre la arqueología de la economía política en Foucault. Asimismo, sus trabajos se encuadran dentro de los lineamientos teóricos de Jack Amariglio, quien es uno de los precursores en el estudio del pensamiento arqueológico foucaultiano en relación con la economía. Cfr., Vigo de Lima, I., *Foucault's Archaeology of Political Economy*, New York (NY), Palgrave, 2010. También Amariglio, J., Ruccio, D., *Postmodern moments in modern economics*, Princeton, Princeton University Press, 2003.

tanto y en cuanto los saberes, como el análisis de las riquezas y la ciencia de la economía política, no versan ni sobre los mismos problemas y objetos ni cuentan con las mismas categorías para pensar en función de sus marcos históricos y epistémicos diferenciados.⁷⁰ Esta lectura le permite a Zulfiqar ensayar una hipótesis de trabajo que versa acerca de una posible “descentralización” en el orden espacial, específicamente entre la manera de concebir las prácticas “económicas” de Occidente y Oriente.

En la misma perspectiva que las preocupaciones epistemológicas de Vigo de Lima o el abordaje “culturalista” de Zulfiqar, autores como Serhat Kologlugil se concentran en la posibilidad de la apertura de un nuevo campo de investigación alrededor de los elementos suministrados por el planteo arqueológico foucaultiano, tanto para la teoría como para la práctica económicas. El diagnóstico de Kologlugil sobre la atención que la perspectiva arqueológica foucaultiana recibió desde la economía en los últimos años es claramente negativo.

...quisiera enfatizar que el trabajo de Foucault todavía aguarda una consideración más profunda por parte de los economistas, incluidos historiadores y metodólogos del pensamiento económico. Las posibilidades y desafíos que Foucault ofrece tanto para la lectura de la historia económica desde una perspectiva heterodoxa así como para ir más allá de las teorizaciones modernas en economía merecen una atención más seria de la que han recibido hasta el momento.⁷¹

Para Kologlugil la adopción de algunos elementos presentados por la perspectiva arqueológica del filósofo francés representa una deuda no saldada para el pensamiento epistemológico y metodológico de la economía contemporánea. Asimismo, liquidarla contribuye a abrir campos de problematización que permitan revisar las condiciones “modernas” -i.e. relativas a lo que Foucault denomina *episteme* moderna- bajo las cuales se constituye la actual economía política, así como sus marcos de interpretación epistemológica, y establecer, simultáneamente, puntos de fuga que ensayen nuevas matrices epistémicas en términos de lo que podría considerarse como una reflexión “posmoderna”.⁷²

El común denominador de las investigaciones mencionadas puede sintetizarse alrededor de los siguientes elementos: a) un marco teórico definido, caracterizado por dos

⁷⁰ Cfr., Ali, Zulfiqar, “Implications of the Foucauldian decentralization of economics”, en *The Journal of Philosophical Economics*, 2011, vol. 1, p. 157. Disponible en <http://www.jpe.ro/poze/articole/67.pdf>. Consultado 21-05-2013. Zulfiqar se encarga de mostrar cómo la economía no representa un saber que se ha ido desplegando a lo largo de la historia, tal como lo plantean algunos historiadores ortodoxos, sino que, en términos foucaultianos, la economía es un acontecimiento del siglo XVIII. Antes, en el período clásico, existen temas y problemas familiares a los contemporáneos, pero los mismos están ordenados y funcionando de formas totalmente diferentes.

⁷¹ Kologlugil, S., “Michel Foucault’s archaeology of knowledge and economic discourse”, en *Erasmus Journal for Philosophy and Economics*, vol. 3. Issue 2, 2010, p. 23. Disponible en <http://ejpe.org/pdf/3-2-art-1.pdf>. Consultado 21-05-2013. La traducción es propia.

⁷² Cfr., Ibid., p. 21.

textos foucaultianos de la segunda mitad de la década del '60: *Las palabras y las cosas* y *La arqueología del saber*; b) una recuperación del concepto de *episteme* en estrecha relación y claro debate con los problemas y abordajes epistemológicos contemporáneos propios de la economía política; c) una marcada importancia depositada sobre una de las características principales de la *episteme* moderna: la figura del “hombre” como novedad epistemológica; y d) la construcción de una serie de problemas que, mirados a contraluz, reflejan la importancia que adquiere la identificación de concepciones teóricas diferenciadas frente a los postulados básicos de la *episteme* moderna, esto es, recuperar desplazamientos que hagan posible ensayar una hipótesis acerca de las condiciones generales de una concepción “posmoderna” -i.e. “poshumana” o “antihumana”- de la economía. Este último punto se encuentra claramente reflejado en un pasaje en el que Lara Vigo de Lima recupera a Jack Amariglio en los siguientes términos:

Amariglio sugiere que es posible evaluar algunas evoluciones del pensamiento económico como desarrollos en una dirección posmoderna, esto es, construidas sobre una nueva positividad. En ellas habría “un fuerte antihumanismo, un deseo de descentrar el análisis económico, un rechazo de la primacía de las categorías antropocéntricas de análisis, una negativa al historicismo, y una denegación de epistemologías que confíen en la distinción sujeto/objeto”. Para él, la tradición marxista iniciada por Louis Althusser, profesor de Foucault, sería un ejemplo de esta tendencia.⁷³

Es, quizá, el mismo Foucault quien suministra las principales pistas de lo que podría concebirse como un pensamiento no moderno en economía, al menos en tanto y en cuanto por “moderno” se asuma lo ajustado a la noción de “*episteme* moderna” desarrollada en *Las palabras y las cosas*. En los cursos dictados en el *Collège de France* en los años 1978 y 1979, *Seguridad, territorio, población* y *Nacimiento de la biopolítica*, respectivamente,⁷⁴ el filósofo francés vuelve a reflexionar sobre la economía política, pero esta vez lo hace a partir de una modificación significativa de la perspectiva analítica revisada hasta aquí.⁷⁵

⁷³ Cfr., Vigo de Lima, I. *Aproximações de um olhar foucaultiano sobre o institucionalismo de Thorstein Veblen*, ob. cit., p. 17. La traducción es propia.

⁷⁴ Foucault, M., *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., y Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit.

⁷⁵ En este sentido, la reseña crítica que Ryan Walter hace de la tesis doctoral de Vigo de Lima resulta generalizable a los pensadores que han sido referenciados en cuanto al empleo del marco categorial de *Las palabras y las cosas*. En la misma, Walter sostiene que las lecturas ancladas en la época arqueológica deben aceptar la importancia y la incuestionable gravitación que posee el concepto de *episteme*. Sin embargo, dicho concepto no es trasladable, ni mucho menos, a los estudios que Foucault lleva a cabo entre los años 1978 y 1979 teniendo como prisma analítico el nuevo término de “gubernamentalidad”. Cfr., Walter, Ryan, “Review of Lara Vigo de Lima’s *Foucault’s archaeology of political economy*. New York (NY): Palgrave Macmillan, 2010, 274 pp.”, en *Erasmus Journal for Philosophy and Economics*, Vol. 5, Issue 1, Spring 2012, pp. 106-111. Disponible en <http://ejpe.org/pdf/5-1-br-4.pdf>. Consultado 27-05-2013.

1.3.- Entrecruzamientos entre ciencias humanas y economía política

Tal como fue señalado, la analítica de la finitud, como modalidad específica del discurso filosófico de la *episteme* moderna, converge, por un lado, con las ciencias empíricas y, por otro, con las matemáticas. Estos tres órdenes del saber, hacia el siglo XIX, constituyen el espacio epistémico que habilita el emplazamiento de las llamadas ciencias humanas. Esta particular disposición de los saberes, trazados alrededor de tres vértices epistemológicos, confiere al conocimiento producido por las disciplinas del hombre un estatuto singular, siempre sometido a la crítica y al cuestionamiento -alrededor de los métodos y el alcance de sus afirmaciones-, provenientes no sólo de otros órdenes del saber, como las ciencias empíricas o la filosofía, sino originados en el interior mismo de las ciencias humanas.

Esta oscilación constante alrededor del problema del estatuto del conocimiento, al que se encuentran supeditadas las ciencias humanas, tiene efectos concretos en los puntos de cruce con el resto de las disciplinas -filosofía, ciencias empíricas y matemática-. De esta manera, se hace posible delimitar una serie de elementos que permite establecer el modo de relación que las ciencias humanas mantienen con otros campos especializados, y, en especial, con la economía. A partir del desarrollo de *Las palabras y las cosas* es factible descomponer el vínculo entre ciencias humanas y ciencias empíricas alrededor de los siguientes tópicos: a) diferencia en el objeto de estudio; b) relación de fundamentación; c) riesgos y peligros; y d) transferencias categoriales.

Con respecto al objeto de estudio existe un amplio consenso acerca de que el hombre constituye la razón de ser de las ciencias humanas. Ahora bien, lo específico radica en que las mismas estudian al hombre en tanto que, al vivir, hablar y trabajar, produce representaciones que, como contrapartida, impactan en su modo de vida, su habla y sus formas de trabajo.⁷⁶ De esta manera, las ciencias humanas exploran el campo de las representaciones que emergen a partir de la finitud del hombre, y que solo pueden surgir y constituirse en el perímetro de su vida biológica, del lenguaje que lo atraviesa y en medio de la actividad productiva en la que está inserto.

Vemos que las ciencias humanas no son un análisis de lo que el hombre es por naturaleza sino más bien un análisis que se extiende entre aquello que el hombre es en su positividad (ser vivo, trabajador, parlante) y aquello que permite a este mismo ser saber (o tratar de saber) lo que es la vida, en qué consiste la esencia del trabajo y sus leyes y de qué manera puede hablar.⁷⁷

De aquí que, en relación con el objeto de estudio, las ciencias humanas se crucen necesariamente con las ciencias empíricas -biología, filología, economía- y la filosofía. Más

⁷⁶ Cfr., Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., pp. 364-365.

⁷⁷ Ibid., p. 366.

que cruzarse es menester decir que dichas disciplinas son el lugar “natural” de su emplazamiento histórico. De forma paralela, la economía toma al hombre como objeto de investigación, específicamente al hombre en su actividad productiva. Sin embargo, y a pesar de que también opera con las representaciones que los hombres se hacen de las cosas, se vuelca a los tipos de relaciones que pueden establecerse entre elementos y procesos discontinuos pero análogos,⁷⁸ esto le permite ensayar relaciones causales y establecer leyes alrededor de procesos.⁷⁹

El siguiente punto en la relación entre las ciencias humanas y las empíricas lo constituyen las relaciones de fundamentación. Al tratar con el hombre, sus representaciones y aquello que las condiciona y las constituye como tales, las ciencias humanas se arrojan el derecho de fundamentación sobre las ciencias empíricas, de cuestionar sus métodos, la manera de abordar su objeto, el tratamiento del mismo, etc. En otras palabras, se sitúan en una posición “metaepistemológica”.⁸⁰ Del lado contrario, las ciencias empíricas se muestran renuentes a aceptar los postulados de un conjunto de saberes que no presentan una suficiente solidez epistemológica. De aquí que los cruces alrededor del problema de la fundamentación tengan, desde el punto de vista de Foucault, un final abierto aún.⁸¹

El otro punto importante con respecto a las formas de relación entre las disciplinas, lo constituye la precaución frente a los riesgos y peligros representados por los entrecruzamientos y sus efectos de “contaminación”. Tanto la filosofía como las ciencias empíricas evitan ponerse en contacto con elementos de las ciencias humanas. El carácter contaminante de éstas proviene, para las ciencias empíricas, de su inestabilidad epistemológica, producto de su imposible y justo encuadre en alguno de los tres vértices que componen la geometría del saber moderno. A su vez, por el lado de la filosofía, el recelo se origina en el nivel de análisis en que pretenden operar. El constituirse en el lugar de la fundamentación del saber y, por ende, de la reflexión crítica permanente establece

⁷⁸ Cfr., Ibid., p. 359.

⁷⁹ Distanciándose problemáticamente de lo afirmado en *Las palabras y las cosas*, Foucault sostendrá en el curso de 1978 que el paso del análisis de las riquezas a la economía política está mediado por el surgimiento de un elemento novedoso: la población. Esta operación teórica no implica el desplazamiento de la figura del “hombre”, sino su reformulación en los términos de los fenómenos demográficos masivos que a partir del siglo XIX son considerados relevantes para el ejercicio del poder político. Cfr., Foucault, M., *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 104. “...creo que a partir del momento en que, dentro del análisis de las riquezas, se pudo incluir el sujeto-objeto que es la población, con todos los efectos perturbadores que esto pudo tener en el campo de la reflexión y la práctica económicas, se dejó de hacer el análisis de las riquezas y se abrió un nuevo dominio de saber que es la economía política”. Hacia el final de la clase del 25 de enero de 1978 reúne a las ciencias humanas con las ciencias empíricas alrededor del elemento de la población. Cfr., Ibid., p. 108. “Después de todo, el hombre, tal como se lo pensó y definió a partir de las llamadas ciencias humanas del siglo XIX y tal como lo hizo objeto de su reflexión el humanismo de esa misma centuria, no es, en definitiva, otra cosa que una figura de la población”.

⁸⁰ Cfr., Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 367.

⁸¹ Cfr., Ibid., p. 358.

los límites de la disputa entre filosofía y ciencias humanas. Para Foucault la síntesis que expresa y dimensiona el peligro y los riesgos que implican las ciencias humanas para las empíricas se denomina “antropologismo”. El mismo, con sus matices -“psicologismo” y “sociologismo”-, es la expresión tanto de un déficit en la formalización del pensamiento como de una falta de profundización en los modos de ser implicados en el entramado de la vida, el trabajo y el lenguaje.⁸²

Para el caso de las ciencias empíricas, el diagnóstico de antropologismo será combatido a través de la implementación o del reforzamiento del instrumental formal y cuantificacional.⁸³ Las matemáticas permiten mantener una distancia prudencial entre un análisis positivo de las formas de desarrollo de los fenómenos y un trabajo que trata de develar las condiciones empíricas que hacen posible la representación de los individuos en el campo social. Por el lado de la filosofía, la relación “defensiva” frente a las ciencias humanas se caracteriza tanto por la hermenéutica como por el análisis lógico del lenguaje. Una y otra perspectiva, consolidadas en el siglo XX, encuentran sus condiciones de posibilidad epistémicas en el siglo anterior, en medio de la estabilización de la *episteme* moderna.⁸⁴

El último punto está constituido por las transferencias categoriales que se manifiestan entre las ciencias empíricas y las ciencias humanas. Estas se clasifican en dos grandes grupos. El primero está formado por los conceptos que, tras pasados de las ciencias empíricas a las ciencias humanas, funcionan sólo como imágenes -metáforas-, sin contar con una eficacia operatoria equivalente a la desplegada en el marco de origen.⁸⁵ El segundo grupo se organiza alrededor de “modelos constitutivos”, es decir, elementos que, al ser transferidos desde las ciencias empíricas hacia las ciencias humanas, forman dominios de objetos, se emplazan en el nivel de la experiencia y permiten que el saber se aboque a ellos. En otras palabras, “desempeñan el papel de *categorías* en el saber singular de las ciencias humanas”.⁸⁶

Para Foucault, la biología transfiere a las ciencias humanas la noción de “función”, así como su correlato, la de “norma”, que permite comprender los procesos de ajuste del desempeño de los seres vivos.⁸⁷ Por el lado de la economía es incorporado el concepto de “conflicto”, así como el de “regla”, necesario para pensar la administración de los mismos.

⁸² Cfr., Ibid., p. 360. En este punto sería interesante rastrear la serie de elementos deseo, interés, psicología y utilitarismo, a efectos de sopesar cierta “racionalidad” -cierta coherencia meditada entre fines y estrategias- en medio de los entrecruzamientos entre economía y ciencias humanas que Foucault diagnostica como problemáticos.

⁸³ La matematización es introducida en el campo de la economía por el marginalismo o corriente neoclásica, en especial los trabajos de Williams Jevons y Léon Walras desarrollados hacia mediados del siglo XIX.

⁸⁴ Cfr., Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 224.

⁸⁵ Cfr., Ibid., p. 369.

⁸⁶ Ibid., p. 369.

⁸⁷ Cfr., Canguilhem, G. *Lo normal y lo patológico*, trad. Ricardo Potschart, México, Siglo XXI, 1978, Capítulo Segundo, pp. 91-111.

Finalmente, la dimensión de los estudios sobre el lenguaje traslada a las ciencias humanas la noción de “signo” y, consecuentemente, la de “sistema” a efectos de dar cuenta de la organización de los distintos significantes en torno de un conjunto o marco compartido.⁸⁸ Si bien las categorías de “función” y “conflicto” aparecen asociadas con mayor especificidad a la psicología y a la sociología, respectivamente, Foucault destaca que es posible identificar el despliegue de los tres binomios categoriales en los diferentes ámbitos de las ciencias humanas, lo cual genera problemas al momento de establecer límites precisos entre las disciplinas que integran a estas últimas. A pesar de ello, y de las críticas que se han instalado en torno de esta particularidad para revelar la vaguedad epistemológica a partir de la imprecisión disciplinar (ausencia de métodos específicos), Foucault sostiene que es posible identificar una perspectiva “biologista”, “sociologista” y “psicologista” en los modos de acceso que despliegan las disciplinas humanas.⁸⁹ Todo depende del tipo de modelo que ofrezca una primacía definida sobre los dos restantes, así como del elemento del binomio que tenga mayor peso específico para el análisis dentro del modelo.⁹⁰

De los cuatro puntos de cruce entre ciencias empíricas y humanas, señalados por Foucault, el que presenta mayor valor problemático y, por ende, vigencia en el campo académico contemporáneo de la epistemología -heterodoxa- de la economía es el tercero, es decir, el problema concerniente a los riesgos y peligros de una perspectiva antropológica para la ciencia económica.⁹¹ No se trata, como es de esperar, de la reproducción exacta del modo en que el filósofo francés presenta la gravitación del componente “antropológico” para la economía política hacia el siglo XIX, sino de una variante que no desdice los postulados fundamentales sobre los que se mueve *Las palabras y las cosas*. En otros términos, si para la economía el paso de la *episteme* clásica a la *episteme* moderna supuso -para pensadores como A. Smith y D. Ricardo- que el valor no se anclara en el uso, la utilidad, los intereses o los deseos de los individuos, sino en el trabajo productivo, acontece que el lugar de estos elementos no se extinguió de la faz de la reflexión económica, sino que se modificó y reubicó. Así, con el surgimiento de la

⁸⁸ Cfr., Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., pp. 369-370.

⁸⁹ Cfr., Ibid., p. 370.

⁹⁰ Cfr., Ibid., p. 374. La primacía del modelo, en este caso del binomio (función-norma; conflicto-regla; significación-sistema), no constituye el único elemento que permite discernir la “forma” de acceso (psicológica o sociológica) al objeto “hombre”. Otro elemento importante destacado por Foucault está representado por la gravitación que tiene el primero o el segundo elemento del binomio en cuestión, dentro del análisis que se lleva a cabo. El mayor peso del primer elemento sobre el segundo compele a una mayor presencia de la matriz de la representación sobre lo impensado. En el caso inverso, los componentes de la analítica de la finitud enmarcan con mayor soltura el análisis del que se trate. Por otro lado, y de la misma manera en que Foucault evalúa las secuencias de transferencias categoriales en la dirección ciencias empíricas-ciencias humanas, quedaría por analizar, durante los siglos XIX-XX, la posibilidad de la existencia de un circuito inverso, del tipo ciencias humanas-ciencias empíricas.

⁹¹ Este diagnóstico se funda en las preocupaciones que denotan las producciones teóricas reseñadas hacia el final del apartado anterior.

escuela neoclásica, pero en especial con la orientación seguida por la vertiente austríaca del marginalismo -Carl Menger-, la utilidad, los intereses y los deseos de los individuos recuperaron su fortaleza teórica para dar cuenta de la constitución del valor.⁹²

Esta variación sobre la disposición y primacía de los elementos decimonónicos de la economía política -relación entre producción y necesidades- habilita un espacio de intersección entre economía, psicología y sociología en el que el estudio del interés y el deseo cobra una importancia significativa. No se trata ya de descubrir al interior de la naturaleza humana el deseo original que la habita, sino de establecer las formas en que el deseo y el interés son orientados, redireccionados, incitados y construidos en las sociedades contemporáneas sobre el fondo de programas económicos específicos.⁹³ Resuena, en consecuencia, el término “utilitarismo” como uno de los elementos fundamentales a reconsiderar en función de las preocupaciones ligadas a las formas que adquiere el “antropologismo” en el desarrollo científico de la economía durante el siglo XX.⁹⁴ Sin embargo, su abordaje plantea desafíos al marco analítico formulado en *Las palabras y las cosas*, desde el momento en que el utilitarismo -para Foucault- excede el orden discursivo para posicionarse como una “tecnología de gobierno”.⁹⁵

2.- El retorno al saber

El diagnóstico final de *Las palabras y las cosas* establece los lineamientos para un gradual distanciamiento de los problemas epistemológicos en sentido estricto. La afirmación de que las ciencias humanas no son ciencias y que, pese a ello, juegan un papel determinante dentro del saber contemporáneo -puesto que se encuentran situadas en medio de las ciencias empíricas, generan operaciones de transferencias de modelos,

⁹² Cfr., Zanotti, Gabriel. *Introducción a la Escuela Austríaca de Economía*, Bs. As., Unión Editorial Argentina, 2012, pp. 23 y 38.

⁹³ El curso del año 1979, *Nacimiento de la biopolítica*, representa la continuidad y la profundización de los problemas aquí mencionados en torno, principalmente, del programa neoliberal alemán, pero también del neoliberalismo de la Escuela de Chicago.

⁹⁴ Si durante el siglo XIX las ciencias humanas se instalaron en forma paralela a la producción capitalista y pusieron de relieve que cierta reflexión acerca de las modalidades en que los individuos producen constituye un conocimiento fundamental para una práctica económica anclada en tales actividades, en el siglo XX el punto de encuentro entre ciencias humanas y economía se desplaza y excede el modelo esquemático del trabajo productivo, para situarse en el plano de la actividad económica integral del sujeto. La teoría del capital humano es uno de los ejemplos claros de esta serie de desplazamientos obrados por lo que Foucault denomina, para el año 1979, neoliberalismo. Cfr., Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., clase del 14 de marzo de 1979, pp. 249-274. Para un ensayo de las relaciones posibles entre Gary Becker y el utilitarismo de J. Bentham Cfr., Prieto, Jimena H. “The Utilitarian Foundations of the Economics approach to Human Behavior”, en *Documento CEDE*, Colombia, Universidad de los Andes, 27, 2005. Disponible en http://economia.uniandes.edu.co/investigaciones_y_publicaciones/CEDE/Publicaciones/documentos_cede/2005/the_utilitarian_foundations_of_the_economic_approach_to_human_behavior. Consultado 07-11-2013.

⁹⁵ Cfr., Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., p. 60.

producen reacciones de protección frente a sus características más notables, etc.- establece la necesidad de desplazarse desde una reflexión que tiene en cuenta el emplazamiento apriorístico de la ciencia moderna hacia un pensamiento que se focaliza en los modos históricos de institucionalización del saber. Hacia el final de *Las palabras y las cosas* Foucault sostiene:

Si es verdad que toda ciencia, sea la que fuere, al ser interrogada en el nivel arqueológico y cuando se trata de desencallar el suelo de su positividad, revela siempre la configuración epistemológica que la ha hecho posible, en cambio, toda configuración epistemológica, aun cuando sea perfectamente asignable en su positividad, puede muy bien no ser una ciencia: pero no por este hecho se reduce a una impostura... Estas bien pueden no poseer los criterios formales de un conocimiento científico: pertenecen, sin embargo, al domino positivo del saber.⁹⁶

La “arqueología de las ciencias humanas”⁹⁷ deviene “arqueología del saber”. En otros términos, el problema no reside en determinar si tales o cuales ciencias son verdaderas o falsas, si son nobles expresiones de la racionalidad humana o imposturas fruto de los intereses de clase,⁹⁸ la cuestión radica en analizar los modos históricos de constitución del saber en la cultura occidental. Modos que han derivado, a partir de los siglos XVIII-XIX y hasta nuestra actualidad, en una inflación de los saberes considerados “ciencias” o, en otros términos, en un proceso de gradual epistemologización de los saberes.⁹⁹

El orden de las prácticas discursivas, es decir, la constitución de enunciados, de objetos, conceptos y postulados teóricos implica necesariamente la existencia de reglas de formación discursiva. Esta correlación de elementos no constituye automáticamente una ciencia, pero tampoco representa un conjunto de componentes dispersos, que por una serie de acontecimientos históricos accidentales se hubiera reunido en un tiempo determinado. El saber se define, para Foucault, como el conjunto de elementos discursivos (enunciados, objetos, conceptos, etc.) que, de acuerdo con la consolidación de determinadas reglas de formación, son pasibles de ser mencionados, hablados, “puestos en discurso”, dentro de una práctica discursiva específica. De esta manera, el saber no implica necesariamente un derrotero lógico hacia la constitución de una ciencia, pero sí requiere la existencia de una “práctica discursiva”, es decir, la existencia de reglas en los procesos de formación discursiva, de aplicación y de transformación de elementos teóricos, etc.¹⁰⁰

De aquí se desprende una serie de consecuencias que podríamos resumir de la siguiente manera: a) las ciencias son una modalidad histórica de condensación de los saberes; b) las *epistemes*, como “regiones de interpositividad”, “sistemas de relaciones”,

⁹⁶ Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 377.

⁹⁷ Este es el subtítulo de *Las palabras y las cosas*.

⁹⁸ Cfr., Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 378.

⁹⁹ Cfr., Foucault, M., *La arqueología del saber*, Bs. As., Siglo XXI, 2005, p. 330.

¹⁰⁰ Cfr., Ibid., pp. 306-307.

“conjunto de relaciones en el nivel de las regularidades discursivas”, etc.,¹⁰¹ permiten establecer los grados de correlación entre las ciencias y sus condiciones discursivas de emergencia, pero no dan cuenta de los elementos extra-discursivos que posibilitan la conversión de un saber en ciencia, es decir, no explican las interrelaciones de circunstancias y elementos a partir de los cuales se da el traspaso de lo que Foucault llama los umbrales de “cientificidad” y de “formalización”;¹⁰² c) se hace posible la realización de un trabajo sobre el saber que no implica necesariamente el análisis de la forma en que ha devenido convirtiéndose en una disciplina científica determinada, sino de las derivas que lo enlazan con diversos modos de valoración éticos, estéticos, o bien con componentes comportamentales, específicamente en el plano de las acciones políticas.¹⁰³ Sobre este último punto, es decir, el de un saber con efectos específicos al interior del campo político, Foucault (anticipándose al punto de vista empleado en trabajos posteriores) sostiene:

Este saber, en lugar de analizarlo -lo cual es siempre posible- en la dirección de la *episteme* a que puede dar lugar, se analizaría en la dirección de los comportamientos, de las luchas, de los conflictos, de las decisiones y de las tácticas. Se haría aparecer así un saber político que no es del orden de una teorización secundaria de la práctica, y que tampoco es una aplicación de la teoría.¹⁰⁴

Estas palabras reflejan las posibilidades analíticas que se abren a partir del trabajo arqueológico hacia fines de la década del '60. Si bien la elección realizada por Foucault en *Las palabras y las cosas* se vuelca enteramente a la consideración del saber en una dirección epistémica, *La arqueología del saber* propone líneas de trabajo que no pretenden transitar el mismo camino, pero que no se separan aún del centro de gravedad analítico que representan las prácticas discursivas. Esto se hace evidente en la reflexión dedicada a la “formación de las estrategias”, esto es, el problema de la constitución de determinados temas o teorías en un período histórico determinado, la relación con otras estrategias, sus mutaciones y desplazamientos.¹⁰⁵

¹⁰¹ Cfr., Ibid., pp. 266, 267, 322 y 323.

¹⁰² Cfr., Ibid., p. 324. Los umbrales que Foucault identifica son cuatro: positividad, epistemologización, científicidad y formalización.

¹⁰³ Cfr., Ibid., pp. 327-328.

¹⁰⁴ Ibid., p. 328.

¹⁰⁵ Cfr., Ibid., pp. 105-106. Para una imagen clara de lo que Foucault comprende por “estrategias” en este momento de su desarrollo teórico conviene repasar la descripción que hace en *Las palabras y las cosas* acerca de las perspectivas en las que se emplazan fisiócratas y utilitaristas. Ambas lecturas teóricas de lo económico se mueven sobre un fondo común de elementos, pero lo hacen con direcciones opuestas. De esta manera, la estrategia remite directamente a los elementos “extra-epistémicos” que posibilitan la realización de una lectura y no de otra en el marco de una misma *episteme*. Cfr., Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 217.

Foucault reconoce no haberse detenido lo suficiente sobre las elecciones estratégicas en *Las palabras y las cosas*,¹⁰⁶ lo cual hace que todas las consideraciones sobre el mercantilismo o la economía política, por ejemplo, no vayan más allá de una descripción de sus condiciones epistémicas de posibilidad, dejando abierto el problema de las adopciones teóricas estratégicas. A pesar de ello, *La arqueología del saber* otorga indicaciones metodológicas para abordar el problema de las estrategias. Estas se organizan a través de tres elementos de análisis: a) el de los “puntos de difracción”, que presenta al discurso del análisis de las riquezas -o de la economía política- como un centro de distribución de temas o teorías, teniendo como efecto la instalación simultánea o bien sucesiva de los mismos en un período histórico; b) el de la “economía de la constelación discursiva”, que problematiza las condiciones relacionales que hacen posible que un determinado tema o teoría sea efectivamente instalado frente a otros probables (mayor grado de generalidad o abstracción, etc.) o que campos específicos se delimiten al interior de una formación discursiva; c) el de la “función en un campo de prácticas no discursivas”, es decir, el impacto que temas y teorías, emplazados en disciplinas, tiene en el campo social. Al respecto Foucault sostiene:

... el análisis de las riquezas ha desempeñado un papel, no sólo en las decisiones políticas y económicas de los gobiernos, sino en las prácticas cotidianas, apenas conceptualizadas, apenas teorizadas, del capitalismo naciente, y en las luchas sociales y políticas que caracterizaran a la época clásica.¹⁰⁷

Dicha funcionalidad discursiva se encuentra entrelazada con procesos de apropiación y circulación, con el derecho que detentan ciertos sectores sociales de hablar un discurso y generar, de esta manera, efectos concretos en el orden de las cosas. Esta ligazón entre el plano de las palabras y su operacionalización en el orden de las empiriedades, no remite a un análisis en términos de instrumentalización. El discurso no es un instrumento que puede ser utilizado tanto de una manera como de otra; sus componentes intrínsecos (leyes de formación de enunciados, unidad y límites precisos) se cruzan con los procesos de operacionalización dando lugar a instancias fuertemente productivas -de nuevos discursos, de nuevos usos- y no simplemente de instrumentalización de lo ya establecido.¹⁰⁸ Así, las estrategias quedan definidas por el sistema de relaciones que liga, en un período determinado, tres elementos entre sí en torno de un campo preciso: el discurso, con su organización, sistematización y limitación intrínseca; el posicionamiento con respecto a otros discursos que se constituyen en la exterioridad; y la relación con las prácticas no discursivas a partir de los intereses, deseos y funcionalidades puestos en juego.

¹⁰⁶ Cfr., Foucault, M., *La arqueología del saber*, ob. cit., p. 107.

¹⁰⁷ Ibid., p. 111.

¹⁰⁸ Cfr., Ibid., p. 112.

De esta manera, Foucault se distancia de una serie de debates que atraviesan el campo filosófico del siglo XX. Con respecto a la formación de objetos se separa del problema planteado en los términos del nominalismo y el realismo; se aleja de la fenomenología y los neokantianos con respecto a los enunciados; así como de los hegelianos y marxistas en referencia a la formación de conceptos. Las formaciones estratégicas no remiten ni a una voluntad fundamental propia de una cultura o de un período histórico, ni al mero resultado de los intereses en pugna entre diversos sectores sociales. Las formaciones discursivas y, en especial, las elecciones estratégicas no son un asunto que se pueda tramitar en términos de un sujeto fundante, así como tampoco bajo una óptica etnográfica o ideológica.

Y del mismo modo que no se debía referir la formación de los objetos ni a las palabras ni a las cosas, la de las enunciaciones ni a la forma pura del conocimiento ni al sujeto psicológico, la de los conceptos ni a la estructura de la idealidad ni a la sucesión de las ideas, tampoco se debe referir la formación de las elecciones teóricas ni a un *proyecto* fundamental ni al juego de las *opiniones*.¹⁰⁹

En un lugar intermedio entre el discurso y la *praxis* Foucault sitúa el análisis de las problemáticas referidas al saber, esto es, de su eventual decantación en una ciencia determinada y las condiciones socio-históricas que contribuyen a que tales acontecimientos tengan lugar. De esta manera, el análisis de las *epistemes* no puede estar completo sin que se tome en cuenta el plano de las prácticas no discursivas y el tejido de relaciones que se constituye entre una y otra.¹¹⁰ Para dar cuenta de la estrecha relación que vincula las formaciones discursivas y las prácticas extradiscursivas Foucault apela a la noción de “ideología” para sostener que lo que la caracteriza es “...la cuestión de su existencia como práctica discursiva y de su funcionamiento entre otras prácticas”.¹¹¹ Sin embargo, esta afirmación no abre las puertas a análisis simplistas que comprendan a las ciencias, y en especial a la ciencia económica (las teorías que la componen, los conceptos en juego, etc.), como meros emergentes de los intereses de una clase o de un sector social a efectos de prorrogar una dominación o legitimar una determinada situación, es decir, al modo clásico en que se leen los acontecimientos a través del concepto de ideología. Un análisis preciso, sostiene Foucault, debe tomar en cuenta: a) la formación

¹⁰⁹ Ibid., p. 116.

¹¹⁰ Ibid., pp. 309-310.

¹¹¹ Ibid., p. 312. A pesar de señalar que la ideología debe ser comprendida como una práctica discursiva -tesis ciertamente muy próxima a la althusseriana-, en una entrevista de 1971 Foucault da razones precisas de por qué el concepto de “ideología” no le parece adecuado para pensar los acontecimientos sociales. Remitirse a un sujeto, tener una posición secundaria con respecto a algo que funciona como determinante -i.e. relaciones económicas- y contraponerse a lo que sería “la verdad”, son, para el filósofo francés, razones suficientes para descartar la eficacia teórica de este concepto. Cfr., Foucault, M., “Verdad y Poder”, en Foucault, M. *Estrategias de poder. Obras esenciales. Volumen II*, trad. Fernando Uría y Julia Varela, Bs. As., Paidós, 1999, pp. 47-48.

discursiva que ha permitido la emergencia de una ciencia; y b) el conjunto de conceptos, enunciados y elecciones teóricas que se han elaborado y sistematizado en el marco de la misma.¹¹² A partir de aquí “...se deberá mostrar entonces cómo la práctica discursiva que ha dado lugar a tal positividad ha funcionado entre otras prácticas que podían ser de orden discursivo pero también de orden político o económico”.¹¹³

Foucault se distancia de una perspectiva intencionalista que remite a un sujeto de la acción, de la dominación o de la distorsión de lo real. Las reglas de formación discursiva no son fruto del plan maestro de una mentalidad ligada a una clase social dominante, pero tampoco se encuentran escindidas del entrecruzamiento con otros órdenes de prácticas, tanto discursivas como no discursivas, no exclusivamente científicas.

Con la lección inaugural pronunciada en el *Collège de France*, en diciembre de 1970,¹¹⁴ Foucault consolida la línea de trabajo que incorpora el orden de las prácticas no discursivas a la reflexión sobre el saber. Bajo la hipótesis de que en la mayor parte de las sociedades “...la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por cierto número de procedimientos...”,¹¹⁵ identifica, entre otros, tácticas de exclusión que operan a partir de la oposición entre lo verdadero y lo falso.¹¹⁶ Estas resultan ser de gran relevancia para comprender la constitución de discursos científicos alrededor de campos determinados, como el de la economía. La oposición verdadero-falso constituye uno de los elementos fundamentales dentro de la organización del saber occidental y exige un análisis detenido desde el momento en que: a) goza de una arbitrariedad vinculada a las características del momento histórico; b) no se trata de una oposición fija, sino que existen desplazamientos en el límite que separa un término del otro; c) se organizan alrededor de un complejo sistema institucional que las produce, reproduce y resguarda; y d) su instalación en el discurso, el diagrama que este adquiere a partir de su presencia, genera efectos concretos de coacción y violencia en el campo de otras prácticas, tanto discursivas como no discursivas.¹¹⁷

La “gran separación” entre lo verdadero y lo falso se consolida como un procedimiento de ordenación del discurso, es una manera de conjurar su carácter acontecimental; rige, en otras palabras, la “voluntad de verdad” que recorre buena parte de la historia occidental.¹¹⁸ Esta oposición que enaltece la verdad sobre el error, y para lo cual suministra técnicas de medición, posiciones asignadas al sujeto, criterios de clasificación y

¹¹² Cfr., Foucault, M., *La arqueología del saber*, ob. cit., p. 312.

¹¹³ Ibid., p. 312.

¹¹⁴ Foucault, M., *El orden del discurso*, trad. Alberto Troyano, Bs. As., Tusquets, 2005.

¹¹⁵ Ibid., p. 14.

¹¹⁶ Retomamos sólo los “procedimientos” mencionados por Foucault que resultan más atinados al recorte temático propuesto para este capítulo.

¹¹⁷ Cfr., Foucault, M., *El orden del discurso*, ob. cit., pp. 18-19.

¹¹⁸ Para un desarrollo más profundo de la noción de “voluntad de verdad”, así como el juego de contrastes y entrecruzamientos establecido con la “voluntad de saber” Cfr., Foucault, M. *Lecciones sobre la voluntad de saber*, trad. Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2012.

construcción de enunciados, no deja de coaccionar y reconducir los diferentes saberes hacia los umbrales de cientificidad y formalización. Al respecto, sostiene Foucault:

Pienso igualmente de qué manera las prácticas económicas, codificadas como preceptos o recetas, eventualmente como moral, han pretendido desde el siglo XVI fundarse, racionalizarse y justificarse sobre una teoría de las riquezas y de la producción....¹¹⁹

Esta modalidad -bajo la cual ha cuajado el saber en Occidente-¹²⁰ remite a elementos que se encuentran ligados con un plano no discursivo, no sólo a través de una relación marcada por los efectos de la verdad sobre las cosas, sino también a la inversa, por el influjo de las cosas sobre aquello que se concibe como verdadero.

¹¹⁹ Foucault, M., *El orden del discurso*, ob. cit., p. 23.

¹²⁰ No se trata de un camino lógico que la historia transite necesariamente o de una evolución de la racionalidad hacia formas más "científicas" de la misma. De aquí que el interés de Foucault se instale en las configuraciones socio-históricas que han contribuido a la emergencia y consolidación de esta voluntad de verdad.

SEGUNDA PARTE

DISPOSITIVOS Y TECNOLOGÍAS

1.- Dispositivo

La instrumentación analítica del orden de las prácticas no discursivas exige esclarecer la modalidad de la relación entre esta dimensión y la de los enunciados, así como su naturaleza o estatuto. El concepto de “dispositivo” (*dispositif*) intenta ser una respuesta a este tipo de preocupaciones. Su efectividad teórica como grilla de análisis es probada en los textos publicados por Foucault durante los años 1975 y 1976, esto es, *Vigilar y Castigar*¹²¹ e *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*,¹²² respectivamente, mientras que su lugar y especificidad en la analítica del poder es presentada en las primeras clases del curso de 1978, *Seguridad, territorio, población*. En la primera parte de este curso el filósofo francés ensaya una clasificación tipológica exhaustiva de los dispositivos, que permite establecer los rasgos comunes entre cada tipo y, por ende, ensayar una definición de la noción general. De todas formas, de manera previa a un ejercicio de síntesis conceptual sobre los tipos de dispositivos es menester detenerse brevemente en una interesante exposición que Foucault realiza sobre dicho concepto un año antes del curso mencionado.

¹²¹ Foucault, M., *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, trad. Aurelio Garzón del Camino, Bs. As., Siglo XXI, 2005.

¹²² Foucault, M., *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, trad. Ulises Guiñazú, Bs. As., Siglo XXI, 2003.

En una entrevista publicada en julio de 1977,¹²³ el dispositivo es presentado a partir de cuatro grandes aristas: a) una caracterización general que toma en cuenta la diversidad de elementos que lo componen -i.e. su heterogeneidad-; b) su “modo de ser”; c) la naturaleza del vínculo establecido entre sus componentes; y d) su modo general de inserción en lo real o “función”.¹²⁴ Esta aproximación permite armar un cuadro bastante preciso sobre la arquitectura de dicha noción. Es así que, con respecto al primer punto, el dispositivo está compuesto por elementos que pertenecen a lo dicho y lo no dicho.¹²⁵ Entre estos dos conjuntos Foucault distribuye los discursos, las instituciones, las edificaciones, los reglamentos, las leyes, las medidas administrativas, los enunciados científicos, las nociones filosóficas y morales, etc.¹²⁶ Más allá de nombrarlos, no especifica cuáles pertenecen a cada uno de los grupos mencionados anteriormente. Esto no genera grandes problemas para el conjunto de lo “dicho”, puesto que aquí se incluye todo aquello que se explicita de alguna manera a través de un soporte institucionalizado (leyes, reglamentos, enunciados científicos, etc.); pero en el orden de lo “no dicho” la cosa se torna difusa, dado que no resulta suficientemente claro el estatuto que deben tener los componentes que se pueden incluir en dicho conjunto.

En estrecha relación con la primera, la segunda característica del dispositivo alude a su modo de ser o existir: se trata de una red que coincide en extensión con los límites del conjunto de elementos heterogéneos que se encuentran vinculados en función de una coyuntura específica. Y, puesto que el dispositivo es el lugar de un proceso de “sobredeterminación funcional”, los elementos heterogéneos que componen el conjunto o red se encuentran en constante cambio, dado que “...cada efecto, positivo o negativo, querido o no, llega a entrar en resonancia, o en contradicción, con los otros, y requiere una revisión, un reajuste de los elementos heterogéneos que surgen aquí y allá.”¹²⁷ De esta manera, el dispositivo, en tanto red de relaciones, no posee una naturaleza estable, sino

¹²³ Foucault, M. “El juego de Michel Foucault”, en Foucault, M. *Saber y verdad*, trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Madrid, Ediciones La Piqueta, 1991, pp. 127-162.

¹²⁴ Conviene tener presente la salvedad que Foucault realiza en el curso del año 1978 al referirse a la necesidad de trocar el punto de vista de la función por el de la estrategia. Con ello hace referencia a la importancia de no evaluar los dispositivos de acuerdo con el criterio del éxito o el fracaso de la funcionalidad asignada discursivamente, sino analizar el emplazamiento estratégico que presentan y que produce, en algunos casos, hace que ciertos dispositivos sean claramente disfuncionales, de acuerdo con los objetivos o razones más o menos teóricos sobre los cuales cimentan su aparición histórica. Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., pp. 142-143. “Se advierte que la historia real de la prisión no está gobernada por los éxitos y los fracasos de su funcionalidad, sino que se inscribe, de hecho, en estrategias y tácticas que se apoyan incluso en sus propios déficits funcionales”.

¹²⁵ Cfr., Foucault, M. “El juego de Michel Foucault”, en Foucault, M. *Saber y verdad*, ob. cit., p. 128.

¹²⁶ Cfr., Ibid., p. 128.

¹²⁷ Ibid., p. 129.

móvil, dinámica. Sus componentes, así como el conjunto de relaciones entre los mismos, varían en función del nivel de efectividad alcanzado en una coyuntura determinada.¹²⁸

La tercera nota distintiva del dispositivo foucaultiano pone en relieve la naturaleza del vínculo entre los elementos que integran ese gran universo de lo dicho y lo no dicho. Foucault destaca que la relación entre unos componentes y otros se asemeja a un juego, puesto que existen movimientos, cambios de posición, alteración de funciones, etc.¹²⁹ En consecuencia, no se trata de que lo dicho rijan lo no dicho o viceversa, sino que entre una y otra dimensión, entre uno y otro conjunto de elementos, existen un grado de variancia permanente, así como relaciones de condicionamiento mutuo. Ambas alteran su intensidad en función directa de la disposición y dispersión de elementos al interior del dispositivo.

La cuarta característica asignada por Foucault al dispositivo mienta la modalidad bajo la cual éste se inserta en lo real, esto es, la estrategia. El dispositivo se constituye al interior de un juego de relaciones de poder, su “función” consiste en responder a una urgencia histórica concreta, por ello, frente a un determinado problema, potencia o bloquea relaciones de fuerza con claros efectos en el orden del saber.¹³⁰ En forma sintética, Foucault afirma: “un dispositivo es esto: unas estrategias de relaciones de fuerzas soportando unos tipos de saber, y soportadas por ellos”.¹³¹ El dispositivo es estratégico, pero la estrategia no es una cualidad exclusiva del mismo, sino de las relaciones de fuerza, de los juegos de poder, que lo exceden enmarcándolo, con lo que queda por resolver el modo en que el dispositivo forma parte de una estrategia mayor, de una estrategia global.¹³²

En consecuencia, la materialidad del dispositivo se circunscribe al haz de relaciones -a la red- que vincula una serie de elementos disímiles entre sí: lo dicho con lo no dicho, las prácticas discursivas con las prácticas no discursivas, el saber con el poder, etc. Su modo de instalación en lo real se articula alrededor de la estrategia que compone la serie de relaciones que se despliegan entre determinados elementos y a efectos de fines concretos. Estas cualidades permiten al dispositivo tener un emplazamiento histórico y

¹²⁸ Para dar cuenta del concepto foucaultiano de “tecnologías de gobierno” Nikolas Rose y Peter Miller también utilizan la noción de “red”, aunque optan por hacerlo desde una plataforma teórica en la que se destacan los trabajos de Bruno Latour y Michel Callon de la década del '80. La red (*network*) a la que se refieren es un conjunto de elementos humanos y no humanos -tecnológicos, arquitectónicos, etc.- que está en permanente movimiento y que provee las condiciones para que el “poder” se construya sobre la misma. Cfr., Miller, P. y Rose, N. “Political Power beyond the State: Problematics of Government”, en *The British Journal of Sociology*, London, London School of Economics and Political Science, 1992, vol. 43, N° 2, pp. 183-184.

¹²⁹ Cfr., Foucault, M. “El juego de Michel Foucault”, en Foucault, M. *Saber y verdad*, ob. cit., p. 129.

¹³⁰ Cfr., Ibid., p. 130.

¹³¹ Ibid., p. 130.

¹³² Cfr., Ibid., p. 133. “De un modo general, pienso que más bien hace falta ver cómo las grandes estrategias de poder se incrustan, encuentran sus condiciones de ejercicio, en las micro-relaciones de poder”.

responder a urgencias específicas¹³³ de un tiempo y espacio singulares. No hay, en consecuencia, universalidad en el dispositivo foucaultiano, sino un carácter fuertemente localizado y ajustado a una coyuntura determinada de fuerzas.

Sin embargo, es necesario tener presente que el dispositivo posee, como Jano,¹³⁴ dos caras o, mejor aún, un doble estatuto. Por un lado es una herramienta teórica -una grilla de inteligibilidad- que posibilita la organización de los elementos dispersos que se ofrecen al análisis para trazar entre ellos un principio de racionalidad o inteligibilidad. Por otro, el concepto alude a una red de relaciones que, de acuerdo con su organización estratégica, posee un cierto “orden” pasible de ser estudiado. En esta relativa intangibilidad que se mece entre el concepto teórico y la dimensión de los acontecimientos concretos reside lo “real” del dispositivo, su “materialidad”. Ambos niveles se imbrican mutuamente. Así, el orden de lo real no preexiste a la grilla de inteligibilidad y, viceversa, esta no es fruto de un capricho analítico, sino que se encuentra condicionada tanto por la serie de acontecimientos que intenta explicar como por el impacto teórico y político que ofrece provocar sobre y a partir de los mismos.¹³⁵ De aquí que determinar qué es un dispositivo -establecer los límites y alcances del concepto-, resulte ser una tarea fundamental, no sólo para el proyecto foucaultiano de una analítica del poder y del saber en términos de gobierno, sino también para aquellos pensadores que inscribieron sus propios derroteros filosóficos alrededor de la propuesta del filósofo francés.

A efectos de precisar la especificidad del concepto de dispositivo foucaultiano es posible distinguir tres aspectos -polémicos- que posibilitan dibujar tanto el perfil teórico como el alcance analítico del mismo. Estos son: a) el dispositivo como grilla de inteligibilidad y realidad; b) el dispositivo y su variación tipológica; y c) el dispositivo y la escala de análisis.

Para Deleuze, la filosofía foucaultiana gira alrededor del análisis de dispositivos concretos, históricamente situados en épocas y geografías determinadas, por lo tanto, y en función de un andamiaje conceptual que opere como un prisma teórico que permita pensar

¹³³ No debe entenderse que el dispositivo constituye una respuesta práctica a una preocupación teórica. Lejos de pensarlo como una “aplicación” de la teoría, el dispositivo es una respuesta práctica a problemas o urgencias prácticas. La teoría viene luego, como una forma de reconstruir o impugnar las nuevas relaciones que se establecen a partir del esquema problema-respuesta.

¹³⁴ La comparación le pertenece a Bussolini, J. “What is a Dispositive?”, en *Foucault Studies*, No. 10, November 2010, p. 92. Disponible en <http://rauli.cbs.dk/index.php/foucault-studies/article/view/3120>. Consultado 28-05-2013.

¹³⁵ En relación con este asunto Foucault afirma, en una entrevista realizada en 1977: “No tengo una teoría general y no tengo tampoco un instrumento seguro. Ando a tientas, fabrico, como puedo, instrumentos que se destinan a poner de relieve objetos. Los objetos están en alguna medida determinados por los instrumentos buenos o malos que fabrico. Son falsos, si mis instrumentos son falsos... Trato de corregir mis instrumentos por los objetos que creo descubrir...”. Y hacia el final de la entrevista agrega: “...mi verdadero problema, en el fondo, es forjar instrumentos de análisis, de acción política y de intervención política sobre la realidad que nos es contemporánea y sobre nosotros mismos.”. Foucault, M. “Poder y Saber”, en Foucault, M. *El poder, una bestia magnífica*, ob. cit., pp. 74 y 86.

los acontecimientos históricos, resulta relevante preguntarse por el dispositivo en forma abstracta, esto es, por sus caracteres generales.¹³⁶ Es así que lo define como "...una madeja, un conjunto multilineal".¹³⁷ En el orden del saber, las líneas figuran objetos visibles y enunciados, en el orden de poder representan relaciones de fuerza. Estos tres elementos no articulan un todo armónico, el dispositivo se caracteriza por la heterogeneidad entre sus componentes; se trata, como destaca Deleuze, de una madeja, en la que cada línea deviene de manera no lineal, sino a partir de fracturas y crisis.

Para Deleuze, el dispositivo es una "...máquina de hacer ver y de hacer hablar".¹³⁸ De esta manera integra dos funciones propias de los regímenes de enunciación, que Foucault había tratado en *Las palabras y las cosas* y en *La arqueología del saber*, en una figura cara al pensamiento deleuziano. La máquina como hacedora de cosas confiere a la noción de dispositivo un carácter fuertemente productivo, desanclando su funcionalidad no sólo de una concepción ideológica del saber, sino también de una mera representación negativa del poder -i.e. el poder como prohibición, como ley-.

Deleuze conceptualiza al dispositivo como un conjunto de líneas en constante variación. Se trata de líneas de visibilidad y enunciación (vinculadas con el nivel del saber), líneas de fuerza (ligadas a la dimensión de las prácticas no discursivas, es decir, al poder) y líneas de subjetivación.¹³⁹ De aquí concluye que una filosofía centrada en los dispositivos tiene dos fuertes: a) el primero, con consecuencias tanto ontológicas como epistemológicas, se refiere a la imposibilidad de la existencia de universales. Sólo existe variación y lugares en los que la variación se estabiliza circunstancialmente; b) el segundo pilar del dispositivo es el desplazamiento desde una ontología de lo eterno hacia una ontología centrada en la novedad, en la producción de lo nuevo. Para Deleuze, el dispositivo, en tanto multiplicidad en constante devenir, encierra las posibilidades y condiciones de su no permanencia y de su transformación en otro tipo de artilugio.¹⁴⁰ De aquí que los dispositivos no puedan más que analizarse en el plano de sus materialidades, sus positivities y sus singularidades históricas. Como grilla de inteligibilidad el dispositivo no es más que una creación provisoria,¹⁴¹ siempre reajutable en los términos planteados por sus mutaciones concretas en los tres niveles mencionados -saber, poder, subjetividad-.

A diferencia de Deleuze, Agamben ensaya una lectura sobre el concepto foucaultiano de dispositivo que, además de estabilizarlo en buena medida frente a las variaciones históricas, está encaminada a ponerlo en relación con una noción central en su obra: la

¹³⁶ Cfr., Deleuze, G. "¿Qué es un dispositivo?", en Deleuze, G. *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*, trad. José Pardo, Valencia, Pre-Textos, 2007, p. 305.

¹³⁷ Ibid., p. 305.

¹³⁸ Ibid., p. 306.

¹³⁹ Cfr., Ibid., p. 308.

¹⁴⁰ Cfr., Ibid., pp. 308-309.

¹⁴¹ Cfr., Deleuze, G. y Guattari, F. *¿Qué es la filosofía?*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 1995, pp. 21-22. "En filosofía sólo se crean conceptos en función de los problemas que se consideran mal vistos o mal planteados..."

oikonomía. En un esfuerzo por realizar una genealogía del término al interior de la obra de Foucault, Agamben relaciona el concepto de dispositivo con el de “positividad” -empleado por el filósofo francés en las obras publicadas hacia fines de la década del ‘60-, entendiendo que existe una familiaridad en la etimología de ambos. Para mostrar esta proximidad, Agamben destaca la ascendencia hegeliana de la noción de positividad, potenciada por la lectura de Jean Hyppolite así como por la relación que Foucault mantuvo con éste en la *École Normal Supérieure*,¹⁴² y sugiere el hecho de que en alguna medida la misma sea una suerte de esbozo del concepto de dispositivo, en tanto y en cuanto positividad mienta aquello que es impuesto por la historia, comúnmente bajo la forma de normas e imperativos morales o religiosos.¹⁴³

Si bien no afirma una relación de continuidad absoluta, Agamben sugiere que el parentesco entre positividad -hegeliana- y dispositivo radica tanto en el sentido, como en el estatuto que Hyppolite y Foucault confieren a los términos. Agamben intenta restituir la función de universal del dispositivo, aquella que Deleuze se ocupó de desestimar, para señalar que el mismo es una suerte de concepto abstracto, general, que es utilizado en la analítica foucaultiana para designar una red de elementos heterogéneos.

Es bien conocido que Foucault siempre rechazó ocuparse de esas categorías generales o entidades racionales que él llamaba los universales, como el Estado, la Soberanía, la Ley, el Poder. Sin embargo, esto no significa que no se encuentren en su obra conceptos operativos de alcance general. En la estrategia de Foucault, precisamente, se recurre a los dispositivos para tomar el lugar de esos universales.¹⁴⁴

Para el filósofo italiano, Foucault se cuida de no presentar al dispositivo como si este fuera un concepto universal, sin embargo, dicha noción reúne cómodamente los requisitos de una categoría universal o general. En un segundo momento, Agamben traslada la “universalidad” del dispositivo a aquello de lo cual este es justamente una abstracción: la red de relaciones entre elementos heterogéneos. De esta manera, el dispositivo no es sólo una grilla de inteligibilidad, sino un modo de organización de elementos concretos con características tan generales o universales como las pretensiones y alcances que, en el mismo sentido, dicha grilla posee. Es así que los dispositivos no se refieren “...a tal o cual medida policíaca, a tal o cual tecnología de poder, y menos a una generalidad obtenida por

¹⁴² Agamben, G. “¿Qué es un dispositivo?”, en *Sociológica*, No. 73, México, Año 26, Mayo-Agosto de 2011, p. 251. Disponible en <http://www.revistasociologica.com.mx>. Consultado 30-05-2013.

¹⁴³ Cfr., *Ibid.*, p. 252. Esta lectura atribuye a la noción de dispositivo una connotación cercana a la de imposición o dominación. Este asunto merecería una discusión aparte, puesto que no son pocas las lecturas que destacan que las formulaciones sobre el poder en términos de gobierno, desarrolladas por Foucault entre los años 1978 y 1979, intentan sortear el sentido clásico de poder que lastra los dispositivos disciplinarios.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 253.

abstracción, sino más bien a eso que en la entrevista de 1977 apunta como “la red que existe entre esos elementos”.¹⁴⁵

De manera concomitante al problema de la universalidad, Agamben se pregunta por la “significación original” del término dispositivo, aquella que, de algún modo, pervive tras las diversas formas históricas en que el mismo es comprendido -militar, tecnológica y jurídica-. Esta exploración filológica, que reúne alrededor del concepto foucaultiano preocupaciones acerca de la “originalidad” y “universalidad” del mismo, conduce al pensador italiano a vincular el término “dispositivo” con la noción griega de *oikonomía*, pero, por sobre todo, con la recuperación que el mundo cristiano hace de dicha noción, puesto que son los padres latinos quienes tradujeron la *oikonomía* griega por *dispositio*.¹⁴⁶ Para Agamben, la noción de economía remite a la de gobierno y ambas terminan de anudarse con el desarrollo de los debates doctrinarios del cristianismo. Sin embargo, para el italiano, la hipótesis del sentido teológico del término *oikonomía* tiene que ser verificada,¹⁴⁷ y esto debe hacerse a través de un adecuado análisis lexical con orientación lingüístico-filológica.¹⁴⁸ En efecto, toda la erudición de *El Reino y la Gloria* muestra que “no hay en verdad un ‘sentido teológico’ del término, sino más bien un desplazamiento de su denotación hacia el ámbito teológico, que poco a poco empieza a percibirse como un nuevo sentido”.¹⁴⁹ No se trata, entonces, de que el término griego *oikonomía* haya sufrido una alteración en su sentido, sino que ha experimentado “una progresiva extensión analógica de su denotación”.¹⁵⁰ Los lingüistas saben -sostiene Agamben- que el sentido de un término permanece más o menos estable, posibilitando, de esta manera, la ampliación del universo denotado. A comienzos del cristianismo el término *oikonomía* sufre una “extensión analógica de su denotación”, lo cual quiere decir, de acuerdo con la terminología del filósofo italiano, que el conjunto de acontecimientos que organizan el universo referencial de la noción griega aparece partido en dos. Para Edgardo Castro, la analogía agambeniana busca “...transformar las dicotomías de la lógica en bipolaridades, es decir, en un campo atravesado por tensiones vectoriales entre dos polos...”.¹⁵¹ Así, la referencia analógica del sentido clásico de *oikonomía* está constituida por la contraposición aristotélica entre *oîkos* y *pólis*,¹⁵² mientras que el universo referencial, a partir del emplazamiento teológico que el término sufre se distribuye entre gobierno y Reino o, lo que es equivalente, *praxis* y ontología, inmanencia y trascendencia, *potestas* y *auctoritas*, *executio* y *ordinatio*.

¹⁴⁵ Ibid., p. 253.

¹⁴⁶ Cfr., Ibid., p. 256.

¹⁴⁷ Cfr., Agamben, G. *El Reino y la Gloria*, Bs. As., Adriana Hidalgo, 2008, p. 46.

¹⁴⁸ Cfr., Ibid., p. 14.

¹⁴⁹ Ibid., pp. 47-48.

¹⁵⁰ Ibid., p. 47.

¹⁵¹ Castro, E. *Giorgio Agamben. Una arqueología de la potencia*, Bs. As., UNSAM, 2008, p. 125.

¹⁵² Cfr., Agamben, G. *El Reino y la Gloria*, ob. cit., p. 48.

Agamben sostiene que el sentido clásico del término griego *oikonomía* se articula alrededor de lo que considera un “paradigma de gestión”, de organización funcional de los diferentes elementos de la casa.¹⁵³ Este núcleo semántico -según revela la arqueología filológica del pensador italiano- no se modifica cuando la palabra *oikonomía* es empleada para dar cuenta de la figura trinitaria en vistas de explicar la relación que mantiene Dios con el mundo.¹⁵⁴ Tampoco lo hace cuando Clemente de Alejandría recupera el término para introducir la acción providencial de Dios sobre las cosas del mundo.¹⁵⁵

La teología cristiana no es un “relato sobre los dioses”; es inmediatamente economía y providencia, es decir, actividad de autorrevelación, gobierno y cuidado del mundo. La divinidad se articula en una Trinidad, pero esa no es ni una “teogonía” ni una “mitología” sino una *oikonomía*, es decir, a la vez, articulación y administración de la vida divina y gobierno de las criaturas.¹⁵⁶

Si la figura de la economía trinitaria busca evitar una cesura en el plano del ser, esta reaparece permanentemente en el horizonte de los debates sobre la *praxis* de Dios en el mundo. De esta manera, la “teología económica” o, para decirlo en otros términos, la incorporación del paradigma de la gestión doméstica al orden religioso, permite articular, bajo la forma de una escisión nunca saldada, el plano del ser, de la ontología, del Reino, con la dimensión de la *praxis*, de la administración, del Gobierno.¹⁵⁷ Para el filósofo italiano la teoría de la soberanía y la schmittiana teología política anclan su desarrollo en el primer elemento; a su vez, la reflexión sobre el gobierno como gestión (y aquí Agamben destaca el trabajo realizado por Foucault) se establece alrededor del último componente. Ambos paradigmas, el político-estatal y el económico-gubernamental, “conviven y se entrecruzan hasta formar un sistema bipolar, cuya comprensión condiciona de manera preliminar toda interpretación de la historia política de occidente”.¹⁵⁸ Dicho sistema no es otro que la “máquina gubernamental”, cuyo motor gira alrededor de la cesura, nunca superada y siempre actualizada, que mantiene su bipolaridad. Para Edgardo Castro, esta noción de “máquina” empleada por Agamben debe comprenderse bajo el sentido de dispositivo,¹⁵⁹ esto es, alrededor del núcleo semántico de *dispositio*, la forma que cobra en el mundo latino el término griego *oikonomía*.¹⁶⁰

¹⁵³ Cfr., Ibid., p. 42.

¹⁵⁴ Cfr., Ibid., p. 81.

¹⁵⁵ Cfr., Ibid., pp. 89-90.

¹⁵⁶ Ibid., p. 91.

¹⁵⁷ Cfr., Ibid., p. 112. “A partir de los capadocios, en particular con Gregorio de Nacianzo, la oposición entre teología y *oikonomía* se vuelve una distinción técnica para indicar no solamente dos ámbitos distintos (la naturaleza y la esencia de Dios por un lado y su acción salvadora por el otro, el ser y la praxis), sino también dos discursos y dos racionalidades diferentes, cada uno con su propia serie conceptual y sus caracteres específicos”.

¹⁵⁸ Ibid., p. 120.

¹⁵⁹ Castro, E. *Giorgio Agamben. Una arqueología de la potencia*, ob. cit., p. 88.

¹⁶⁰ Cfr., Agamben, G. “¿Qué es un dispositivo?”, en *Sociológica*, ob. cit., p. 256.

El término latino *dispositio*, del cual deriva nuestro término “dispositivo”, termina, entonces, por cargarse de todas las complicaciones semánticas de la *oikonomía* teológica. De cierta manera, los “dispositivos” de los que habla Foucault están articulados en esta herencia teológica.¹⁶¹

Dispositio mienta, para los padres latinos, la acción de Dios sobre el mundo, a través de la cual administra y gobierna el resultado de su creación. Esta serie de asociaciones (*oikonomía*-dispositivo-gobierno) convierte la noción agambeniana “máquina gubernamental” en una redundancia, puesto que si toda máquina es un dispositivo, entonces toda máquina es siempre una máquina de gobierno. En otras palabras, dispositivo, noción deudora de *oikonomía* cristiana, remite a *praxis*, a administración de los seres del mundo, a puro ejercicio del gobierno desvinculado del ser. El dispositivo, como máquina universal, funciona gestionando, gobernando conductas. Es el paradigma “gestional” por excelencia. Dispositivo es “...todo aquello que tiene, de una manera u otra, la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivos”.¹⁶²

Para Agamben, el dispositivo es el conjunto de saberes, medidas institucionales y gestos que hacen posible la práctica de gobierno de la vida; de manera específica, el dispositivo es la materialización local del paradigma gestional de la *oikonomía*. La amplitud del significado atribuido por Agamben al concepto de dispositivo le permite vincularlo, incluso, con los aparatos tecnológicos,¹⁶³ lo cual contribuye a obrar un desplazamiento en la significación del término desde la concepción que lo mienta como una red de relaciones, en Foucault, hasta el sentido aquí destacado, que lo piensa como una “cosa” u “objeto” condicionando una red de relaciones. Este movimiento permite comprender la referencia que Agamben hace a Heidegger y a su noción de *Gestell*, entreviendo en la misma el valor semántico del término latino *dispositio*.¹⁶⁴ Esta operación de aproximación a Heidegger reconduce el concepto de dispositivo al orden de los objetos existentes, los aparatos o instrumentos técnicos (*Gerät*), restituyendo, de esta manera, buena parte de la discusión planteada frente a Althusser en torno de una concepción de poder asociada a existentes concretos.¹⁶⁵

¹⁶¹ Ibid., p. 256.

¹⁶² Ibid., p. 257. A continuación Agamben amplía esta definición diciendo: “No solamente las prisiones, sino además los asilos, el *panoptikon*, las escuelas, la confesión, las fábricas, las disciplinas y las medidas jurídicas, en las cuales la articulación con el poder tiene un sentido evidente; pero también el bolígrafo, la escritura, la literatura, la filosofía, la agricultura, el cigarro, la navegación, las computadoras, los teléfonos portátiles y, por qué no, el lenguaje mismo, que muy bien pudiera ser el dispositivo más antiguo...”.

¹⁶³ Cfr., Ibid., p. 262. “Quien se deje asir en el dispositivo del “teléfono portátil”, sea cuál sea la intensidad del deseo que lo empuje, no adquiere una nueva subjetividad, sino únicamente un número por medio del cual podrá, eventualmente, ser controlado...”.

¹⁶⁴ Cfr., Ibid., p. 256.

¹⁶⁵ Algunas lecturas difieren acerca de si la disponibilidad ante el mundo de los objetos es fruto de la actividad del *Dasein* o de un conjunto de elementos que lo exceden estructurando así su

Los dispositivos agambenianos no tienen particularidades históricas, sino que atraviesan los tiempos siempre bajo una misma modalidad, esto es, la oposición a lo viviente que da lugar a la subjetividad.¹⁶⁶ La especificidad epocal que el filósofo italiano destaca para los dispositivos del período del capitalismo es, por un lado, cuantitativa. Al respecto señala: “no será para nada erróneo definir la fase extrema del desarrollo del capitalismo en la cual vivimos como una gigantesca acumulación y proliferación de dispositivos”.¹⁶⁷ Por otro lado, los dispositivos contemporáneos entrañan una mínima variación con respecto a los “tradicionales”.¹⁶⁸ No sólo producen subjetividades a través de su permanente oposición a lo viviente, sino que, además, despliegan procesos de “desubjetivación”. En palabras de Agamben: “aquello que define a los dispositivos que empleamos en la fase actual del capitalismo es que no efectúan la producción de un sujeto, sino más bien que son procesos que podemos llamar ‘procesos de desubjetivación’.”¹⁶⁹

conducta. Como ejemplos de ambos casos Cfr., Cortés, Andrea. “El ‘hombre-en-el-mundo’ y lo *Gestell* heideggeriano en las redes de las nuevas tecnologías”, en *Escritos*, Colombia, Universidad Pontificia Bolivariana, vol. 15, Nº 34, 2007, p. 106. Disponible en <http://revistas.upb.edu.co/index.php/escritos/article/view/401>. Consultado 10-11-13. “Lo *Gestell* es la disponibilidad del hombre en el mundo técnico; se podría decir, que lo *Gestell* es esa imposición de lo técnico en el mundo. Aclaro que es algo que ha sido puesto o mejor traspuesto por el hombre mismo-en-el-mundo, no es algo que venga desde arriba o desde el frente y se imponga por la fuerza sino es una apertura del Dasein-en-el-mundo. Por eso, es posible interpretar lo *Gestell* como el concepto de estar a disposición de aquello que él mismo ha puesto en-el-mundo o en palabras heideggerianas de lo que se muestra, se abre-en-el-mundo”. También Cfr., Quintana, Antonio. “Técnica, ciencia y metafísica, según Heidegger”, en *Actas Año IV. Seminario Orotava de Historia de la ciencia*, Tenerife, Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, 1996, pp. 83-84. Disponible en http://www.gobcan.es/educacion/3/Usrn/fundoro/archivos%20adjuntos/publicaciones/actas/actas_4_5_pdf/Act.IV-V_C004_txi_w.pdf. Consultado 10-11-13. “*Gestell* es, en consecuencia, “imposición” o armazón que impone un modo de desocultar; “dispositivo” que dispone de hombres y de cosas, que pone al hombre a poner las cosas como lo disponible; “composición” que reúne a hombre y Ser en las figuras de demandante y existencias. *Gestell* designa, en suma, el hacerse patente del Ser en la forma del desafío y comprende lo que conocemos como planificación, organización, información, automoción, control cibernético, burocratización... Esta descripción del “dispositivo/armazón” permite ver que quien impone, dispone, compone y reúne no es el hombre... Que el hombre se dedique a planificarlo todo no es un capricho del querer; es el dispositivo/imposición lo que empuja al hombre a planificar, convirtiendo a los hombres mismos en elementos del plan universal que dirige las realizaciones de la técnica. Por eso debe mantenerse que la técnica no es sólo un hacer humano ni un instrumento del hombre. El *Gestell* pone en juego una dimensión de lo técnico que no es humana.” Este tipo de lecturas reinstala una y otra vez la figura de la dominación (señalada anteriormente con motivos de la interpretación del término “positividad”) así como el hecho de que la misma se despliega a partir de objetos y no de relaciones.

¹⁶⁶ Cfr., Agamben, G. “¿Qué es un dispositivo?”, en *Sociológica*, ob. cit., p. 258.

¹⁶⁷ Ibid., p. 258.

¹⁶⁸ Cfr., Ibid., p. 261.

¹⁶⁹ Ibid., p. 262. Para Agamben, los procesos de desubjetivación implican una actividad de negación -destrucción, disolución- sobre la subjetividad y no necesariamente la emergencia o constitución de una nueva. A diferencia de los dispositivos foucaultianos (que construyen subjetividades) el filósofo italiano toma el modelo de funcionamiento de los campos concentracionarios, caracterizados por reducir la subjetividad a “vida desnuda”. Cfr., Agamben, G. *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*, trad. Antonio Cuspina, Valencia, Pre-Textos, 2000.

Para Agamben, la elección metodológica foucaultiana de “dejar de lado el análisis de los universales jurídicos” impide al francés atisbar claramente el contorno de la denominada “máquina gubernamental”,¹⁷⁰ esto es, la escisión estructural entre *praxis* y ser que recorta el significado de *oikonomía* bajo el parámetro de los problemas teológicos. La observación acerca de las áreas de invisibilidad históricas que promueve la metodología de trabajo de Foucault, así como el postulado de que una invariancia a nivel del sentido (*Sinn*) del término *oikonomía* es la condición para que se registren variaciones históricas en el orden de las denotaciones (*Bedeutung*), hacen del trabajo arqueológico de Agamben un ejercicio de escritura historicista, en los términos de Foucault.¹⁷¹

En varios momentos de sus obras, pero sobre todo en las clases dictadas en el *Collège de France*, Foucault ofrece algunas precisiones metodológicas sobre el uso de los conceptos universales en los trabajos históricos. En el curso del año 1979, y en referencia directa a los objetos con los cuales se encuentran trabajando en ese período, el filósofo francés sostiene que no se trata de partir del Estado, la soberanía, el pueblo, etc., como si fueran objetos ya dados, sino de atisbar al interior de las prácticas mismas¹⁷² las condiciones de emergencia y enunciación de tales objetos.¹⁷³ Foucault polemiza con los “historiadores” señalando:

Parto de la decisión, a la vez teórica y metodológica, que consiste en decir: supongamos que los universales no existen; y planteo en este momento la pregunta a la historia y a los historiadores: ¿cómo pueden escribir historia si no admiten a priori la existencia de algo como el Estado, la sociedad, el soberano, los súbditos?¹⁷⁴

Ni historiadora ni historicista, la apuesta foucaultiana inquiere sobre las condiciones de una escritura que busca proyectarse más allá del acompañamiento reasegurador de los conceptos universales.¹⁷⁵ Si el Estado se vacía de contenido, si el Estado “...no tiene entrañas... en el sentido de que no tiene interior”, entonces conceptos tales como “economía” “gobierno” o incluso “dispositivo” no ofrecen razones para no ser considerados de la misma manera, esto es, por fuera del *a priori* de su aparente universalidad. Para Foucault, invertir el modo de trabajo de la historia y del historicismo toma el sentido de una mirada puesta en las prácticas concretas, discursivas y no discursivas, que permite dar cuenta de los límites de una racionalidad histórica, así como de los elementos que estructuran su dominio.¹⁷⁶ De aquí que objetos tales como “economía” o “gobierno”, e

¹⁷⁰ Cfr., Agamben, G. *El Reino y la Gloria*, ob. cit., p. 475.

¹⁷¹ Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., p. 18, “El historicismo parte de lo universal y lo pasa en cierto modo por el rallador de la historia”.

¹⁷² Prácticas históricas, principalmente discursivas.

¹⁷³ Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., p. 17.

¹⁷⁴ Ibid., p. 18.

¹⁷⁵ Ibid., p. 19.

¹⁷⁶ Cfr., Foucault, M. “El sujeto y el poder”, en Dreyfus, H. y Rabinow, P. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, ob. cit., p. 243. “Pienso que la palabra

incluso aquellos elementos a los que aluden los dispositivos -la disciplina, la sexualidad, la seguridad, etc.- deban pensarse al interior de las reflexiones que los constituyen como objetos de pensamiento y de prácticas específicas.¹⁷⁷

La segunda característica del dispositivo es su tipología. En el nivel de la grilla de inteligibilidad Foucault distingue entre tres tipos fundamentales de dispositivos: jurídicos (o de soberanía), disciplinarios y de seguridad.¹⁷⁸ Los mismos operan como “matrices de transformaciones”¹⁷⁹ y comparten entre sí algunas características comunes. Además de las ya mencionadas al comienzo de este apartado, los tres tipos de dispositivos intervienen en lo que Foucault denomina “la multiplicidad”.¹⁸⁰ Esta funciona como el correlato de todos los dispositivos, es el trasfondo sobre el que los mismos introducen recortes ajustados a sus modalidades de funcionamiento específico.¹⁸¹ De esta manera, las diferencias concretas que permiten distinguir a un dispositivo de otro radican, en primer lugar, en lo que cada uno produce sobre la base de sus intervenciones en la multiplicidad. Así, el dispositivo jurídico forja individuos que son sujetos de derecho, el disciplinario genera

racionalización es peligrosa. Lo que tenemos que hacer es analizar racionalidades específicas antes que invocar siempre el progreso de la racionalidad en general”.

¹⁷⁷ Por prácticas específicas deben comprenderse tanto aquellas organizadas alrededor del ejercicio del poder bajo la modalidad del gobierno como también las que ensayan estrategias de resistencia. Desde esta última perspectiva, la filosofía foucaultiana comprende dos momentos entre las décadas de 1970 y 1980. El primero se encuentra caracterizado por una comprensión de la actividad intelectual equiparable al despliegue de un combate. Los conceptos son herramientas destinadas a ampliar las condiciones de supervivencia en una batalla; su función es claramente práctica. El segundo momento -que va desde fines de los ´70 hasta su muerte en 1984- incorpora la noción de “diagnóstico”. La filosofía, así como todo su andamiaje teórico, permite establecer un diagnóstico del presente, del grado de sujeción y, en consecuencia, de las posibilidades de liberación que se abren bajo la forma de nuevas experiencias. Cfr., Foucault, M. *Defender la sociedad*, trad. Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2000, clase del 07 de enero de 1976. También, Foucault, M. *El gobierno de sí y de los otros*, trad. Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2009, clase del 05 de enero de 1983.

¹⁷⁸ Esta distinción aparece de forma muy clara en las primeras clases del curso del año 1978. Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., clases del 11 y 18 de enero de 1978.

¹⁷⁹ Foucault, M. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, ob. cit., pp. 120-121.

¹⁸⁰ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 28. “Después de todo, entonces, la soberanía y la disciplina, así como la seguridad, desde luego, sólo pueden verse frente a multiplicidades”. También Cfr., Foucault, M. *Defender la sociedad*, ob. cit., p. 220 y Foucault, M. *El poder psiquiátrico*, trad. Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2005, p. 64.

¹⁸¹ Si bien Foucault sostiene en *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, ob. cit., p. 112, que “...por poder hay que comprender, primero, la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización...”, la noción de “multiplicidad” no posee un sentido abstracto, como substrato o transfondo de lo real, sino que debe comprenderse bajo las formas específicas e históricas que adoptan ciertos elementos en función de su cantidad y dinámica. Así, multiplicidad es el conjunto de individuos sobre los que se despliega el dispositivo jurídico, los cuerpos sobre los que opera el disciplinario, o bien la serie de datos variables sobre los cuales interviene el de seguridad. Cfr., también Foucault, M. *Defender la sociedad*, ob. cit., p. 37. “...en vez de preguntarse cómo aparece el soberano en lo alto, procurar saber cómo se constituyen poco a poco, progresiva, real, materialmente los súbditos, el sujeto, a partir de la multiplicidad de los cuerpos, las fuerzas, las energías, las materias, los deseos, los pensamientos, etc.”.

cuerpos individuales normalizados¹⁸² y el de seguridad construye una realidad estadística, la población.¹⁸³ A su vez, cada cual opera sobre su objeto a partir de modos diferenciados de combinar e interrelacionar elementos, precisamente, el dispositivo jurídico acciona mediante prohibiciones, el disciplinario a través de reglamentaciones y el de seguridad por intermedio de regulaciones.¹⁸⁴

Esta tipología permite extraer las siguientes consideraciones:

a) Hablar de “dispositivo” a secas es una abstracción didáctica, puesto que los conceptos generales que ofician de grillas de inteligibilidad son siempre los especificados por algunas de las tres matrices;¹⁸⁵ de esta manera, la tipología foucaultiana no hace otra cosa que tratar de ajustar todo lo posible las herramientas analíticas a la serie de acontecimientos históricos que estas tratan de cartografiar.¹⁸⁶

b) La segunda reflexión destaca la imposibilidad de equiparar los conceptos de dispositivo (*dispositif*) y aparato (*appareil*). En concreto, el dispositivo se opone al “aparato” tanto como Foucault trata de distanciarse de la filosofía de L. Althusser durante la década del ´70. Los “aparatos ideológicos de Estado” hacen referencia a instituciones consolidadas, tanto en la esfera pública como privada,¹⁸⁷ a diferencia de aquello que el dispositivo intenta mentar, es decir, una estrategia que reúne, circunstancialmente, un conjunto de elementos a efectos de lograr un fin determinado. Para J. Bussolini, la gran apuesta del concepto de dispositivo, en relación con el de aparato, es que el primero “...se ha relacionado centralmente con las preocupaciones [de Foucault] alrededor de la productividad y positividad del poder, así como con la veridicción tomada como un principio guía en su trabajo, y con la articulación móvil entre tecnología y ley”.¹⁸⁸ Esta lectura comporta algunas precisiones sobre las nociones, un tanto amplias y vagas, de prácticas discursivas y no discursivas desarrolladas con anterioridad, lo cual obliga a considerar la diferencia entre dispositivo y aparato estableciendo dos cortes en relación con los

¹⁸² Para un panorama más completo sobre la distinción entre dispositivos jurídicos y disciplinarios ver Foucault, M. *El poder psiquiátrico*, ob. cit., y Foucault, M. *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, ob. cit.

¹⁸³ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., en especial las primeras tres clases.

¹⁸⁴ Cfr., Ibid., p. 69. “En otras palabras, la ley prohíbe, la disciplina prescribe y la seguridad, sin prohibir ni prescribir, y aunque eventualmente se dé algunos instrumentos vinculados con la interdicción y la prescripción, tiene la función esencial de responder a una realidad de tal manera que la respuesta la anule: la anule, la limite, la frene o la regule”.

¹⁸⁵ El nivel de los acontecimientos históricos no es “puro” como lo son las categorías empleadas para pensarlo. Un caso singular y relevante de composición lo constituye el dispositivo de sexualidad. El mismo es un mecanismo “híbrido”, esto es, incluye elementos de las matrices de los dispositivos disciplinarios y de seguridad. Cfr., Foucault, M. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, ob. cit., p. 168.

¹⁸⁶ Recupero con este término la propuesta de lectura ofrecida por G. Deleuze en su libro sobre Foucault. Cfr., Deleuze, G., *Foucault*, ob. cit., pp. 49-50.

¹⁸⁷ Cfr., Althusser, L. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, trad. José Sazbón y Alberto Pla, Bs. As., Nueva Visión, 2003, p. 25.

¹⁸⁸ Bussolini, J. “What is a Dispositive?”, en *Foucault Studies*, ob. cit., p. 88. La traducción es propia.

componentes de uno y otro. Estos son, el corte entre saber e ideología,¹⁸⁹ y el corte entre un sentido productivo -positivo- del ejercicio del poder y una concepción jurídica del mismo -una interpretación “negativa”-.¹⁹⁰ En otros términos, si existe algún parentesco entre la noción althusseriana de “aparato” y la de dispositivo foucaultiana, este se establece, en todo caso, con el dispositivo jurídico. Ambas nociones están estrechamente vinculadas a una concepción de la organización de las relaciones de poder que privilegia la figura del soberano, bajo la forma del Estado, de las clases dominantes o de la ley.

La especificidad de cada una de las tres matrices que precisan la noción amplia de dispositivo hace evidente el carácter vertebral que tiene la reflexión foucaultiana sobre las temáticas del saber y el poder. No es posible imaginar el potencial analítico de un concepto tal sin una revisión profunda de las problemáticas del saber, la verdad y la ciencia, y la concepción vigente sobre el poder. En este sentido, Oscar Moro Abadía recupera el tema del dispositivo situándolo en el contexto de un desplazamiento producido al interior del aparato conceptual foucaultiano. El uso de la noción de dispositivo viene a explicitar, para este autor, tres acontecimientos en el pensamiento de Foucault: a) una alteración en las relaciones entre saber-poder; b) una modificación en las relaciones entre teoría y práctica; y c) el interés por los procesos de subjetivación a partir de los cuales los individuos se convierten en sujetos.¹⁹¹ El objetivo que persigue Abadía es repensar un conjunto de lecturas que han ensayado interpretaciones canónicas sobre el paso del período arqueológico al período genealógico.¹⁹² Esta forma tradicional de pensar la relación entre un período y otro en la obra de Foucault se caracteriza, en términos generales, por plantear la época de la genealogía como una corrección sobre el tratamiento del saber y por considerar que los elementos extradiscursivos tienen una importancia de corte fundamental dentro de la constitución de los saberes.

Para Abadía la cuestión en torno de la aparición del concepto de dispositivo en la obra foucaultiana no pasa ni por la toma de conciencia de un error ni por un reduccionismo articulado alrededor de los componentes no discursivos, sino por la modificación de la

¹⁸⁹ Cfr., Foucault, M., “Verdad y Poder”, en Foucault, M. *Estrategias de poder. Obras esenciales. Volumen II*, ob. cit., pp. 47-48. Aquí Foucault establece tres razones por las cuales el concepto de ideología no es viable: a) se opone a la verdad; b) remite siempre a un sujeto; y c) se articula sobre la base de relaciones de producción.

¹⁹⁰ Por concepción negativa del poder es necesario comprender aquella perspectiva que ve en el poder un límite, una prohibición, una barrera para la acción. Cfr., Foucault, M. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, ob. cit., p. 114. “...las relaciones de poder no se hallan en posición de superestructura, con un simple papel de prohibición o reconducción; desempeñan, allí donde actúan, un papel directamente productor”.

¹⁹¹ Abadía, O. “De la *episteme* al *dispositif*”, en *Revista de Filosofía*, Universidad de Costa Rica, XLI (104), Julio-Diciembre de 2003, p. 32. Disponible en <http://inif.ucr.ac.cr/recursos/docs/Revista%20de%20Filosof%C3%ADa%20UCR/Vol.%20XLI/No.%20104/Michael%20Foucault%20de%20la%20episteme%20al%20dispositif.pdf>. Consultado 30-05-2013.

¹⁹² Se estila distinguir tres períodos en la obra de M. Foucault. Los aquí mencionados por Abadía comprenden las obras publicadas en la década del ´60, para el “momento” de la arqueología, y las publicadas durante los ´70 para la genealogía.

relación entre saber y poder (a).¹⁹³ Este autor sostiene que una de las mutaciones teóricas que permiten el paso de la *episteme* al *dispositif* es una reformulación del concepto de discurso.¹⁹⁴ El discurso, comprendido como “práctica”, es decir, en tanto práctica discursiva, remite necesariamente a la dimensión de las prácticas no discursivas, pero no como su explicación última y fundamental, sino en tanto vínculo “consustancial”, como elemento escindible sólo en el nivel de una mirada analítica. Por otro lado, la relación entre teoría y práctica (b) se redefine en tanto y en cuanto la teoría es considerada una práctica más, entre otros tipos, y, por lo tanto, afectada por -y afectando- dinámicas específicas, se trate de “juegos de fuerza” o relaciones de poder.

En pocas palabras, para Abadía resulta importante hacer notar que la apuesta del pensamiento foucaultiano a partir de comienzos de la década del '70 no pasa por hacer ingresar al análisis algo enteramente nuevo, ni en corregir una manera de venir haciendo las cosas, sino que se orienta a intentar explicitar una trama pringosa de elementos que sólo puede ser descompuesta en el espacio analítico de la teoría -lo cual vuelve relevante la discusión sobre qué grilla de inteligibilidad utilizar-. La época de la arqueología, la época de *Las palabras y las cosas*, no representa, de esta manera, un desacierto con respecto al modo de plantear los problemas en la década del '70, sino que consiste en un ejercicio del pensamiento en una dimensión determinada, la dimensión del enunciado, mientras que con el advenimiento de la reflexión en torno del dispositivo se suma un nuevo orden de elementos a los problemas construidos alrededor de la constitución histórica de los saberes.

El tercer elemento que debe ser sopesado para establecer con rigurosidad el potencial analítico de los dispositivos, es la escala o el nivel sobre los cuales resultan operativos en tanto grillas de inteligibilidad. En los trabajos publicados durante la primera mitad de la década de 1970 -*Vigilar y castigar* y el volumen primero de *Historia de la sexualidad*- Foucault caracteriza al “dispositivo” principalmente a través de las particularidades relativas al dispositivo disciplinario. En ese momento, y con el objetivo de poner una distancia prudente frente a una concepción del poder diagramada de acuerdo con el perfil del soberano hobbesiano,¹⁹⁵ el filósofo francés remarca la dimensión “microfísica” como constitutiva tanto de la operacionalización histórica como de la aplicación analítica de los dispositivos. En la clase del 07 de noviembre de 1973 Foucault utiliza el término “microfísica” para designar el lugar de encuentro entre el poder y los cuerpos, entre los enunciados considerados como legítimos y las identidades conferidas a los individuos.¹⁹⁶ Los apuntes manuscritos de esta clase evidencian la distancia adoptada frente a la

¹⁹³ Por el término “poder” debe comprenderse aquí todo lo que está englobado bajo nociones como “prácticas no discursivas” o lo “no dicho”.

¹⁹⁴ Cfr., Abadía, O. “De la *episteme* al *dispositif*”, en *Revista de Filosofía*, ob. cit., p. 33.

¹⁹⁵ Cfr., Hobbes, T. *Leviatán*, trad. Antonio Escohotado, Bs. As., Losada, 2003.

¹⁹⁶ Cfr., Foucault, M. *El poder psiquiátrico*, ob. cit., pp. 30-34.

propuesta althusseriana; para explicar la singularidad del poder psiquiátrico, Foucault afirma que “ni el aparato de Estado puede servir de fundamento ni la familia puede hacer de modelo...”.¹⁹⁷ Y a pie de página los editores de la publicación del curso del año 1973 transcriben un pasaje presente en los manuscritos preparatorios de las clases en el que Foucault escribe:

No se puede utilizar la noción de aparato de Estado porque es demasiado amplia, demasiado abstracta para designar esos poderes inmediatos, minúsculos, capilares, que se ejercen sobre el cuerpo, el comportamiento, los gestos, el tiempo de los individuos. El aparato del Estado no explica esta microfísica del poder.¹⁹⁸

Fundar la “microfísica” -comprendida como el espacio de operatividad propio de los dispositivos- a partir de la toma de distancia de las nociones de aparato de Estado o aparatos ideológicos de Estado implica renunciar a explicaciones globales, en las que el ejercicio del poder se comprende por la dominación estatal o la desplegada por una clase social.¹⁹⁹ La propuesta del carácter local de las relaciones de poder, bajo la forma de los dispositivos, elude el tradicional análisis marxista, en el que la estructuración del todo social articula el Estado o la clase con las formas y condiciones de producción del capitalismo, en una relación de causalidad circular alrededor de la cual se dibujan los problemas típicos de esta tradición teórica.

La distancia puesta frente a los elementos analíticos del marxismo (Estado, lucha de clases, ideología, etc.) y la identificación de la noción “dispositivo” con las propiedades del dispositivo disciplinario hacen de la “microfísica” una suerte de atributo de los análisis foucaultianos. A pesar de que en 1976 Foucault sostiene que el nivel de lo local o capilar es un punto de arranque, una elección metodológica que permite luego proyectarse hacia el orden de los fenómenos globales para considerarlos a la luz de las relaciones de poder microfísicas,²⁰⁰ no cuenta aún con una noción o concepto claro que le permita dar razón de fenómenos “macrofísicos” (programas económicos, de salud poblacional, etc.) sin darles el estatuto de efectos de un conjunto de relaciones de fuerza heterogéneas e infinitesimales.²⁰¹ Sin embargo, en el volumen primero de *Historia de la sexualidad*, el estudio del dispositivo de sexualidad lo conduce a constatar una serie de fenómenos que no se presentan en el nivel de los cuerpos individuales, sino que abarcan el orden de la población en los términos de los procesos ligados al carácter biológico de la especie, esto

¹⁹⁷ Ibid., p. 33.

¹⁹⁸ Ibid., p. 33.

¹⁹⁹ Cfr., Foucault, M. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, ob. cit., pp. 103-105.

²⁰⁰ Cfr., Foucault, M. *Defender la sociedad*, ob. cit., p. 39.

²⁰¹ Cfr., Foucault, M. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, ob. cit., p. 115. “Las grandes dominaciones son los efectos hegemónicos sostenidos continuamente por la intensidad de todos esos enfrentamientos”.

es, los nacimientos, las enfermedades, las muertes, etc.²⁰² Allí Foucault sostiene que el “sexo” está situado...

...en el cruce de dos ejes, a lo largo de los cuales se desarrolló toda la tecnología política de la vida. Por un lado, depende de las disciplinas del cuerpo: adiestramiento, intensificación y distribución de las fuerzas, ajuste y economía de las energías. Por el otro, participa de la regulación de las poblaciones, por todos los efectos globales que induce.²⁰³

El dispositivo de sexualidad produce una disrupción con respecto a la ajustada asimilación que puede constatarse entre dispositivo y microfísica, en los textos y los cursos de la primera mitad de la década de 1970. A partir de la clasificación realizada en las primeras clases del curso de 1978, es posible releer la serie de acontecimientos históricos denominada “dispositivo de sexualidad” como un dispositivo “híbrido”, formado por la articulación de dos matrices, el dispositivo disciplinario y el dispositivo de seguridad. Aquí se constata el ajuste que Foucault se ve obligado a realizar sobre la grilla de inteligibilidad con la cual está trabajando en estos años. Así, los acontecimientos históricos vinculados al fenómeno de la sexualidad exponen las dificultades de mantenerse meramente en el nivel de la microfísica y, por ende, el desafío de pasar al análisis de procesos globales tras la crítica realizada al marxismo.

En el curso del año 1979, es decir, cuando Foucault se encuentra trabajando de manera plena en el campo de los fenómenos “globales” -en especial el programa del neoliberalismo alemán- a partir de la novedosa noción de “gubernamentalidad”,²⁰⁴ trata de aclarar, en un breve pasaje metodológico, el lugar que le corresponde a una “microfísica del poder”. Allí sostiene que “...el análisis de los micropoderes no es una cuestión de escala ni de sector, es una cuestión de punto de vista”.²⁰⁵ El objetivo aquí es intentar reunir, bajo la noción de gubernamentalidad, las perspectivas de análisis y las herramientas teóricas tanto de la primera mitad de la década de 1970 como también de la segunda, esto es, lo relativo a los dispositivos disciplinarios y lo propio del problema del gobierno de la población. Pensar que el análisis de los micropoderes no es una cuestión de escala o sector evita obrar una partición de la realidad y asignar a cada fragmento un *set* de categorías adecuadas a la magnitud de los objetos o fenómenos. En las referidas clases de 1979 afirma:

Lo que quería hacer -y ésa fue la apuesta del análisis- era ver en qué medida se podía admitir que el análisis de los micropoderes o de los procedimientos de

²⁰² Cfr., Ibid., p. 168.

²⁰³ Ibid., p. 176.

²⁰⁴ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., clase del 01 de febrero de 1978.

²⁰⁵ Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., p. 218.

gubernamentalidad no está, por definición, limitado a un ámbito preciso que se defina por un sector de la escala, cualquiera sea su magnitud.²⁰⁶

Esta propuesta metodológica tiene dos consecuencias inmediatas. Por un lado, a partir de los cursos de los años 1978 y 1979 se desdibuja la caracterización del dispositivo como herramienta teórica ajustada sólo a la analítica microfísica. Por otro, el Estado, que es una figura cara tanto para el marxismo como para la teoría política tradicional, reingresa como variable fundamental en las problematizaciones acerca de las formas que adoptan las relaciones de poder a partir del siglo XVI. Ambas conclusiones presentan un nuevo desafío en el plano de las grillas de análisis. ¿Cómo dar cuenta de elementos tan heterogéneos como el Estado, la población, los cuerpos individuales, su ubicación en el espacio, etc., a partir de una misma noción, sin perder precisión? Se trata de determinar, luego de la serie de aclaraciones vertidas en los cursos de los años 1978-1979, el lugar conceptual preciso del dispositivo bajo sus tres formas -jurídico, disciplinario y de seguridad-.

Retomando la línea de lectura -sugerida por Foucault- que sitúa la microfísica como un asunto de puntos de vista, G. Deleuze afirma que ésta no debe comprenderse como una “miniaturización de las formas visibles o enunciables, sino como otro dominio, un nuevo tipo de relaciones, una dimensión del pensamiento irreducible al saber”.²⁰⁷ Lo propio de la microfísica -nuevamente, el espacio de despliegue de los dispositivos- no es, entonces, el tamaño, la escala o la magnitud de los objetos que comprende, sino una perspectiva, un punto de vista, una dimensión del pensamiento. De aquí que, si la microfísica es una característica del análisis de las relaciones de poder en términos de dispositivos, entonces, el punto de vista o la perspectiva deben estar recortados a partir de un criterio que no sea la magnitud. Tal criterio está representado, entonces, por la “multiplicidad”.

Si el dispositivo es por antonomasia la herramienta privilegiada de la microfísica del poder, y esta es un punto de vista, una perspectiva adoptada sobre el *continuum* de las relaciones de poder, entonces dicha perspectiva se caracteriza por el hincapié hecho en aquellos mecanismos e instancias que promueven el tratamiento -o un tratamiento determinado- de la multiplicidad. En el volumen primero de *Historia de la sexualidad* Foucault da una definición de poder en la que incorpora buena parte de los elementos que caracterizan a los dispositivos, esto es: a) “...la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen”,²⁰⁸ b) “...el juego que por medio de luchas y enfrentamientos incesantes las transforma”,²⁰⁹ y c) “...las estrategias... que las tornan efectivas, y cuyo dibujo general o cristalización institucional toma forma en los aparatos estatales, en la formulación de la ley, en las hegemonías sociales”.²¹⁰ La

²⁰⁶ Ibid., p. 218.

²⁰⁷ Deleuze, G., *Foucault*, ob. cit., p. 103.

²⁰⁸ Foucault, M. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, ob. cit., p. 112.

²⁰⁹ Ibid., p. 112.

²¹⁰ Ibid., pp. 112-113.

multiplicidad de relaciones de fuerza, en tanto *substratum* de los dispositivos, se conforma de materialidades heterogéneas -discursos, cuerpos, gestos, datos estadísticos, etc.- que, en una serie de influjos recíprocos, al tiempo que condicionan el conjunto de relaciones de fuerza son constituidas como tales multiplicidades por las mismas. Así, los dispositivos jurídicos se despliegan sobre la multiplicidad de sujetos de derecho (no sin antes constituirlos como tales a partir de la multiplicidad de individuos), los disciplinarios modelan cuerpos capaces de determinadas prestaciones y, finalmente, los dispositivos de seguridad recortan el objeto “población” de la multiplicidad orgánica.²¹¹

2.- Racionalidad y Tecnología

El tratamiento del dispositivo muestra que lo propio de la reflexión foucaultiana de fines de los ´60, esto es el estudio arqueológico de los enunciados, no es dejado de lado o reemplazado por el poder, en tanto nuevo objeto de estudio, sino que, al contrario, es integrado y reposicionado frente a la importancia que cobra el plano analítico de lo extradiscursivo, tal como sostiene O. Abadía. De aquí que el problema de la *episteme*, en *Las palabras y las cosas*, o bien la cuestión del desplazamiento del saber a la ciencia, señalado en *La arqueología del saber*, deban retomarse en clave de lo que Foucault denomina “dispositivos discursivos”, a efectos de reposicionar la analítica de las discursividades en la nueva trama de las relaciones de poder.

En una entrevista publicada en *L’Arc*, en 1977,²¹² Foucault sostiene que el problema de la discontinuidad entre *epistemes* -el tema del cambio y la mutación, del carácter abrupto o lento de los procesos de transformación- no debe considerarse bajo la perspectiva de la sustitución o del reemplazo de una teoría por otra, de un conjunto de contenidos por otro, ni como la sucesión de paradigmas, sino que, en función de echar luz sobre las transformaciones en el orden de las *epistemes* es menester inquirir por los cambios en las condiciones que producen y gobiernan enunciados. En palabras de Foucault:

...lo que hay que preguntarse es qué es lo que *rige* los enunciados, y cómo se *rigen* unos a otros, para constituir un conjunto de proposiciones aceptables científicamente, y susceptibles, en consecuencia, de ser verificadas o invalidadas mediante procedimientos científicos. El problema, en suma, es un problema de régimen, de política de los enunciados científicos.²¹³

²¹¹ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., pp. 40-42.

²¹² Foucault, M. “Verdad y Poder”, en Foucault, M. *Estrategias de poder. Obras esenciales. Volumen II*, ob. cit., pp. 41-55.

²¹³ *Ibid.*, p. 44.

En consecuencia, la pregunta por el régimen enunciativo abre un nuevo dominio de problemas -ni explicitados ni tratados en la década de los '60-²¹⁴ alrededor de lo "no dicho", de las "prácticas no discursivas", de lo que en términos generales es considerado como la dimensión del "poder", en estrecha ligazón con lo "dicho", con las prácticas discursivas, con el plano del enunciado y el de sus reglas de formación. No se trata del poder como de una exterioridad que modela el lenguaje y lo convierte en un conjunto de enunciados científicos en beneficio propio, sino de una trama que vincula, por un lado, condiciones no discursivas de institucionalización de la verdad y, por otro, efectos concretos gestados por esta, es decir, el impacto real en las correlaciones sociales de fuerza que tiene un saber considerado bajo el estatuto del conocimiento científico.²¹⁵ Esta reconfiguración de la mirada sobre el objeto "saber", que pone en relieve los elementos articuladores de un "régimen de verdad", permite a Foucault sostener que la *episteme* puede ser comprendida como un dispositivo específico, eminentemente discursivo.²¹⁶

Pensar el saber a partir del dispositivo implica: a) una salida de la dimensión del enunciado y; b) una pregunta por aquello que, en un plano no enunciativo, opera rigiendo los enunciados. En otros términos, el gran tópico del saber, acoplado a las prácticas no discursivas, autoriza una nueva manera de plantear viejos problemas o de abordar bajo un cierto carácter heterodoxo el clásico dominio de la racionalidad científica: se trata de la pregunta por el "régimen enunciativo", "régimen discursivo", "régimen de saber" o "régimen de verdad". En pocas palabras, el surgimiento del problema del régimen, para denominarlo de algún modo, constituye un punto de inflexión en el pensamiento foucaultiano sobre el saber, de cara al análisis de las formas materiales del ejercicio del poder. La condición de posibilidad de su formulación radica en la asociación, sugerida por Foucault, para dar cuenta de los cambios y las mutaciones, entre *episteme* y dispositivo discursivo.

El "régimen de verdad" es la "política de verdad" que una sociedad o una época se da a sí misma. Es en este sentido que la *episteme* puede ser repensada como un dispositivo discursivo o, de manera más específica, un dispositivo de verdad. Y es también por este

²¹⁴ Alrededor de esta afirmación es que se dividen las opiniones entre aquellos que consideran la existencia de continuidades entre el período de los '60 y el de los '70, los que ven una ruptura y los que aseveran que la discontinuidad se da en un orden de cosas diferente al expresado en las lecturas clásicas (como es el caso de Abadía). Si bien hemos realizado aquí una afirmación que, de una u otra manera, puede ser encolumnada detrás de alguna de las posiciones mencionadas, conviene destacar que no es un tema que consideremos relevante para la dirección que tiene esta investigación. Más que el modo en que se construyeron ciertos conceptos en la obra de M. Foucault nos interesa determinar su coherencia lógica, a nivel de los elementos que los componen, y su funcionalidad para la tesis que intentamos sostener. La cuestión aledaña del origen de los mismos merece, claro está, todo el respeto intelectual posible, sin embargo su profundización no encontrará lugar en este escrito.

²¹⁵ Cfr., Foucault, M. "Verdad y Poder", en Foucault, M. *Estrategias de poder. Obras esenciales. Volumen II*, ob. cit., p. 44. "Se trata de saber no tanto cuál es el poder que pesa desde el exterior sobre la ciencia, sino qué efectos de poder circulan entre los enunciados científicos...".

²¹⁶ Cfr., Foucault, M. "El juego de Michel Foucault", en Foucault, M. *Saber y verdad*, ob. cit., p. 131.

orden de cosas que un régimen de verdad no puede ser universal y atemporal, que su análisis implica un recorte del espacio-tiempo, que su modificación, en consecuencia, no necesariamente puede tener un alcance o efecto global. De aquí que Foucault enuncie una serie de características propias del régimen de verdad que rige lo que denomina “sociedades como las nuestras”,²¹⁷ esto es, sociedades configuradas hacia la segunda mitad del siglo XVIII, a comienzos de lo que Foucault denomina “modernidad”. La serie que caracteriza al régimen enunciativo propio de nuestro presente histórico está compuesta por los siguientes elementos:

...la verdad se centra en la forma del discurso científico y en las instituciones que lo producen; está sometida a una constante incitación económica y política (necesidad de verdad tanto para la producción económica como para el poder político); es objeto, bajo formas diversas, de una inmensa difusión y consumo... es producida y transmitida bajo el control, no exclusivo pero sí dominante, de algunos grandes aparatos políticos o económicos... en fin, constituye el núcleo de todo un debate político, y de toda una serie de enfrentamientos sociales....²¹⁸

El régimen de verdad de nuestras sociedades revela la importancia de la ciencia y su estrecha relación con la economía y la política. Vincular el saber o la verdad con la política -o el poder- no constituye, de por sí, una novedad en el pensamiento abocado a una crítica social; sin embargo, la formulación de Foucault trata de apartarse de dos conclusiones extendidas a las que conduce la formulación de esta tesis. Por un lado, es necesario evitar la inflación de confianza en el discurso científico que puede acarrear el hecho de pensar la relación saber-poder a partir del esquema ofrecido por la noción de ideología. No se trata de conceptualizar ciertos discursos como científicos y otros como ideológicos -falsos-, sino de analizar el modo de funcionamiento y los efectos de poder que se organizan alrededor de un determinado régimen de verdad.²¹⁹ Por otro lado, el vínculo entre la verdad o el saber y un contexto de relaciones de poder debe evitar recaer en el *slogan* que identifica el saber con el poder y viceversa. De lo que se trata es de pensar el modo en que se construye históricamente la relación entre elementos que no son identificables.²²⁰ De esta manera, la noción de “régimen de verdad” permite, por un lado, pensar el modo en que la verdad se vincula con la política y la economía y, por otro, eludir el sendero que lleva hacia una restitución del error o la falsedad como correlato de su tratamiento, al modo de la noción clásica de ideología. Estos son los lugares en los que Foucault se reúne y se distancia, al mismo tiempo, del marxismo.

²¹⁷ Cfr., Foucault, M. “Verdad y Poder”, en Foucault, M. *Estrategias de poder. Obras esenciales. Volumen II*, ob. cit., p. 53.

²¹⁸ Ibid., p. 54.

²¹⁹ Cfr., Ibid., p. 55.

²²⁰ Cfr., Foucault, M. “Teoría crítica / Historia intelectual”, en Foucault, M. *El Yo minimalista y otras conversaciones*, Bs. As., La Marca Editora, 2009, p. 129.

Foucault sugiere, para la segunda mitad de la década de 1970, la circularidad como la forma en que la verdad se relaciona con sus condiciones histórico-políticas de producción. Existe, en esta propuesta, una correspondencia de condicionamientos entre dos órdenes de prácticas en la que cada una mantiene su singularidad a expensas de no dejar de producir efectos sobre la otra.

Por verdad hay que entender un conjunto de procedimientos reglados por la producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación, y el funcionamiento de los enunciados.

La verdad está ligada circularmente a los sistemas de poder que la producen y la mantienen, y a los efectos de poder que induce y que la acompañan, al régimen de verdad.²²¹

El régimen de verdad, elemento constitutivo del dispositivo de verdad, resulta de utilidad para pensar la conformación de los campos científicos de las ciencias humanas y las empíricas, especialmente la economía política, en consonancia con la serie de acontecimientos históricos que circunscriben la emergencia de los mismos -la sociedad industrial, el capitalismo, etc.- Sin embargo, cuando las preocupaciones de Foucault se desplazan, durante la segunda mitad de la década de 1970, hacia las formas históricas que adoptan los modos en que los hombres piensan el ejercicio del gobierno de unos sobre otros, la noción de régimen de verdad se reubica en el contexto del surgimiento de los nuevos problemas y categorías analíticas propias de los cursos de 1978 y 1979. Si el tema del saber -en particular la formación de saber que llamamos "ciencia"- había oficiado de desencadenante de las reflexiones sobre el poder durante los primeros años de la década de 1970, a partir de 1978 la situación parece ser la inversa. La nueva analítica del poder concebida en términos de gobierno, esto es, del problema de los modos y concepciones acerca de la conducción de conductas de los hombres, ofrece una arquitectónica más compleja alrededor de la cual pensar tanto el saber como los regímenes de verdad. De esta manera, bajo el orden de las nuevas preocupaciones, la temática de la verdad, de su régimen y de las formas de saber, se vincula con el ejercicio del poder político pensado en el plano de los fenómenos globales, en los que el Estado, el mercado, los programas políticos y económicos, tienen una centralidad fundamental, a diferencia del tratamiento de la relación entre poder y saber que el filósofo francés había ensayado en años anteriores.

Si la noción de *episteme* funciona, hacia fines de los '60, para dar cuenta de un tipo de regularidad que atraviesa las condiciones de posibilidad del discurso de las ciencias en una época dada, hacia fines de los '70 el concepto de "racionalidad" permite identificar la serie de elementos que, operando como principios reguladores, esquematizaciones en la construcción de problemas, jerarquizaciones de elementos y modos de calcular, expone la

²²¹ Cfr., Foucault, M. "Verdad y Poder", en Foucault, M. *Estrategias de poder. Obras esenciales. Volumen II*, ob. cit., p. 55.

forma en que el poder político reflexiona sobre su propia práctica de conducción de conductas. Para Foucault, la “racionalidad política” es “...la instancia de reflexión en la práctica de gobierno y sobre la práctica de gobierno”.²²² Se trata, por ende, de asumir la clásica noción de racionalidad en los términos de una forma determinada de reflexión que tiene por objeto un recorte del universo de las prácticas, es decir, se concentra o toma por objeto de pensamiento, por caso, los modos en que los hombres se gobiernan unos a otros -el orden de la política para Foucault-. En este sentido, la noción de racionalidad política no se identifica con un saber especializado (como podría serlo, por ejemplo, la ciencia política), ni hace referencia a la producción intelectual de una élite de profesionales, ni tampoco alude a una forma de “estructura”, esto es, una invariante relacional entre variables, sino que por dicho término se hace mención a una serie de regularidades que es posible detectar en el cruce entre discursos especializados, programas de gobierno, planes de administración, proyectos de control de salud poblacional, etc.

En la clase del 8 de marzo de 1978 Foucault formula el problema de la racionalidad política en los siguientes términos: “¿según qué racionalidad, qué cálculo, qué tipo de pensamiento podrá gobernarse a los hombres en el marco de la soberanía?”.²²³ La respuesta, para los siglos XVI, XVII y parte del XVIII, se circunscribe a la “razón de Estado”.²²⁴ Es esta la racionalidad, el tipo de cálculo, la lógica, que oficia de fundamento histórico para las prácticas políticas de gobierno de los hombres en el período destacado. Esta concepción del ejercicio del gobierno político permea el orden del saber, de las instituciones, de los programas políticos y de los debates teóricos. No se trata de un discurso falso que enmascara o desdibuja un orden de cosas para obtener efectos determinados -como puede ser prorrogar la permanencia de la clase gobernante en el poder-, sino que la racionalidad política se configura, toma forma, en la positividad de los textos de los teóricos que reflexionan sobre el poder político, en las discusiones acerca de la riqueza del Estado, en los programas de gobierno, sin representar el envés de otros textos, discusiones o programas. En otras palabras, la reflexión sobre la propia práctica de gobierno deja traslucir un tipo de racionalidad, una manera histórica de calcular, de articular problemas y disponer elementos sobre la base del ejercicio mismo del gobierno. La racionalidad expresa la “conciencia de sí” del gobierno.²²⁵

Los teóricos sociales Nikolas Rose y Peter Miller afirman que la racionalidad política es “...el campo discursivo en el que el ejercicio del poder es conceptualizado...”,²²⁶ esto es, el

²²² Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., p. 17.

²²³ Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 270.

²²⁴ Foucault le dedica las últimas cinco clases del curso de 1978 al tema de la “razón de Estado”.

²²⁵ Cfr., Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., p. 17.

²²⁶ Miller, P. y Rose, N. “Political Power beyond the State: Problematics of Government”, en *The British Journal of Sociology*, ob. cit., p. 175. La traducción es propia.

conjunto de perspectivas teóricas que, sin llegar a definirse necesariamente bajo la figura de una ciencia específica, hace posible transformar lo real en inteligible y lo inteligible en real. De manera ampliada, ambos pensadores sostienen que el...

...discurso político es un dominio para la formulación y justificación de esquemas idealizados orientados a representar la realidad, analizarla y rectificarla. Mientras que este no posee el carácter sistemático y cerrado de los cuerpos disciplinados del discurso teórico es posible, sin embargo, discernir *regularidades* que denominamos racionalidades políticas.²²⁷

La racionalidad política no deja de ser una cierta regularidad que es posible atisbar en un conjunto de discursos que se agolpan alrededor del problema del gobierno político. En este sentido, la “razón de Estado” es una cierta manera histórica de pensar el gobierno de los hombres -i.e. el ejercicio del poder- teniendo como elemento vertebrador la figura del Estado y la concomitante necesidad de expandir su fortaleza. Para Foucault, el modo en que el ejercicio del poder se conceptualiza a sí mismo durante la autodenominada *ratio status* entra en crisis con el surgimiento de la economía política, hacia mediados del siglo XVIII, dando paso a la constitución y consolidación de una nueva racionalidad política, el liberalismo (siglos XVIII a XX).

En el año 1979, en las primeras clases del curso *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault aborda la cuestión de la emergencia de la economía política y la relación entre esta y el Estado a partir del problema de la verdad y de su régimen. Según el filósofo francés, durante la segunda mitad del siglo XVIII un nuevo régimen de verdad se liga con la práctica del gobierno, desplazando, como consecuencia, la matriz a partir de la cual el saber jurídico rige las atribuciones y los límites de la dirección del Estado. Entre los siglos XVI, XVII y XVIII la razón de Estado encuentra una forma de limitación externa a su ejercicio en el derecho público y en los teóricos del derecho natural.²²⁸ La *ratio juris* intenta emplazarse como el escenario último sobre el cual se dirimen los asuntos vinculados al poder político, sobre todo aquellos relativos al ejercicio de un poder que opera bajo la forma de la *ratio status* -esto es, con la finalidad del mayor acrecentamiento posible de la fortaleza estatal-. De esta manera, el régimen de verdad, entre los siglos mencionados y en lo que respecta al buen gobierno, se emplaza en los límites que traza el derecho público, en clara oposición a la razón de Estado.²²⁹ En otros términos, el campo o plano de los problemas políticos está confeccionado de acuerdo con los términos elaborados por el derecho público (derechos naturales, legitimidad del poder, etc.).

²²⁷ Ibid., p. 178. La traducción y el subrayado son propios.

²²⁸ Cfr., Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., pp. 23-24.

²²⁹ Cfr., Ibid., p. 25. “...la objeción a la razón de Estado en términos de derecho siempre se plantea por el lado de la oposición y, por consiguiente, se ponen en juego contra ella la reflexión jurídica, las reglas de derecho y la instancia misma del derecho”.

De acuerdo con el análisis de Foucault, en la segunda mitad del siglo XVIII se produce un desplazamiento importante en lo que a la limitación de la razón de Estado se refiere. Junto al límite externo planteado desde el campo jurídico se alza un conjunto de reflexiones orientado a establecer las condiciones de autolimitación del poder político. Ya no se trata de codificar el espacio de acción del gobierno bajo las cuestiones de la legitimidad o ilegitimidad de las decisiones políticas, sino de establecer las condiciones que permitan al gobierno autolimitarse, a partir de la consideración de dos factores. Por un lado, la naturaleza de los objetos sobre los cuales recae la intervención del gobierno y, por otro, el modo en que la intervención debe llevarse a cabo.²³⁰ Para Foucault, el elemento diferencial que cumple una función fundamental en el orden de los desplazamientos aquí señalados es la economía política. Alrededor de esta noción, de acuerdo con el filósofo francés, es posible detectar tres sentidos manifiestos en las reflexiones comprendidas entre los años 1750 y 1820; por economía política se entiende: a) un análisis de fenómenos propiamente económicos (producción y circulación de bienes); b) una metodología de gobierno enfocada en la prosperidad del Estado; y c) una reflexión sobre la organización, distribución y limitación del poder.²³¹ Sin embargo, y de forma paralela a los sentidos que la economía política tiene para los pensadores de la época señalada, Foucault agrega que ésta reúne las características de ser: a) un instrumento intelectual; b) un tipo de cálculo; y c) una forma de racionalidad.²³²

En el curso de 1979 Foucault establece algunas razones por las cuales la economía política se vuelve central en el paso de una racionalidad política a otra -de la razón de Estado al liberalismo-, así como en la transformación del régimen de verdad vigente durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Estas son: a) cierta familiaridad con los objetivos del Estado, lo que permite una relación que no es de exterioridad frente a este. La economía política se centra en las consecuencias que tienen, en el plano económico -y por ende en relación con la fortaleza del Estado-, la dirección y los programas que adopte la práctica del gobierno. Con respecto a esto, no funda sus apreciaciones ni en la moral ni en el derecho, sino en el éxito o el fracaso de las políticas públicas y de las decisiones administrativas; b) la naturalidad de los procesos que hay que gobernar, lo cual supone que gobernar es aprehender los mecanismos inteligibles que producen ciertos fenómenos, regularidades, etc., para lo cual el conocimiento científico resulta fundamental; c) y por último, la economía política introduce, en función del punto anterior, el “éxito” y el “fracaso” como criterios de un buen gobierno. No se trata de la legitimidad o ilegitimidad del ejercicio del poder, otrora tópicos caros al planteo jurídico, sino del acierto de las decisiones

²³⁰ Cfr., *Ibid.*, p. 34.

²³¹ Cfr., *Ibid.*, p. 30.

²³² Cfr., *Ibid.*, p. 30.

tomadas en materia de gobierno, tanto en relación con la riqueza del Estado como con respecto al vínculo competitivo con los demás Estados.²³³

El corolario de estas razones, que posicionan a la economía política como un elemento fundamental en el proceso de mutación de una racionalidad política, basada en la razón de Estado, a una racionalidad de gobierno articulada sobre los principios de la libre circulación y del dejar hacer, consiste en la sobrevaloración que adquiere la verdad en términos de una consolidación epistémica del discurso especializado. Si, como señala Foucault, la decadencia de un gobierno adviene no por razones vinculadas con la maldad del príncipe, sino por mera ignorancia de la naturalidad con la que se producen determinados acontecimientos vinculados a los objetos que hay que gobernar, entonces es fundamental pensar la racionalidad política liberal a partir de la serie gobierno-economía política-verdad y, en consecuencia, entender que la autolimitación de la práctica de gobierno se produce a partir de la producción de verdad en relación a los objetos sobre los que aquella recae.²³⁴

De esta manera, para Foucault la economía política encarna, por un lado, un instrumento intelectual, un saber organizado entre los preceptos de la ciencia natural²³⁵ y la finitud humana -expresada en el trabajo productivo y la labilidad del deseo-, esto es, una ciencia construida en el marco discursivo inaugurado por la *episteme* moderna. Por otro lado, con la economía política se inaugura una racionalidad de gobierno -un cálculo del ejercicio de la práctica política- que gira alrededor del problema de la autolimitación del gobierno: el “liberalismo”. Este modo de pensar la economía política permite ubicarla más allá de la figura de la ciencia y, en consecuencia, no circunscribirla a los problemas epistémicos que caracterizaban su tratamiento en *Las palabras y las cosas*; de lo que se trata hacia fines de la década de 1970 es de resaltar las singularidades de un acontecimiento histórico emplazándolo en el análisis más amplio del saber, antes que en la acotada descripción de las condiciones de su cientificidad. Por ello, las cuestiones fundamentales abordadas por Foucault en los cursos de los años 1978-1979 no se ciñen tan solo a las figuras que atraviesan el discurso científico de la economía política en pensadores como Adam Smith o David Ricardo (producción, circulación, riqueza, valor, utilidad, etc.), sino que incluyen el tipo de relación que se establece entre este discurso y las reflexiones sobre la práctica del gobierno, los programas específicos adoptados, la legislación, la regulación del mercado y demás elementos propios del ejercicio del poder en los grandes Estados nacionales. En otros términos, la finalidad analítica está puesta en dilucidar las singularidades del saber y del tipo de cálculo o racionalidad que vuelven inteligibles el ejercicio del gobierno del Estado y la población hacia fines del siglo XVIII.

²³³ Cfr., Ibid., pp. 30-33.

²³⁴ Cfr., Ibid., p. 34.

²³⁵ Para mediados del siglo XVIII el modelo de ciencia está representado especialmente por la física newtoniana.

La constitución de la economía política, en tanto forma privilegiada del saber acerca de los acontecimientos económicos, introduce como novedad, frente a la racionalidad propia de la razón de Estado, la autolimitación del gobierno en función de la verdad administrada por esta nueva disciplina. A la par del derecho, que a través de la *ratio juris* constituye el principio de limitación externo de la razón de Estado, la economía política incorpora una *ratio veritatis* en el seno mismo de la práctica gubernamental y delinea, de esta manera, una racionalidad económica diferente de la jurídica y la política.²³⁶ Desde la segunda mitad del siglo XVIII los juicios realizados en torno de las decisiones económicas, o constitutivos de las mismas, dejan de formularse a partir de consideraciones morales, de prudencia o bien en relación con un conjunto de reglamentos de estatuto jurídico. Los mismos comienzan a ser respaldados por la suficiencia de un discurso científico que no deja de versar sobre la naturaleza de las acciones gubernamentales así como de los objetos sobre los que esta recae. El éxito o el fracaso de las acciones de gobierno en materia económica y política son la medida justa de la atención y el seguimiento puestos sobre las sugerencias de los economistas. El discurso de la economía política se introduce en medio de toda una serie de prácticas de gobierno -“las recaudaciones fiscales, los aranceles aduaneros, los reglamentos de fabricación, las reglamentaciones sobre las tarifas de los granos, la protección y la codificación de las prácticas de mercado”-²³⁷ estableciendo límites a los excesos de intervención estatal desde una perspectiva anclada en el “dejar hacer”, en armonía con la naturalidad de ciertos procesos que constituyen el espacio social -escasez, enfermedad y modos de circulación-. A su vez, un conjunto de mecanismos -los dispositivos de seguridad- afectan los acontecimientos regulando o gestionando el modo en que los mismos advienen y calculando los efectos económicos que dicha modalidad de gestión genera. Entre ambos elementos -discursos y prácticas- se producen, según Foucault, dos tipos de interrelaciones: a) las prácticas de gobierno se organizan a partir de mecanismos y discursos que las vuelven inteligibles y que permiten identificar, evaluar y modificar sus efectos, así como también revisar la verdad de los enunciados; y, como consecuencia de lo anterior, b) el discurso científico de la economía legisla sobre tales prácticas en términos de verdad o falsedad.²³⁸ Foucault sostiene que:

Entre esas distintas prácticas... a partir de mediados del siglo XVIII se podrá establecer una coherencia meditada, razonada; coherencia establecida por mecanismos inteligibles que ligan entre sí esas diferentes prácticas y sus efectos, y que permitirán, por consiguiente, juzgarlas como buenas o malas no en función de una ley o un principio moral, sino de proposiciones que, por su parte, estarán sometidas a la división de lo verdadero y de lo falso.²³⁹

²³⁶ Cfr., Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., pp. 34-35.

²³⁷ Cfr., Ibid., p. 35.

²³⁸ Cfr., Ibid., p. 35.

²³⁹ Ibid., p. 36.

La nueva racionalidad de gobierno -liberalismo- se configura en torno del problema de la cantidad de gobierno necesaria, esto es, de la intensidad del gobierno y del límite o regulación de la misma, frente a la naturaleza de aquello que es gobernado. De esta manera, hacia fines del siglo XVIII se produce la articulación histórica entre un régimen de verdad emplazado alrededor del problema de la autolimitación del ejercicio de gobierno, del menor gobierno posible, y una racionalidad política fundada en el principio del “dejar hacer” (*laissez-faire*).

En la clase del primero de febrero de 1978 Foucault introduce un concepto que en alguna medida resulta equivalente al de racionalidad política: “gubernamentalidad”. El término alude a una cierta “mentalidad” de gobierno, comprendiendo por mentalidad una racionalidad, un modo de calcular, una cierta matriz lógica que, constituida históricamente, permite hacer inteligible y operable lo real. Foucault confecciona la noción de gubernamentalidad incluyendo en la misma una pluralidad de elementos; la define como:

...el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque muy compleja, de poder que tienen por blanco principal la población, por forma mayor de saber la economía política y por instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad.²⁴⁰

Aquí nuevamente vuelve a actualizarse una distinción presente a lo largo del tratamiento tanto del régimen de verdad como de la racionalidad política, esto es, por un lado, el marco discursivo, reflexivo, propio del saber y de una de sus formas, la ciencia, y, por otro, la dimensión de las prácticas, de los mecanismos y de los dispositivos. Foucault no solo respeta la matriz clasificatoria de prácticas discursivas y no discursivas con la que piensa desde principios de 1970, sino que establece un régimen de articulación entre tales elementos en función de: a) el objetivo, b) la forma de saber interviniente y c) los mecanismos que hacen posible la consecución de los objetivos. La noción de gubernamentalidad permite organizar analíticamente las prácticas discursivas y no discursivas en torno de los tres componentes mencionados.

Las consecuencias de la introducción del concepto de gubernamentalidad se distribuyen entre dos grupos. Por un lado, se constata una reafirmación de la noción de racionalidad política, puesto que el término “gubernamentalidad”, como fue señalado, induce a pensar en una “mentalidad” de gobierno, es decir, en una racionalidad ligada a los fenómenos de conducción de conductas en el marco del gobierno de fenómenos colectivos -población o sociedad-.²⁴¹ Por otro lado, la sistematización de elementos

²⁴⁰ Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 136.

²⁴¹ Esta línea de lectura se encuentra retomada y abonada por los llamados “estudios en gubernamentalidad”. Véase especialmente un texto considerado como la obra fundadora de esta corriente: Burchell, G., Gordon, C., Miller, P. *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, Chicago, University of Chicago Press, 1991.

discursivos y no discursivos, y en especial la noción de dispositivo, presente dentro del concepto más amplio de gubernamentalidad, desplaza cierto lugar de privilegio que aquella posee, durante la primera mitad de la década de 1970, en torno de áreas específicas de las ciencias humanas, como la psiquiatría o la criminología. La analítica de los dispositivos disciplinarios y de sexualidad da paso a una genealogía de la gubernamentalidad en la que resulta fundamental la consideración de elementos tales como el Estado y la economía, otrora abordados solo en forma tangencial. Ahora bien, el concepto de gubernamentalidad incluye al de dispositivo por conllevar un grado de generalidad más alto; a su vez, la gubernamentalidad da cuenta de una regularidad, de una cierta racionalidad -mentalidad- de gobierno que se expresa en un plano discursivo, pero que, a su vez, se materializa en un conjunto de técnicas, dispositivos, procedimientos, etc. El riesgo que conlleva el moverse sólo a través de estas herramientas teóricas radica en pensar que o bien todas las prácticas, tanto discursivas como no discursivas, pueden ser remitidas a una racionalidad última que obraría como su causa efectiva, o bien, en dirección inversa, suponer que una determinada racionalidad de gobierno debe toda su configuración a la materialidad bruta de las prácticas. La primera alternativa nos conduciría a reactualizar una forma de idealismo de corte hegeliano, anclada en una figura exótica como puede ser la de una “mentalidad de gobierno” funcionando bajo los parámetros de una estructura, mientras que la segunda opción nos transportaría de manera directa a las estrategias argumentativas del marxismo. A los efectos de evitar cualquiera de estos dos reduccionismos, es posible ensayar la incorporación de un tercer elemento que opera articulando la dimensión de la racionalidad, dimensión eminentemente discursiva, y la de las prácticas históricas, organizadas alrededor de la acción de dispositivos específicos y materializadas en torno del funcionamiento de técnicas concretas. El nexo entre estos dos planos está dado por las “tecnologías”, concepto que bajo diferentes formas se encuentra presente en las obras publicadas de mediados de la década de 1970.

En la clase del 08 de febrero de 1978 Foucault se pregunta: “¿por qué estudiar el Estado a través de una noción tan oscura como la de gubernamentalidad?”²⁴² El bosquejo de este problema se encuentra articulado, por un lado, en torno de los intereses que el filósofo francés tiene sobre el modo en que del objeto “Estado” emerge y es tratado en el marco de la racionalidad de gobierno denominada “razón de Estado”. Por otro lado, es manifiesta la preocupación que instala alrededor de la confección de grillas de inteligibilidad destinadas a “desenmarcarse” de las representaciones más clásicas sobre el ejercicio del poder. De esta manera, el concepto de gubernamentalidad resulta “oscuro” siempre que no satisfaga tres condiciones de operatividad que Foucault denomina “pasaje al exterior” (de las instituciones, de la explicación funcionalista y de la fenomenología del objeto). En otras palabras, la gubernamentalidad, en tanto concepto o grilla de

²⁴² Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 140.

inteligibilidad, debe poder incorporar el punto de vista de: a) las tecnologías, frente a los análisis institucionales; b) de las estrategias y de las tácticas, frente a las perspectivas funcionalistas; y c) de los campos, dominios y objetos de saber, frente a los abordajes que parten de un objeto ya dado.²⁴³ Poniendo en relación las nociones de gubernamentalidad y Estado, Foucault termina de dar forma al problema al plantear los siguientes interrogantes:

¿Es posible realizar la misma inversión con respecto al Estado? ¿Es posible pasar al exterior? ¿Es posible resituarse el Estado moderno en una *tecnología general de poder* que haya asegurado sus mutaciones, su desarrollo, su funcionamiento? ¿Se puede hablar de una “gubernamentalidad”, que sería para el Estado lo que las técnicas de segregación eran para la psiquiatría, lo que las técnicas de disciplina eran para el sistema penal, lo que la biopolítica era para las instituciones médicas?²⁴⁴

Frente al análisis político “clásico” o tradicional, que toma al Estado como un objeto dado y, en torno del mismo reconstruye los modos en los que fue representado por el pensamiento de los hombres en diferentes épocas, Foucault postula la necesidad de una mirada que, partiendo de una serie de prácticas determinadas, articuladas alrededor de la especificidad que mientan las nociones de “tecnologías de poder” o “tecnologías de gobierno”, trata de exponer la formación de un objeto denominado Estado, tanto en el campo del saber como en el plano del acoplamiento de técnicas específicas o dispositivos.

En el epílogo de una publicación que comprende un conjunto de entrevistas realizadas a Foucault entre los años 1972 y 1977, Collin Gordon destaca lo que según su parecer son tres formas generales de concebir la racionalidad en los escritos del filósofo francés: a) las estrategias; b) las tecnologías; y c) los programas.²⁴⁵ Para Gordon, estos tres elementos permiten pensar las relaciones de poder. Si vinculamos este fragmento con la reflexión metodológica foucaultiana del “pasaje al exterior”, hallamos una notable familiaridad. Las tres aristas con las que pensar las relaciones de poder de Gordon coinciden, en buena medida, con los componentes del concepto general de gubernamentalidad. De esta manera, se puede sostener, por un lado, que la gubernamentalidad debe ser comprendida como la forma que adoptan las relaciones de poder codificadas en términos de “gobierno”, esto es, desde el punto de vista de Foucault, lo relativo a las prácticas de conducción de conductas.²⁴⁶ Por otro lado, y tomando en cuenta la funcionalidad analítica de dicha noción en términos de grilla de inteligibilidad, es menester no perder de vista los elementos que comprende bajo las figuras del saber, las tecnologías, las estrategias y los programas. Es en este sentido que “gubernamentalidad” puede ser equiparable con “racionalidad de gobierno”, teniendo presente que esta última noción reconduce a los problemas relativos al

²⁴³ Cfr., *Ibid.*, p. 144.

²⁴⁴ *Ibid.*, p. 146. El resaltado es nuestro.

²⁴⁵ Gordon, Collin. “Afterwords”, en Foucault, M., *Power/Knowledge*, ob. cit., p. 246.

²⁴⁶ Cfr., Dreyfus, H. y Rabinow, P., *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, ob. cit., p. 254.

saber, las tecnologías y los programas; en suma, se trata de pensar la gubernamentalidad en el orden de una racionalidad práctica que pone en juego objetivos, medios y estrategias al momento de efectivizar el gobierno de los otros.²⁴⁷

La noción de “tecnología” resulta fundamental en la propuesta analítica foucaultiana de la segunda mitad de la década de 1970, no sólo por su ya mentado vínculo estrecho con la de racionalidad, sino también porque habilita un modo de comprender el funcionamiento de dispositivos y técnicas, en relación con una dimensión “global” en el orden del análisis de los acontecimientos históricos. La gubernamentalidad, en tanto “macrofísica” de las relaciones de poder comprendidas en términos de gobierno, inaugura en 1978 una dimensión analítica que, en buena medida, estaba en suspenso en las investigaciones de la primera mitad de la misma década,²⁴⁸ al tiempo que, justamente por ello mismo, constituía el blanco de las críticas realizadas sobre las mismas.

En la clase del 08 de enero de 1975 Foucault menciona el texto -publicado en 1974- de Pierre Clastres, *La sociedad contra el Estado*;²⁴⁹ en dicha obra, el antropólogo francés profundiza la tesis de que es posible pensar y constatar la organización y el funcionamiento de sociedades políticas en ausencia completa de una figura como la del Estado, así como del tipo de relación que comúnmente se asocia a éste, esto es, la de soberano-súbdito, opresor-oprimido, etc. De hecho, Clastres sostiene que lo característico de algunos pueblos aborígenes americanos es la no superposición entre quien gobierna o conduce la tribu y el atributo de la autoridad.²⁵⁰ Esta divergencia, que no invalida en absoluto el predicado de “políticas” atribuido a estas comunidades, reconduce la mirada por fuera²⁵¹ de lo que normalmente caracteriza a la política en el pensamiento marxista (el Estado, la clase, la dominación). El hecho de que no se evidencia una experiencia de dominación anclada en la ley o la figura del monarca no transforma a las sociedades indígenas estudiadas por el antropólogo francés en apolíticas. Lo político, propiedad inherente de lo social, debe rastrearse en el orden de los elementos y de las estrategias que permiten la dirección de una comunidad sin el uso de la coerción, de la violencia, de la

²⁴⁷ Cfr., Castro-Gómez, Santiago. *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores; Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar; Universidad Santo Tomás de Aquino, 2010, p. 34.

²⁴⁸ No corresponde afirmar que dicha dimensión no estuviera considerada en los análisis llevados a cabo en los primeros años de la década de 1970. Es interesante revisar los modos en que Foucault trata de referirse a fenómenos “macropolíticos” eludiendo situar en las instituciones del Estado, en las clases sociales o en los aparatos las explicaciones relativas a los fenómenos de dominación que se consolidan en las sociedades modernas.

²⁴⁹ Cfr., Foucault, M. *Los anormales*, trad. Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2001, p. 26.

²⁵⁰ Clastres, Pierre. *La sociedad contra el Estado*, trad. Paco Madrid, Barcelona, Virus Editorial, 2010, p. 26. “Testimonio de ello, por ejemplo, es lo que decían los primeros descubridores europeos del Brasil sobre los indios tupinambá: «Gente sin fe, sin ley y sin rey». Sus *mburuvichá*, sus jefes, no gozan, desde luego, de ningún «poder»”.

²⁵¹ Aquí se puede introducir la petición metodológica de “pasaje al exterior” que Foucault hace en el curso de 1978 con respecto al Estado.

dominación, etc.²⁵² La antropología de Clastres, marcadamente política y polémica en cuanto a los resultados de los análisis etnográficos, delinea el plano de problemas en el que Foucault trabajará en la segunda mitad de la década de 1970, y que podría sintetizarse bajo la siguiente pregunta: ¿cómo es posible el ejercicio del poder o el gobierno sin recurrir a la figura explicativa de la presencia de un soberano?

Estos problemas que -como fue señalado, encuentran una organización y un abordaje exclusivos en los cursos de 1978 y 1979- permiten delimitar con mayor precisión el sentido de la noción de tecnología que ya estaba presente en las clases, así como en los textos, correspondientes a los años 1975 y 1976. Más allá del uso sinonímico que en variadas ocasiones Foucault realiza entre los términos tecnología y técnica,²⁵³ es posible establecer dos criterios para delimitar el sentido del recorte “tecnológico” que el filósofo francés practica sobre los acontecimientos que estudia. Por un lado, es menester fijar el plano, la dimensión o el nivel de funcionamiento de las tecnologías y, por otro, identificar los elementos que son puestos en relación a través de las mismas, tanto como los objetivos y las estrategias desplegadas.

En *Vigilar y Castigar*, al referirse a lo que denomina “tecnología política del cuerpo”, Foucault sostiene que:

...no es posible localizarla ni en un tipo definido de institución, ni en un aparato estatal. Éstos recurren a ella; utilizan, valorizan e imponen algunos de sus procedimientos. Pero ella misma en sus mecanismos y sus efectos se sitúa en un nivel muy distinto. Se trata en cierto modo de una microfísica del poder que los aparatos y las instituciones ponen en juego, pero cuyo campo de validez se sitúa en cierto modo entre esos *grandes funcionamientos* y los propios cuerpos con su materialidad y sus fuerzas.²⁵⁴

La tecnología política del cuerpo se ubica entre las instituciones o aparatos de Estado y la materialidad del cuerpo y sus fuerzas. En el pasaje citado aparece asociada a la instrumentación de la “microfísica” del poder, esto es, específicamente, el despliegue del dispositivo disciplinario sobre el orden de las multiplicidades constituidas por cuerpos y fuerzas. La tecnología política del cuerpo remite a los “grandes funcionamientos”, a las instituciones estatales, y las conecta, a través de un conjunto de saberes, reglamentos y disposiciones espaciales, con el nivel infinitesimal de ejercicio del poder que opera transformando los cuerpos en cuerpos productivos, cuerpos saludables, etc. Esta forma de concebir la tecnología como un orden de conexiones que se mueve entre dos planos

²⁵² Cappelletti, Ángel J. “Pierre Clastres: La sociedad contra el Estado”, en *Revista de Filosofía*, Costa Rica, Universidad de Costa Rica, XXX (72), 1992, pp. 145-151.

²⁵³ Este punto también es destacado por Castro-Gómez. Cfr., Castro-Gómez, Santiago. *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*, ob. cit., p. 35.

²⁵⁴ Foucault, M. *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, ob. cit., p. 33. El subrayado es nuestro.

diferenciados deja entrever un problema no menor para este texto del año 1975. El nivel correlativo al de la microfísica está constituido por las instituciones y los aparatos de Estado, con lo cual parecen sugerirse dos cosas: a) por un lado, no hay un “más allá” o un “exterior” de las instituciones y del Estado; y b) las tecnologías tendrían, como consecuencia de lo anterior, un carácter casi instrumental.

Después del profundo trabajo sobre los dispositivos disciplinares y el registro infinitesimal sobre el que las relaciones de poder funcionan a los efectos de “normalizar” individuos, el riesgo de una reactualización de la matriz de pensamiento del marxismo parece evidente. El drama analítico que introduce el concepto de tecnología no pasa tanto, como algunos autores sostienen -Castro-Gómez- por el uso sinonímico con la noción de “técnicas”, sino por la referencia que dicho concepto introduce a un orden que excede los dispositivos, sus prácticas discursivas y no discursivas, y los asocia a una exterioridad tras la cual se figura, fantasmal, el perfil del Estado y el modelo del ejercicio de un poder soberano, anclado en la dominación.²⁵⁵

En la clase del 17 de marzo de 1976 Foucault desarrolla las particularidades de los dispositivos de seguridad, o reguladores, en el marco de la introducción de un concepto amplio como el de “biopoder”. Este nuevo mecanismo de regulación se entrecruza con el dispositivo disciplinario -expuesto en detalle en *Vigilar y Castigar* un año antes-, a partir de integraciones parciales, encabalgamientos, interferencias, etc.²⁵⁶ La particularidad de esta clase es que en numerosos pasajes los términos disciplinas, mecanismos, técnicas y tecnologías parecen emplearse para dar cuenta del mismo tipo de fenómeno -la introducción de la vida en los modos de problematización políticos-, generando, en consecuencia, un cierto grado de imprecisión.²⁵⁷ Sin embargo, una serie de particularidades, presentes en la mencionada clase así como también en el último capítulo del volumen primero de *Historia de la sexualidad*, publicado durante el mismo año (obra consagrada al análisis del dispositivo de sexualidad), permiten trazar un panorama aproximado del sentido que los términos en juego pueden detentar. Por un lado, la clase

²⁵⁵ Nikolas Rose, un exponente indiscutible de la continuación anglosajona de los estudios foucaultianos sobre gubernamentalidad, afirma que uno de los elementos que desplazó su interés hacia el Foucault de los cursos de 1978 y 1979 radica en el hecho de que la concepción de poder allí trabajada ya no constituye una remisión a “la vieja noción de poder”, codificada en alguna medida bajo la figura de la dominación, tal como se presentaba en *Vigilar y Castigar*. Cfr., Rose, Nikolas. “*Governmentality Studies*, liberalismo y control. Entrevista con Nikolas Rose”, en *Nuevo Itinerario. Revista Digital de Filosofía*, ob. cit., p. 5.

²⁵⁶ Cfr., Foucault, M. *Defender la sociedad*, ob. cit., p. 219.

²⁵⁷ Cfr., Ibid., p. 225. “Desde el siglo XVIII... tenemos, entonces, dos tecnologías de poder que se introducen con cierto desfase cronológico y que están superpuestas. Una técnica que es disciplinaria: está centrada en el cuerpo, produce efectos individualizadores, manipula el cuerpo como foco de fuerzas que hay que hacer útiles y dóciles a la vez. Y, por otro lado, tenemos una tecnología que no se centra en el cuerpo sino en la vida; una tecnología que reagrupa los efectos de masas propios de una población, que procura controlar una serie de acontecimientos riesgosos que pueden producirse en una masa viviente...” También Cfr., Ibid., p. 219.

del 17 de marzo es la que mayor número de referencias a las tecnologías de poder posee, en relación con el resto de las que componen el curso denominado *Defender la sociedad*. Este detalle coincide con el hecho de que se trata de la única clase de dicho curso en la que Foucault desarrolla la problemática del biopoder, en los términos de una articulación entre dos niveles tecnológicos: el nivel anatomopolítico y el biopolítico. En definitiva -afirma el filósofo francés-, por biopoder se alude a:

...una tecnología que sin duda es, en ambos casos, tecnología del cuerpo, pero en uno de ellos se trata de una tecnología en que el cuerpo se individualiza como un organismo dotado de capacidades, y en el otro, de una tecnología en que los cuerpos se reubican en los procesos biológicos de conjunto.²⁵⁸

El biopoder, pensado como una tecnología de doble faz,²⁵⁹ representa una mutación con respecto a la forma de poder que encarna la soberanía. Una de las maneras en que el mismo se “materializa” o despliega sobre la multiplicidad, se evidencia a partir del dispositivo de sexualidad. Foucault afirma que la articulación entre ambos conjuntos tecnológicos “...no se realizará en el nivel de un discurso especulativo, sino en la forma de arreglos concretos que constituirán la gran tecnología de poder en el siglo XIX: el dispositivo de sexualidad es uno de ellos, y de los más importantes”.²⁶⁰ De aquí el carácter híbrido del dispositivo de sexualidad, por un lado se ajusta a la matriz correspondiente a los dispositivos disciplinarios, puesto que opera sobre el cuerpo individual, por otro, se emparenta con la vertiente reguladora propia de los dispositivos de seguridad, que funcionan administrando los fenómenos ligados a la reproducción de la especie.

A pesar de que los elementos que la tecnología pone en relación -los dispositivos- es algo que queda en evidencia a través de los análisis compendiados entre los años 1975 y 1976, lo que aún resulta trabajoso especificar, teniendo en cuenta las intervenciones realizadas durante el período mencionado, es el nivel operatorio de las tecnologías. Si bien es manifiesto el hecho de que las mismas parecen “situarse” entre lo global y lo microfísico, comprendiendo por esto último el orden de las multiplicidades con las cuales se articulan los dispositivos, no resulta del todo clara la forma en que las tecnologías se componen en la dimensión “macropolítica”; o, para ponerlo en otros términos, ¿cómo pensar la tecnología por fuera de la figura de un instrumento del poder que, a través de su implementación, permitiría prorrogar sus propios efectos de dominación? En la clase del 17 de marzo de 1976, cuando Foucault se refiere a los dos planos tecnológicos que constituyen el biopoder lo hace identificando la serie de elementos que conforman cada uno de los mismos. Allí sostiene: “...tenemos, por lo tanto, dos series: la serie cuerpo-

²⁵⁸ Ibid., p. 225.

²⁵⁹ Cfr., Foucault, M. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, ob. cit., p. 169. “El establecimiento, durante la edad clásica, de esa gran tecnología de doble faz... caracteriza un poder cuya más alta función no es ya matar sino invadir la vida enteramente”.

²⁶⁰ Ibid., p. 170.

organismo-disciplina-instituciones; y la serie población-procesos biológicos-mecanismos regularizadores-Estado”.²⁶¹ Ambas remiten, por el extremo ligado a los fenómenos macrosociales, o al Estado o a las instituciones, con lo cual vuelve a hacerse expresa la necesidad del “pasaje al exterior”, postulada en el curso de 1978.

En la clase del 11 de enero de 1978 Foucault define la tecnología como un sistema de correlaciones entre técnicas articuladas en mecanismos específicos, esto es, dispositivos jurídicos, disciplinares o reguladores. Allí señala que es posible hacer la historia de dichas técnicas, aunque -destaca- existe otra historia. Esa otra historia es la que corresponde a las tecnologías, comprendiendo por tales los “sistemas de dominantes” que se definen como tales por la prevalencia que otorgan a unos tipos de dispositivos por sobre otros.

Se puede, por lo tanto, hacer la historia de esas técnicas. Pero hay otra historia, que sería la historia de las tecnologías, es decir, la historia mucho más global, pero desde luego también mucho más vaga, de las correlaciones y los sistemas de dominantes que hacen que, en una sociedad dada y para tal o cual sector específico -pues las cosas no siempre van a evolucionar forzosamente al mismo ritmo en uno u otro sector, en un momento, en una sociedad o país determinados-, se introduzca, por ejemplo, una tecnología de seguridad que hace suyos y pone en funcionamiento dentro de su propia táctica elementos jurídicos, elementos disciplinarios y a veces llega a multiplicarlos.²⁶²

La historia de las tecnologías aparece como más global que la de las técnicas, pero, por lo mismo, mucho más vaga. La dificultad de asir el elemento tecnológico pareciera radicar en la naturaleza misma de la tecnología, comprendida como un juego de correlaciones entre dispositivos que deriva en un sistema de dominantes, en el que una serie de técnicas prevalece por sobre otras. El supuesto carácter instrumental de esta noción se desvanece cuando, tanto las instituciones como el Estado mismo, se ven atravesados y organizados alrededor de un sistema tecnológico determinado. Para Foucault, de lo que se trata es de establecer lo que se hace, es decir, delimitar el terreno discursivo de las prácticas concretas, asumiendo que el mismo permite expresar un modo estratégico de organizar y concebir el hacer,²⁶³ esto es, explicitar la puesta en juego de una racionalidad. Las tecnologías otorgan una forma concreta a las racionalidades políticas que entran en vigencia en un período histórico determinado,²⁶⁴ al tiempo que, en su despliegue, apuntalan una lógica singular que expresa la organización de tales prácticas. En un artículo de 1990, Peter Miller y Nikolas Rose expresan el vínculo entre racionalidad política y tecnología de la siguiente manera:

²⁶¹ Foucault, M. *Defender la sociedad*, ob. cit., p. 226.

²⁶² Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 24.

²⁶³ Foucault piensa las estrategias como un conjunto de prácticas sin un estratega definido.

²⁶⁴ Foucault, M. “La tecnología política de los individuos”, en Foucault, M. *La inquietud por la verdad. Escritos sobre la sexualidad y el sujeto*, trad. Horacio Pons, Bs. As., Siglo XXI, 2013, p. 247.

Si las racionalidades políticas traducen la realidad en el dominio del pensamiento, las “tecnologías de gobierno” intentan traducir el pensamiento en dominios de realidad, y establecer, en el mundo de las personas y las cosas, espacios y dispositivos para actuar sobre estas entidades...²⁶⁵

Para ambos autores es en medio de esa “intrincada interdependencia” entre racionalidad política y tecnología²⁶⁶ donde resulta posible comprender las formas de ejercicio del poder, bajo la modalidad del gobierno, así como también la constitución de objetos vinculados con la autoridad, como el Estado y sus diversos aparatos, o bien con el campo de la economía, como es el caso del mercado. Las tecnologías funcionan transformando la realidad en algo “pensable”, en algo asible, no sólo intelectualmente, sino también técnicamente, a partir de grillas de inteligibilidad que se entretejen con saberes y ciencias. Sin embargo, como sostienen P. Miller y N. Rose, “...no es una cuestión de implementación de esquemas ideales en la realidad, ni de la extensión del control desde el asiento del poder hasta las minucias de la existencia. En su lugar, se trata de una cuestión de ensamblaje complejo de diversas fuerzas.”²⁶⁷ Dicho ensamblaje implica técnicas y saberes, prácticas coordinadas y conocimientos acerca de las mismas, así como objetivos y planificaciones estratégicas para satisfacerlos.

En una conferencia dictada en Vermont, en 1982, Foucault sostiene que la tecnología política de la razón de Estado -la policía- adopta tres grandes formas a lo largo de su desarrollo: “...un sueño o, mejor, una utopía; a continuación, una práctica en la que las reglas rigen verdaderas instituciones, y por último una disciplina académica”.²⁶⁸ La primera característica indica la “conciencia de sí” del ejercicio del poder. La utopía no es más que una reflexión sobre las condiciones de su emplazamiento. Es el sueño que se sueña despierto, sin que, de forma semejante al argumento cartesiano, no exista un criterio que permita distinguir entre lo onírico y el estado de vigilia. Se trata de discursos generados bajo diferentes formatos -ensayos, ciencia, profecías-, pero que contienen, en varios casos, la arquitectura de un programa acerca de cómo el poder debe ejercerse. La segunda nota propia de la tecnología mienta la presencia de un régimen de prácticas que organiza el funcionamiento institucional. Este aspecto es de singular interés puesto que sitúa la tecnología ni por debajo ni por encima de las instituciones y aparatos de Estado, sino en el centro de su constitución misma. Así, ni el Estado ni las instituciones se valen de la tecnología como de una herramienta para lograr un fin determinado, sino que están siempre insertos en un nivel de prácticas regladas cuyo corte, según Foucault, de

²⁶⁵ Miller, P. y Rose, N. “Governing Economic Life”, en *Economy and Society*, ob. cit., p. 8. La traducción es propia.

²⁶⁶ Cfr., Miller, P. y Rose, N. “Political Power beyond the State: Problematics of Government”, en *The British Journal of Sociology*, ob. cit., p. 176.

²⁶⁷ Ibid., p. 183. La traducción es propia.

²⁶⁸ Foucault, M. “La tecnología política de los individuos”, en Foucault, M. *La inquietud por la verdad. Escritos sobre la sexualidad y el sujeto*, ob. cit., p. 248.

realizarse desde la perspectiva de la tecnología, debe mostrar la forma en que dichas prácticas se organizan a partir de procedimientos administrativos, de la producción y seguimiento de reglamentos, de técnicas específicas de recolección y producción de datos, etc. Esto fuerza a toda una constelación de saberes ligados a técnicas locales a ponerse en movimiento e interrelacionarse. Por último, la reflexión, producción de conocimiento y enseñanza en instituciones específicas, da cuenta de otra de las formas que adopta el vínculo entre tecnología y saber. De lo que se trata es de pensar, estudiar y formar especialistas que entiendan acerca de los modos de transformar en governable una realidad, esto es, las estrategias de intervención que se deben adoptar, los conocimientos que se requiere poner en juego y la determinación exacta de la naturaleza de aquello que se aspira manipular.

De esta manera, las tecnologías son coextensivas con las racionalidades; un concepto reenvía al otro y viceversa. Ambos permiten establecer cortes analíticos en el orden de los acontecimientos históricos para dar cuenta de la forma en que se consolidan las relaciones de poder y de saber. Dado el carácter plural tanto de las tecnologías como de las racionalidades, el trabajo intelectual pasa por determinar los puntos de cruce históricos, aquellos lugares en donde el vínculo establecido entre unas tecnologías, un régimen de verdad y un modo de calcular y reflexionar se condensó, tomó forma, en un “arte de gobierno”, se trate del arte de gobierno de la razón de Estado o bien del liberalismo emergente hacia fines del siglo XVIII.

TERCERA PARTE

ECONOMÍA POLÍTICA

1.- Abandono del modelo de la “economía doméstica”

Para comprender la emergencia de una racionalidad económica, como la que tiene lugar a partir del nacimiento de la economía política, hacia comienzos del siglo XVIII, es menester identificar aquello frente a lo cual esta se constituyó como un desplazamiento del saber y una mutación de prácticas, es decir, de tácticas y estrategias desplegadas con respecto a un dominio de objetos. En otras palabras, el origen de la economía política debe buscarse no sólo en la transformación de las condiciones de posibilidad del saber, que para el Foucault de *Las palabras y las cosas* significa la ruptura con el análisis de las riquezas, que caracteriza la época clásica, sino en el orden de las prácticas que juegan un juego de condicionamientos recíprocos con el saber. En este caso particular, y tratándose del dominio de la economía, dichas prácticas deben circunscribirse a las prácticas políticas, entendiendo por las mismas no el ejercicio de las dominaciones de unos grupos por parte de otros, sino el conjunto de reflexiones que, enmarcadas en la matriz clásica del poder soberano, introducen, modifican, desplazan o eluden el tratamiento de lo económico.

Entre los siglos XVI y XVII la economía se encuentra fuertemente vinculada con el modelo propio de la soberanía política. Las expresiones históricas de esta amalgama las constituyen el cameralismo y el mercantilismo; ambos conjuntos de prácticas, tanto doctrinarios o administrativos como concretos (leyes, reglamentos, procedimientos de control, etc.), representan la intervención directa del Estado en los asuntos económicos y, como correlato, el acrecentamiento de la “estatización” de regiones enteras ligadas a la vida social que estaban, hasta ese entonces, excluidas de su órbita. El problema de cómo gobernar un dominio de objetos y relaciones a partir del ejercicio de la soberanía política constituye el marco y la articulación de elementos en medio de los cuales el cameralismo y el mercantilismo surgen como modos de reflexión y técnicas específicas.²⁶⁹ Cabe destacar que en el siglo XVI la matriz soberana, expresada paradigmáticamente en el pensamiento de Jean Bodin, arrastra consigo una comprensión de la economía en buena medida clásica, esto es, asociada al gobierno que el padre ejerce sobre la familia, lo cual la sume en un estado de analogía permanente con la arquitectónica del poder político. Entre economía y política no existen mayores diferencias, excepto aquellas relativas a la

²⁶⁹ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 273. “Pues a mi juicio el elemento característico del pensamiento político a fines del siglo XVI y principios del siglo XVII es precisamente la búsqueda y la definición de una forma de gobierno que sea específica con respecto al ejercicio de la soberanía”.

magnitud del domino sobre las que cada una versa. La “administración doméstica”, sinónimo del poder paternal, es el modelo que rige ambos espesores de prácticas.

La administración doméstica es el recto gobierno de varias personas y de lo que les es propio, bajo la obediencia de un cabeza de familia. La segunda parte de la definición de república que hemos establecido hace referencia a la familia, que constituye la verdadera fuente y origen de toda república, así como su principal elemento... Al igual que la familia bien dirigida es la verdadera imagen de la república, y el poder doméstico es comparable al poder soberano, así, el recto gobierno de la casa es el verdadero modelo del gobierno de la república. Del mismo modo que el cuerpo goza de salud si cada miembro en particular cumple con su función, la república marchará bien si las familias están bien gobernadas.²⁷⁰

Cameralismo y mercantilismo son expresión de la incipiente especificidad de un saber que se presenta como un instrumento práctico del poder político. De esta manera, la “soberanía política” también resulta ser una “soberanía económica”,²⁷¹ el isomorfismo entre un nivel y otro subsume la economía bajo el campo de racionalidad política del ejercicio de la soberanía, lo cual no va en contra de la proliferación de reflexiones en torno de los fenómenos económicos que comienzan a propagarse por Europa en el siglo XVII.²⁷² Foucault sostiene, al respecto, que el “...mercantilismo es la primera racionalización del ejercicio del poder como práctica del gobierno; es la primera vez que se comienza a constituir un saber del Estado susceptible de utilizarse para las tácticas del gobierno”.²⁷³ Este saber se encuadrará dentro de la noción amplia de “arte de gobierno”, es decir, un conjunto de técnicas ajustadas a reglas y establecidas como producto de una serie de reflexiones acerca de aquello que se pretende gobernar.

Y el arte de gobierno, tal como aparece en toda esa literatura, debe responder esencialmente a esta pregunta: ¿cómo introducir la economía -es decir, la manera de manejar como es debido a los individuos, los bienes, las riquezas, tal como puede hacerse dentro de una familia, como puede hacerlo un buen padre de familia que sabe dirigir a su mujer, a sus hijos, a sus domésticos...-, cómo introducir esa atención, esa meticulosidad, ese tipo de relación del padre de familia con los suyos, dentro de la gestión de un Estado?²⁷⁴

Dicho campo de reflexión y puesta en práctica de preceptos acerca de la forma más conveniente de gobernar encuentra su límite en la misma matriz que la economía comparte con la política. El problema-límite al interior del cual se mueven cameralismo y

²⁷⁰ Bodin, Jean. *Los seis libros de la República*, trad. Pedro Gala, Madrid, Tecnos, 1997, pp. 15-16.

²⁷¹ Cfr., Burchell, G., Gordon, C., Miller, P. *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, ob. cit., pp. 11-15.

²⁷² Para un destacado análisis del despliegue del pensamiento cameralista y su influencia en el mercantilismo Cfr., Lluch, Ernest. “El cameralismo más allá del mundo germánico”, en *Revista de Economía Aplicada*, Universidad de Zaragoza, Nº 10, vol. IV, 1996, pp. 163-175.

²⁷³ Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 129.

²⁷⁴ Ibid., p. 119.

mercantilismo aparece cifrado en el curso de 1978 en los términos de un “bloqueo del arte de gobierno” articulado alrededor de la concepción clásica de economía. Debe comprenderse este bloqueo como la imposibilidad de integrar nuevos elementos a la reflexión sobre las prácticas de gobierno y no como la obstrucción de una naturaleza del arte de gobierno por parte del esquema doméstico. Foucault formula este problema en los siguientes términos:

¿Cómo hacer para que el gobernante pueda gobernar el Estado tan bien como puede gobernarse una familia? Por eso mismo había un bloqueo generado por la idea de la economía, que en esa época aún no se refería jamás a otra cosa que la gestión de un pequeño conjunto constituido por la familia y la casa.²⁷⁵

Sin embargo, y a pesar del “bloqueo” indicado por Foucault -bloqueo que quedará en evidencia, en todo caso, con el advenimiento de la fisiocracia y la economía política- toda una serie de elementos novedosos caracterizan el arte de gobierno entre los siglos XVII y principios del XVIII. Elementos que, en su interrelación, contribuirán en buena medida a establecer las condiciones frente a las cuales se elevarán las proposiciones de los economistas políticos. Estos son, según el filósofo francés: a) la centralidad que adquiere la noción de Estado en la reflexión política, especialmente bajo la rúbrica de lo que se conoce como “razón de Estado” y b) la “policía”, comprendida como un conjunto de técnicas de gobierno, así como de conocimientos y saberes puestos a disposición de la obtención de una meta específica, esto es, el fortalecimiento permanente del Estado.

Foucault analiza ambos elementos del arte de gobierno de la época clásica -la razón de Estado y la policía- desde el punto de vista de la “racionalidad política” que los atraviesa y desde las propiedades de su dimensión “tecnológica”, esto le permite identificar en los textos que tratan la cuestión -Botero, Palazzo, Chemitz- un conjunto de notas características o regularidades tales como naturaleza de los objetos por gobernar, objetivos, estrategias para alcanzarlos, etc. En las conferencias de Vermont, de octubre de 1979, Foucault circunscribe la razón de Estado a cuatro elementos fundamentales:

a) Arte: el hecho de que sea concebida como un “arte” (*tekhné*) de gobierno, es decir, un conocimiento práctico, técnico y reglado, ligado estrechamente a una serie de saberes organizados, implica, fundamentalmente, un desacople con todo un orden de registros religiosos y morales que caracterizaban el pensamiento político en el siglo XVI.²⁷⁶ De forma concomitante, las reflexiones centradas en el arte de gobernar el Estado abren un espacio de “negociaciones” teórico-prácticas con el modelo soberano. Para Foucault,

²⁷⁵ Ibid., p. 130.

²⁷⁶ Cfr., Foucault, M. “*Omnes et singulatim*: hacia una crítica de la razón política”, en Foucault, M. *La vida de los hombres infames*, trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, La Plata, Altamira, 1996, p. 195. Cfr., también Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 297.

buena parte del desarrollo del derecho público moderno encuentra en esta escisión las condiciones de su desarrollo.²⁷⁷

b) Saber: la razón de Estado es un conjunto de conocimientos y reflexiones que surgen como consecuencia de un análisis que encuentra sus condiciones racionales de posibilidad en la identificación de la naturaleza o “esencia” de aquello que debe ser gobernado. Y puesto que la razón de Estado se focaliza sobre el gobierno del Estado, entonces las condiciones de un gobierno exitoso residirán en el pormenorizado detalle tanto de lo que constituye el Estado, como de su dinámica. Esta empresa de relevamiento de información y conocimiento será una de las funciones propias de la policía. En este sentido, el arte de gobernar a los hombres durante la época clásica cifra sus propias esperanzas en las garantías que le confiere el saber, no así los preceptos de la religión o la referencia a un determinado orden legal de la naturaleza, sea físico o jurídico.²⁷⁸

c) Finalidad: el problema de la razón de Estado se orienta hacia la existencia, conservación y aumento de la fortaleza del Estado, no de la relación de un príncipe con su territorio. La razón de Estado se separa, en este sentido, del problema trazado por Maquiavelo.²⁷⁹

d) Instrumentos: la fortaleza del Estado, condición de su existencia, se encuentra ligada directamente a los instrumentos que permiten el despliegue de un saber sobre el Estado, sus potencialidades, sus *deficits*, etc. Dichos instrumentos están caracterizados por lo que se denominó “estadística” o, para la época, “aritmética política”.²⁸⁰

A través de la expresión “razón de Estado” Foucault da cuenta de un arte de gobierno, de una racionalidad práctica, de una manera determinada de reflexionar para obrar sobre las cosas, para producir efectos concretos. El Estado no es una entidad que siempre estuvo allí y sobre la cual la racionalidad política de la razón de Estado ensaya una puesta

²⁷⁷ Cfr., *Ibid.*, p. 129. “Ese arte de gobernar intentó transigir con la teoría de la soberanía; se intentó deducir de una teoría renovada de la soberanía los principios rectores de un arte de gobernar. En ese punto intervinieron los juristas del siglo XVII cuando formularon o reactualizaron la teoría del contrato. La teoría del contrato sería esa especie de matriz a partir de la cual se procuraría alcanzar los principios generales de un arte de gobernar... sin embargo, nunca se pasó de la formulación de principios generales de derecho público”.

²⁷⁸ La relación entre el derecho y la razón de Estado aparece expuesta en el curso de 1979, *Nacimiento de la biopolítica*, como una relación conflictiva en la que el derecho público juega como límite del ejercicio del poder político. Cfr., Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., pp. 23-26.

²⁷⁹ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., clase del 01 de febrero de 1978.

²⁸⁰ Cfr., Foucault, M. “*Omnes et singulatim*: hacia una crítica de la razón política”, en Foucault, M. *La vida de los hombres infames*, ob. cit., p. 197. Cfr., también Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 320. “Es preciso que quien gobierna conozca los elementos que van a permitir el mantenimiento del Estado en su fuerza o el desarrollo necesario de la fuerza estatal para que no sea dominado por los otros. Es decir, el saber indispensable para el soberano será un conocimiento de las cosas más que un conocimiento de la ley, y las cosas que el soberano debe conocer, las cosas que son la realidad misma del Estado, son precisamente lo que en la época se llama “estadística”. Ya no, por lo tanto, corpus de leyes o habilidad para aplicarlas cuando es menester, sino conjunto de conocimientos técnicos que caracterizan la realidad del Estado”.

en discurso con particularidades históricas propias. En palabras de Foucault, “el Estado es una práctica. Y es una práctica meditada de la gente”,²⁸¹ lo cual no significa que, justamente por ello, por tratarse en buena medida de una actividad reflexiva no posea una materialidad específica, una efectividad concreta, una “expresión” determinada a partir de un conjunto de técnicas dispuestas alrededor de una dirección, de unos fines, de unos objetivos. En efecto, cameralismo, mercantilismo y policía se pueden inscribir bajo el conjunto de prácticas que emergen articuladas alrededor de los principios rectores de la razón de Estado,²⁸² lo cual hace factible ubicar su análisis en una perspectiva tecnológica, en los términos planteados hacia el final del capítulo anterior.

Foucault realiza el análisis de la policía sobre la base material de tres personajes cuyas producciones conforman una suerte de orden clasificatorio, una tríada de elementos que permite pensar la policía como una tecnología política de gobierno.²⁸³ Así, Turquet de Mayerne, con *La Monarchie aristo-démocratique* publicada en 1611,²⁸⁴ encarna el costado utópico y programático dentro del “corte tecnológico” que Foucault ofrece de la policía. Por otro lado, para 1705 Nicolas de La Mare publica un compendio de normas y reglamentos administrativos, bajo el nombre de *Traité de la police*,²⁸⁵ orientado a los agentes del Estado.²⁸⁶ Este texto constituye el plano de las prácticas regladas que se deben atender para tratar con el objeto propio de la policía, esto es, la vida. La obra de La Mare le permite a Foucault afirmar que:

...la vida es el objeto de la policía. Lo indispensable, lo útil y lo superfluo; tales son los tres tipos de cosas que necesitamos o que podemos utilizar en nuestra vida. Que los hombres sobrevivan, vivan, hagan aún más que limitarse a sobrevivir o vivir: esa es exactamente la misión de la policía”.²⁸⁷

En su carácter integral, la vida pasa a constituirse como el dominio del conjunto de prácticas y técnicas de la policía, pero no sólo en el orden concreto de los reglamentos administrativos, sino también bajo la forma de un objeto de saber y formación. La policía es -y esta es la tercera columna que soporta su estructura tecnológica- una disciplina, un

²⁸¹ Ibid., p. 324.

²⁸² Cfr., Foucault, M. “*Omnes et singulatim*: hacia una crítica de la razón política”, en Foucault, M. *La vida de los hombres infames*, ob. cit., p. 200. “...yo diría que estas ideas no nacieron muertas; se difundieron a lo largo de los siglos XVII y XVIII bajo la forma de políticas concretas (el cameralismo o el mercantilismo, por ejemplo), bien en tanto que materias de enseñanza (la *Polizeiwissenschaft*; no olvidemos que bajo este nombre se enseñaba en Alemania la ciencia de la administración)”.

²⁸³ Cfr., especialmente la conferencia dictada en la Universidad de Vermont, en 1982. Foucault, M. “La tecnología política de los individuos”, en *La inquietud por la verdad. Escritos sobre la sexualidad y el sujeto*, ob. cit., p. 248.

²⁸⁴ De Mayerne, Luis Turquet. *La Monarchie aristo-démocratique, ou Le gouvernement composé et meslé des trois formes de légitimes républiques*, París, J. Berjon, 1611.

²⁸⁵ De La Mare, Nicolas. *Traité de la police*..., París, J. et P. Cot, 1705.

²⁸⁶ Cfr., Foucault, M. “La tecnología política de los individuos”, en *La inquietud por la verdad. Escritos sobre la sexualidad y el sujeto*, ob. cit., p. 250.

²⁸⁷ Ibid., p. 251.

saber que se transmite académicamente en las universidades alemanas bajo la denominación de *Polizeiwissenschaft*. Justi y su *Grundsätze der Polizeywissenschaft*,²⁸⁸ de 1756, representan, para Foucault, la importancia y centralidad que un saber específico adquiere tanto para el orden práctico de su aplicabilidad como para lo relativo al plano de la formación política de los funcionarios del Estado.

Para Foucault, Justi simboliza una profundización sobre la serie de prácticas que se contemplaban bajo el término policía hacia mediados del siglo XVIII.²⁸⁹ El ámbito que abarca es amplio y variado, desde lo relativo a la justicia y al territorio, pasando por las finanzas, la circulación de bienes, el crédito y la moneda, hasta arribar a las ciudades, la salud de los habitantes, la moralidad, el respeto a la ley y las costumbres, etc.²⁹⁰ En otros términos, el objeto de la policía está formado por los hombres y las cosas, o ambos, pero bajo las diversas formas que adquiere su interrelación. Como consecuencia de esto último, la modalidad de intervención de la policía es absoluta -hasta podría decirse "totalitaria"-, puesto que opera sobre un gran espectro de prácticas sociales, de relaciones y de formas de vida, tanto colectivas como individuales, con el objeto de transformarlas -en caso de ser necesario- sin recurrir a la violencia o al aparato jurídico. "La policía gobierna, no por la ley, sino mediante la intervención específica, permanente y positiva en la conducta de los individuos".²⁹¹ Finalmente, su propósito estriba en el aumento de la fortaleza del Estado, de su poderío y riqueza, fundados tanto en la productividad de la población como en la extensión de un circuito comercial que funcione como un gran atractor de moneda, esto es, principalmente oro y plata. En síntesis, sostiene Foucault:

Digamos que en ese sistema económico y social que surge a finales del siglo XVI y comienzos del XVII, en ese nuevo sistema ya no gobernado por el problema inmediato de sobrevivir y no morir y regido ahora, en cambio, por el problema: vivir y hacer un poco más que vivir, pues bien, se inserta la policía en cuanto es el conjunto de las técnicas capaces de asegurar que el hecho de vivir, hacer un poco más que vivir, coexistir, comunicarse, sea concretamente convertible en fuerzas del Estado.²⁹²

La tecnología política de gobierno que, bajo la noción de policía o Estado de policía se despliega a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII tiene un efecto central en el campo del saber. Para Foucault, la policía, fundamentalmente bajo la óptica en que la planteó Justi, introduce en el orden del pensamiento -y, por ende, en el orden del conjunto de técnicas que se entroncan con el saber para hacerlo operacionalizable- el elemento teórico de la

²⁸⁸ Justi, Johann. *Grundsätze der Polizeywissenschaft in einen vernünftigen, auf den Endzweck der Policey gegründeten*, Gotinga, Vandenhoeck, 1756.

²⁸⁹ Cfr., Foucault, M. "Omnes et singulatim: hacia una crítica de la razón política", en Foucault, M. *La vida de los hombres infames*, ob. cit., p. 202. "En mi opinión la obra de Von Justi es una demostración mucho más metódica de la evolución del problema de la policía que la 'Introducción' de de La Mare a su compendio de reglamentos".

²⁹⁰ Cfr., Foucault, M. "La tecnología política de los individuos", en *La inquietud por la verdad. Escritos sobre la sexualidad y el sujeto*, ob. cit., p. 253.

²⁹¹ Ibid., p. 253.

²⁹² Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 376.

“población”. Así, una de las tesis centrales del curso de 1978 sostiene que “entre los siglos XVII y XVIII aparecerá en escena la noción de población gracias a un elemento, un aparato, que permite poner en funcionamiento la Razón de Estado: la policía”.²⁹³ La novedad de la noción de población no radica en su brusca aparición en el campo del saber, puesto que hacia los siglos XVI-XVII existe una idea sobre la misma a partir de las referencias que se producen desde el derecho público. El acontecimiento que sella la novedad de la población hacia el siglo XVIII se circunscribe, en la lectura foucaultiana, al dislocamiento que se produce entre dicha idea y los parámetros doctrinarios de la soberanía y la arquitectura jurídica. En otros términos, es en el desplazamiento que se opera alrededor de la noción de población, y que va desde la figura de los súbditos o los sujetos de derechos naturales hacia una concepción naturalista que ve en la misma un conjunto de procesos ligados a la vida biológica de la especie,²⁹⁴ donde reside la novedad de su aparición en el orden del saber.

Durante la vigencia del cameralismo y el mercantilismo, comprendidos, en conjunto con la policía, como una tecnología política de gobierno del Estado y articulada alrededor de los principios de la *ratio status*, la población aparece construida sobre la base de la serie individuo-productividad-riqueza estatal. Asimismo, y de forma paralela, la estadística, en tanto instrumento fundamental para la construcción de un saber sobre la naturaleza del Estado, posibilita elaborar una noción de población estrechamente ligada a las variaciones cuantitativas, producto de fenómenos propios de la vida, como nacimientos, decesos, enfermedades, etc.,²⁹⁵ que resultan de interés para los fines del acrecentamiento del poderío estatal. Las estadísticas representaban información sensible, puesto que revelaba la constitución medular del Estado. Esto hizo que los datos obtenidos en censos y volcados a tablas se transformaran, rápidamente, en secreto de Estado. A la vez, los números que daban cuenta del espesor demográfico representaban un instrumento de evaluación de futuros objetivos coloniales, como así también de las remesas que provenían de las colonias.²⁹⁶

A la población entendida como fuerza productiva se asocia toda una gama de técnicas que, en el marco del mercantilismo, se encuentran coligadas con la tecnología disciplinaria que se desarrolla en el contexto del Estado de policía. Si bien Foucault trabaja en profundidad las cualidades del dispositivo disciplinario y de la tecnología política de los

²⁹³ Cfr., Ibid., pp. 325-326.

²⁹⁴ Cfr., Foucault, M. *Defender la sociedad*, ob. cit., p. 222.

²⁹⁵ Ian Hacking menciona la amplia serie de categorías que Leibniz había elaborado para recabar datos sobre la población prusiana. Cfr., Hacking, Ian. *La domesticación del azar. La erosión del determinismo y el nacimiento de las ciencias del caos*, trad. Alberto Bixio, Barcelona, Gedisa, 2006, p. 41. “Propuso 56 categorías para evaluar a un Estado; entre ellas se incluía el número de personas según el sexo, según su posición social, el número de varones capaces de prestar el servicio de las armas, el número de mujeres casaderas, la densidad de la población, la distribución por edad, la mortalidad infantil, la expectación de la duración de vida, la distribución de enfermedades y las causas de muerte”.

²⁹⁶ Cfr., Ibid., p. 39.

cuerpos en *Vigilar y Castigar*, específicamente alrededor de las mutaciones obradas al interior del derecho penal y de las formas de castigo, las características que adjudica a la sociedad disciplinaria son extensivas a distintos órdenes de la vida, como la educación, el trabajo, la moralidad, la sexualidad, etc. De esta manera, la policía representa la “nacionalización de los mecanismos de la disciplina”;²⁹⁷ la generación de reglamentos tiene por objeto el adiestramiento productivo de los cuerpos individuales;²⁹⁸ se funda, en consecuencia, una anatomopolítica con foco en el individuo, en sus gestos, movimientos, conductas, tiempos, hábitos, modos de desplazamientos, etc.²⁹⁹

La obsesión por la nimiedad y lo infinitesimal, propio de las técnicas disciplinarias, recorta tipos de individuos sobre el fondo de la multiplicidad, paralelamente, el carácter absoluto y total de las mismas actualiza la prerrogativa de no dejar escapar nada, de llegar a todos los lugares posibles: “es un aparato que debe ser coextensivo al cuerpo social entero, y no sólo por los límites extremos que alcanza, sino por la minucia de los detalles de que se ocupa”.³⁰⁰ De aquí que la población, en buena medida, sea, para la policía, el objeto paroxístico de su propia lógica absolutista. A través de la misma se simboliza el conjunto de todos los individuos cuyas propiedades, cualidades o singularidades se deben transparentar para el poder soberano. En pocas palabras, bajo la policía la población aparece, en buena medida, ceñida a la matriz soberana que la presenta como un conjunto de súbditos.³⁰¹

Sin embargo, al mismo tiempo que la población es planteada por el mercantilismo y la policía bajo los parámetros de la sumatoria de individuos, los datos revelados por las novedosas prácticas estadísticas permiten la construcción progresiva de un objeto global que no se define por ser el resultado de la integración de cada una de sus partes. Las estadísticas y, por sobre todas las cosas, los análisis comparativos entre diversas tablas, obtenidas a lo largo de un cierto número de censos,³⁰² hacen posible entender la población como un objeto que presenta dinámicas propias no asimilables o transponibles a la figura del individuo.³⁰³

²⁹⁷ Cfr., Foucault, M. *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, ob. cit., p. 216.

²⁹⁸ Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 91.

²⁹⁹ Cfr., Foucault, M. *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, ob. cit., p. 141.

³⁰⁰ Ibid., p. 216.

³⁰¹ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 92.

³⁰² El clásico ensayo de Malthus puede ser leído a la luz de un debate profundo acerca de cómo comprender los fenómenos demográficos que se traslucen a partir de los datos estadísticos que han sido recolectados en diversos momentos. Malthus se enfrenta a Wallace, a Godwin y a Condorcet alrededor de la cuestión del principio que mejor explica las variaciones de los datos estadísticos comparados. Cfr., Malthus, Thomas. *Ensayo sobre el principio de la población*, trad. Margarita Costa, Bs. As., Claridad, 2007.

³⁰³ Las acciones humanas que se explican a partir de la libre voluntad de decisión de los individuos no coinciden, necesariamente, con las tendencias globales cuando se las analiza sobre el plano de la población. Así, prácticas sencillas como la de contraer matrimonio en un momento de la vida quedan dislocadas entre la decisión individual y la tendencia general.

Este corrimiento suscitado en el plano de los objetos del saber -con respecto al abordaje promovido por la soberanía y las técnicas disciplinarias, esto es, el individuo como sujeto de derechos y el individuo sujeto a un proceso de normalización de su conducta, respectivamente- tuvo un impacto directo en la concepción clásica o doméstica de la economía. La población, comprendida a partir de una serie de variables y regularidades asociadas a su dinámica biológica, no puede ser asociada a una familia, su realidad es mucho más compleja.

La población, tal como se la problematiza en el pensamiento, pero también en la práctica gubernamental del siglo XVIII, no es la simple suma de los individuos que habitan un territorio. No es el mero resultado de una voluntad de reproducirse, ni la contracara de una voluntad soberana que puede favorecerla o darle forma. De hecho, la población no es un dato básico; depende de toda una serie de variables. Variará con el clima, con el entorno material, con la intensidad del comercio y la circulación de riquezas; variará según las leyes y las costumbres.³⁰⁴

Recapitulando, tenemos el siguiente cuadro presentado por Foucault:

a) Entre los siglos XVI y XVIII la *ratio status* emerge como una racionalidad política articulada alrededor del objetivo de aumentar la fuerza del Estado. Es la “lógica” de un determinado arte de gobierno -un conjunto de reflexiones acerca de la mejor manera de gobernar- que se mueve en los márgenes³⁰⁵ del modelo de la soberanía y del derecho público.

b) Como la riqueza está asociada estrechamente con la fortaleza estatal, el cameralismo y el mercantilismo constituyen, junto con la policía, la tecnología política de gobierno del Estado abocada a maximizar las fuerzas productivas de la población. De todas maneras es necesario considerar que, como indica Foucault, en este período “la población está presente cuando se pregunta cuál es la finalidad del Estado. Sin embargo, la noción respectiva de población no está presente aún ni es operativa en este momento, aunque varios elementos puedan aludir a ella”.³⁰⁶

c) Puesto que el gobierno del Estado implica el gobierno de la población y teniendo presente que la misma no es equivalente al conjunto de individuos, entonces gobernar la población exige no sólo nuevas técnicas, sino también un conjunto de saberes que pueda dar cuenta de su singular naturaleza.

d) La economía, en su forma clásico-doméstica, representada por una soberanía económica que se proyecta como gobierno de los súbditos, exige ser revisada y reformulada, puesto que la población no es equivalente al conjunto de sujetos de derecho que ocupan el territorio de un Estado. Para Foucault, “la perspectiva de la población, la

³⁰⁴ Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 93.

³⁰⁵ No coincide, pero tampoco se aleja demasiado.

³⁰⁶ Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 324.

realidad de los fenómenos propios de ésta, posibilitarán desechar de manera definitiva el modelo de la familia y recentrar la noción de economía en otra cosa”.³⁰⁷

e) El paso del modelo de la economía doméstica al modelo de la economía en cuanto gobierno de la población implica una mutación en el régimen de verdad, es decir, en el dispositivo discursivo que permite asignar valor o efectos de verdad a determinadas afirmaciones. Y, puesto que el régimen de verdad es la criba que hace posible transformar afirmaciones en enunciados de verdad, hacia mediados del siglo XVIII asistimos, de acuerdo con Foucault, a la emergencia de un “juego de verdad” que, focalizado en la “naturalidad” de la población³⁰⁸ -la tasa de variación asociada a fenómenos propios de la vida-, planteará la necesidad de atender el medio (*milieu*) en el cual esta se despliega, a efectos de lograr su gobierno.³⁰⁹

De la disposición de estos elementos se desprende, por un lado, la referida relevancia que cobra la población como objeto de saber y de prácticas tendientes al gobierno de sus indicadores constitutivos. Por otro, la modificación del sentido del término “economía”. Si, como destaca Foucault, en el contexto de las prácticas mercantilistas la economía refería a una técnica de gobierno dirigida al incremento de las fuerzas estatales, con el surgimiento de la población y de sus fenómenos naturales, el término “economía” pasará a representar una serie de acontecimientos y procesos complejos que se despliegan en un nivel de la realidad que coincide con los límites de la población.³¹⁰ Paralelamente, esa “realidad económica” se convertirá en objeto de un saber específico, capaz de establecer regímenes de regularidades en torno de los registros de variaciones y, de esta manera, elaborar propuestas de intervención gubernamental a efectos de conducir o reconducir los indicadores que definen la misma. Se trata, para Foucault, del lugar y la función de la economía política. En el curso de 1978 sostendrá al respecto:

Gracias al desarrollo de la ciencia del gobierno, la economía pudo centrarse en determinado nivel de realidad que hoy caracterizamos como económico, y en virtud de ese mismo desarrollo se pudo recortar el problema específico de la población. Pero podríamos decir igualmente que, gracias a la percepción de los problemas específicos de la población y el discernimiento de ese nivel de realidad que recibe el

³⁰⁷ Ibid., p. 131.

³⁰⁸ Cfr., Ibid., p. 95. “En esa suerte de espesor con respecto al voluntarismo legalista del soberano, la población aparece entonces como un fenómeno de la naturaleza. Un fenómeno de la naturaleza que no se puede cambiar por decreto, lo cual no significa que la población sea una naturaleza inaccesible e impenetrable”.

³⁰⁹ Cfr., Ibid., p. 95. “Como ven se perfila una técnica muy distinta: no obtener la obediencia de los súbditos a la voluntad del soberano, sino influir sobre las cosas aparentemente alejadas de la población, pero que, según hacen saber el cálculo, el análisis y la reflexión, pueden actuar en concreto sobre ella. Esta naturalidad penetrable de la población constituye una mutación muy importante en la organización y la racionalización de los métodos de poder”.

³¹⁰ Cfr., Ibid., p. 121. “La palabra “economía” designaba una forma de gobierno en el siglo XVI, y designará en el siglo XVIII un nivel de realidad, un campo de intervención para el gobierno, a través de una serie de procesos complejos y, creo, absolutamente capitales para nuestra historia”.

nombre de economía, el problema del gobierno pudo por fin pensarse, meditarse y calcularse fuera del marco jurídico de la soberanía.³¹¹

La ciencia del gobierno a la cual Foucault hace referencia no es otra que la estadística. Es en relación con este saber que la población, tomada como conjunto de variaciones estadísticas, se consolida como objeto de conocimiento y de gobierno, en forma simultánea con otro acontecimiento histórico que también pasa a ser un foco de reflexiones y prácticas de intervención: la ciudad. La densidad de los fenómenos relativos a la población, es decir, referidos a una masa de seres vivos tomados en el nivel de la especie, parece haberse convertido en objeto de preocupación en coincidencia con el crecimiento y complejización de las ciudades entre los siglos XVII y XVIII. De hecho, la ciudad se constituye en el “laboratorio” de experiencias relativas al gobierno de las variables poblacionales fundamentales -relación entre tasa de natalidad y tasa de mortalidad-, en vista a un objetivo que sigue siendo el de la razón de Estado, esto es, el aumento de la fortaleza estatal posibilitado por la capacidad productiva de sus miembros.

1.1.- El “modelo” de la ciudad. La circulación

Si el Estado no es una gran casa o una familia de mayor magnitud, tal como queda en evidencia a partir de las afirmaciones realizadas por J. J. Rousseau,³¹² es decir, si el esquema de la economía doméstica griega no es asimilable fácilmente al orden de lo político o, para decirlo de otra manera, lo político no adquiere su modelo de la arquitectura doméstico-familiar que caracteriza la economía griega, entonces el orden político -el Estado- debe encontrar su “forma”, o situar el conjunto de sus referencialidades, en otro objeto-modelo. La lectura que Foucault ofrece en el curso de 1978, así como en otras intervenciones de la misma época, indica a la ciudad como el marco en torno del cual se pensará el problema del ejercicio del poder político entre los siglos XVII Y XVIII. En efecto, “el modelo de la ciudad pasa a ser la matriz a partir de la cual se producen los reglamentos que se aplican al conjunto del Estado”,³¹³ y la policía, comprendida como la tecnología política de gobierno de la población, aparece como coextensiva con dicho modelo.

En otros términos, la serie policía-población se construye junto con la serie ciudad-Estado. Lejos de ser un tópico clásico retomado una vez más en la literatura política, la ciudad aparece codificada por un problema nuevo que signa su importancia alrededor de las transformaciones suscitadas en el período destacado, esto es, la circulación. Foucault sostendrá que el desafío del siglo XVIII es resituar la ciudad en un espacio de

³¹¹ Ibid., p. 131.

³¹² Cfr., Rousseau, J. J. *Discurso sobre la economía política*, trad. José Candela, Madrid, Tecnos, 1985, pp. 1-2.

³¹³ Foucault, M. “Espacio, saber y poder”, en Foucault, M. *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida*, ob. cit., p. 142.

circulación.³¹⁴ En efecto, tanto su singular estatuto jurídico-administrativo como el formato defensivo heredado de la Edad Media³¹⁵ -ejemplificado por las murallas y las milicias no profesionales- hacen de la ciudad un lugar de conflictividad y redefiniciones en el contexto de la razón de Estado, el mercantilismo y las técnicas de la policía. En el horizonte de un arte de gobierno organizado alrededor del problema del fortalecimiento del Estado el tratamiento de la ciudad, en tanto núcleo de intercambio comercial y proliferación demográfica, exige considerarla como un espacio de circulación, de objetos, manufacturas, riqueza, individuos y hasta de enfermedades, desde una perspectiva que contemple no sólo lo que circula, sino las vías a través de las cuales lo hace, así como también los reglamentos y leyes que permiten o bloquean tales movimientos.³¹⁶ En consecuencia, el problema que la ciudad plantea al arte de gobernar consiste en la pregunta o el desafío “tecnológico” acerca de cómo gobernar todo lo que circula y se mueve en ese espacio singular a los efectos de poder luego capitalizarlo bajo la forma de la fuerza del Estado. La clave otorgada por la ciudad en materia de arte de gobierno será la clave del ejercicio del poder estatal. En la última clase del curso de 1978 Foucault afirma con respecto a la razón de Estado y a la policía: “en el fondo, se trataba de hacer del reino, del territorio entero, una especie de gran ciudad, procurar que el territorio se ordenara como una ciudad, sobre el modelo de una ciudad y tan perfectamente como ella”.³¹⁷

La condición fundamental por la cual la ciudad puede ser el gran modelo para el reino y el Estado radica en el estatuto de “medio” (*milieu*) que adquiere con respecto a la población. En efecto, la dupla ciudad-población introduce el problema de la relación conflictiva entre los fenómenos naturales ligados a la especie humana y el medio artificial en el cual esta vive y prorroga su vida.³¹⁸ Justamente, la introducción de tablas estadísticas revela claramente la dependencia de los índices poblacionales con elementos propios del espacio urbano. La preocupación del Estado mercantilista y policíaco de los siglos XVI, XVII y XVIII consistirá en aumentar la cantidad de nacimientos y bajar la tasa de mortalidad, de manera tal que la población tienda a aumentar y con ella la fuerza productiva del Estado, es decir, las posibilidades de su riqueza y poderío frente a los demás Estados. De aquí que la policía trate de modificar elementos del medio para alterar

³¹⁴ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 29.

³¹⁵ Para una reconstrucción de la importancia de las ciudades (*Stände*) en la configuración del Estado moderno, previo a los modelos absolutistas francés y prusiano Cfr., Poggi, Gianfranco. *El desarrollo del Estado moderno. Una introducción sociológica*, trad. Horacio Pons, Bs. As., Universidad Nacional de Quilmes, 1997, Capítulo III.

³¹⁶ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., pp. 374-375.

³¹⁷ Ibid., p. 384. Nikolas Rose y Thomas Osborne coinciden con el punto de vista que sitúa la ciudad como modelo de gobierno del espacio de todo el territorio. Cfr., Rose, N. y Osborne, T. “Governing cities: notes on the spatialisation of virtue”, en *Society and Space*, vol 17, 1999, p. 740. “Próximo a la modernidad, los teóricos de la *Polizei* extendieron la metáfora del espacio urbano “bien gobernado” a todo el territorio nacional. Uno debe gobernar el territorio de la misma manera que espera que una ciudad bien administrada sea gobernada”. La traducción es propia.

³¹⁸ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 42.

las variables poblacionales. El gran descubrimiento del arte de gobernar vinculado a la racionalidad política que se dio llamar “razón de Estado” consiste en que para gobernar una población es necesario intervenir en el “medio”.³¹⁹ Foucault expresa las razones de esta arquitectura diciendo:

Si la gubernamentalidad del Estado se interesa, y por primera vez, en la materialidad fina de la existencia y la coexistencia humana, en la materialidad fina del intercambio y la circulación, y toma por primera vez en cuenta ese ser y ese mayor bienestar y lo hace a través de la ciudad y de problemas como la salud, las calles, los mercados, los granos, los caminos, es porque en ese momento el comercio se concibe como el instrumento principal del poder del Estado y, por lo tanto, como el objeto privilegiado de una policía cuyo objetivo es el crecimiento de las fuerzas estatales.³²⁰

Andrea Cavalletti señala, a partir de la lectura de Justí, que la intervención sobre el medio para gobernar la población es sinónimo de la creación del mismo. Y como el medio en su artificialidad es la ciudad, la policía, a través de su intervención, “funda” y acondiciona la ciudad permanentemente.³²¹ Si bien la policía dispone al interior del campo político una serie de objetos novedosos, Foucault dirá que los modos de intervención desplegados sobre los mismos conllevan procedimientos que no dejan de ser tradicionales. De aquí que piense a la policía como el “golpe de Estado permanente”,³²² esto es, el ejercicio del poder soberano sobre un conjunto de individuos pensados como súbditos y justificado por necesidades y urgencias que no responden en medida alguna al derecho. Sus instrumentos más destacados son “el reglamento, la ordenanza, la prohibición, el arresto”.³²³ En consecuencia, podría afirmarse que el modelo de ciudad moldeado por la policía en su permanente y minuciosa intervención, y proyectado al Estado como muestra del modo de ejercicio de poder, se encuentra “a medio camino” entre la ciudad, caracterizada como un espacio de circulación que hay que diagramar y reglamentar, y la ciudad pensada como un espacio de seguridad que hay que gestionar.

En la clase del 11 de enero de 1978 Foucault comienza el curso *Seguridad, territorio, población* con la caracterización de los tres tipos o “modelos” de dispositivos -jurídico, disciplinario y de seguridad-;³²⁴ para ello, en primera instancia, se concentra en las diferencias que separan a unos de otros alrededor de un tema en particular, el tratamiento del espacio. En consecuencia, para mostrar cómo el espacio es construido, organizado, funcionalizado e intervenido de diferentes formas de acuerdo con la primacía de un tipo de dispositivo por sobre los otros (lo cual presupone una correlación entre los tres tipos de

³¹⁹ Cfr., Ibid., p. 42.

³²⁰ Ibid., p. 387.

³²¹ Cfr., Cavalletti, A. *Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica*, trad. María Teresa D’Meza, Bs. As., Adriana Hidalgo, 2010, pp. 147-148.

³²² Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 388.

³²³ Ibid., p. 389.

³²⁴ Cfr., la segunda parte del presente escrito, dedicada a los dispositivos y a sus triple tipología.

dispositivos y una resultante que, como ha sido señalado en el capítulo anterior, debe considerarse en los términos de una tecnología política) Foucault analiza tres proyectos de ciudades europeas, esto es, tres formas de codificar el espacio o la multiplicidad,³²⁵ puesto que esta no es algo que está en aquel, sino que la multiplicidad es siempre espacial.

El primer proyecto de organización espacial le corresponde a Alexandre Le Maître, quien publica un texto en el año 1682 titulado *La Métropolitée*,³²⁶ en el cual destaca la necesidad de establecer una ciudad capital en el territorio y diagramar, en consecuencia, el Estado bajo la forma de un edificio.³²⁷ La base está conformada por los campesinos, el estrato medio por los artesanos que moran en las pequeñas ciudades y los funcionarios y demás agentes del gobierno ocupan, en el esquema, la cima. Ahora bien, este diagrama no sólo es pensado en su verticalidad, lo cual le imprime un cariz eminentemente jerárquico, sino también en la disposición “horizontal” de los elementos. Así, Le Maître sostiene que la capital del Estado debe ubicarse en el centro de un reino que adopte la forma del círculo. La figura geométrica permite, de acuerdo con la lectura de Foucault, una efectividad en el nivel de la distribución y circulación de las leyes y ordenanzas del soberano, de manera tal que las mismas puedan llegar a todos los rincones del territorio sin interferencias.³²⁸ Foucault sostiene que en el proyecto de Le Maître:

...vemos una definición de la ciudad, una reflexión sobre la ciudad planteada esencialmente en términos de soberanía. Me refiero en esencia a que la relación de la soberanía con el territorio es lo primordial y sirve de esquema, de grilla para llegar a comprender cómo debe ser una ciudad capital y cómo puede y debe funcionar.³²⁹

La ciudad capital aparece entrampada en la arquitectura de la soberanía. Es el centro y la cúspide de todo el sistema territorial del reino. Hacia ella convergen las materias primas y los productos manufacturados tanto como parten y se difunden la moral, las virtudes, la opulencia y los oropeles del poder. La ubicación espacial de la ciudad soberana, capital del territorio, está en relación con su funcionalidad; la equidistancia con cada parte del reino

³²⁵ Nikolas Rose y Thomas Osborne utilizan el término “diagrama” para referirse a los proyectos de gobierno que toman en cuenta el espacio urbano y lo diseñan de acuerdo con funciones u objetivos específicos. El diagrama aparece, para los autores mencionados, como una racionalidad operativa, práctica, que está focalizada en cuestiones relativas a la técnica y a la funcionalidad de las intervenciones en el espacio que en aspectos cognitivos o ideológicos. En otras palabras, la noción de diagrama permite a Rose y Osborne pensar en algo como un *a priori* histórico que organiza las planificaciones urbanas, los proyectos de organización del espacio de la ciudad, los programas de saneamiento de espacios públicos, etc., es decir, las formas concretas que asume la intervención y modulación del espacio en función de objetivos históricos específicos. En síntesis, “...un diagrama es una cuestión (*matter*) de discurso, de reglas inmanentes de formación... que posibilita que cosas sean dichas y comprendidas acerca de la existencia urbana”. Cfr., Rose, N. y Osborne, T. “Governing cities: notes on the spatialisation of virtue”, en *Society and Space*, ob. cit., p. 738. La traducción es propia.

³²⁶ Le Maître, Alexandre. *La Métropolitée*..., Amsterdam, B. Boekholt, 1682.

³²⁷ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 29.

³²⁸ Cfr., *Ibid.*, p. 30.

³²⁹ *Ibid.*, p. 31.

hace de la ciudad soberana el motor de la una buena circulación, "...circulación de ideas, circulación de las voluntades y las órdenes y también circulación comercial".³³⁰ El problema de la circulación, activado por la importancia que el comercio adquiere en el marco del cameralismo-mercantilismo en el siglo XVII, confluye con los temas de la soberanía jurídica y territorial que se arrastran desde la edad media.

El segundo modelo de ciudad lo constituye lo que Foucault denomina la "ciudad artificial", es decir, urbes que se construyen, principalmente durante el siglo XVII, "a partir de la nada".³³¹ La característica principal de este modelo es que el espacio artificial debe ser diseñado sobre la base de la inexistencia de un conglomerado urbano previo (Foucault ofrece ejemplos históricos concretos remitiéndose a las ciudades de Kristianía, Gotemburgo y Richelieu). En estos casos, el "campamento romano" aparece como la técnica de inscripción del espacio dentro de las condiciones de urbanidad. Esta forma de concebir la urbe hace que el problema del territorio, y de la posición que la ciudad ocupa en el mismo, sea desplazado por la cuestión de la diagramación de un espacio menor a partir de una serie de recortes geométricos, esto es, la confección de una gran cuadrícula que determina el orden que las cosas y los individuos deben asumir. De esta manera, la cuadriculación del espacio urbano funda la ciudad bajo una racionalidad que calcula las distribuciones más adecuadas para maximizar las funciones de cada segmento productivo, las de cada vía comercial, o bien las de cada lugar de encuentro entre individuos.

Me parece que en ese esquema simple reencontramos con exactitud el tratamiento disciplinario de las multiplicidades en el espacio, es decir, la constitución de un espacio vacío y cerrado en cuyo interior se construirán multiplicidades artificiales que se organizan según el triple principio de la jerarquización, la comunicación exacta de las relaciones de poder y los efectos funcionales específicos de esa distribución...³³²

Los tres principios que trazan los límites de la racionalidad bajo la cual se piensa y diseña el modelo de ciudad disciplinar -jerarquía, comunicación de las relaciones de poder y efectos funcionales específicos- exponen el problema que gobierna el orden del pensamiento político y económico de los siglos XVI, XVII y XVIII, esto es, la circulación. De acuerdo con el análisis foucaultiano de *Las palabras y las cosas*, la época clásica organiza la noción de "riqueza" sobre la base de la circulación y de los temas vinculados con la misma, esto es, la velocidad (a una mayor velocidad de circulación corresponde una mayor riqueza representada) y la dirección. De aquí que la ciudad sea concebida como un espacio de circulación y que el problema consista en construir un diagrama urbano que permita normalizar la dirección y velocidad con la que mercaderías, individuos productivos, pero también enfermedades y toda clase de peligros, se mueven sin comprometer la

³³⁰ Ibid., p 32.

³³¹ Ibid., p. 33.

³³² Ibid., p. 36.

fortaleza estatal. De esta manera, la policía, comprendida como tecnología de gobierno de una población, concebida como conjunto de individuos, encuentra su espacio de emergencia, así como su superficie operativa, en la ciudad disciplinaria, tanto como decanta su estrategia de intervención alrededor de las prácticas de reglamentación asociadas al control del espacio urbano.

La ciudad disciplinaria, al constituirse en uno de los modelos bajo el cual es pensado el Estado, revela con creces la imposibilidad de establecer una equiparación entre el conjunto de fenómenos que hay que gobernar -población, comercio, delitos, escasez, enfermedades, etc.- y la figura esquemática de la familia. La policía oficia, como fue señalado, de elemento catalizador en este proceso, pero, a su vez, su intervención en el espacio de la ciudad, bajo el modo de una tecnología de gobierno, contribuye a instalar una serie de efectos y problemas cuyo tratamiento establecerá las condiciones de emergencia de una nueva racionalidad política, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, esto es, el liberalismo. En otras palabras, el arte de gobierno del Estado se desplaza desde la equiparación con el gobierno de la familia hacia los márgenes del gobierno de la población, sin embargo, recién cuando esta deja de ser pensada como un conjunto de sujetos de derecho o de individuos productivos, cuyas acciones deben ser enmarcadas en la figura de la ley o bajo los parámetros de los reglamentos, y la reflexión comienza a instalarse en los límites de los fenómenos biológicos que la enmarcan, entonces recién, de acuerdo con Foucault, estarán dadas las condiciones para una nueva organización de los saberes, las tecnologías y, en definitiva, de los principios que articulan el arte de gobierno liberal.

El tercer modelo de ciudad está ejemplificado para Foucault por la ciudad francesa de Nantes. La misma es objeto, hacia el siglo XVIII, de un proyecto de organización urbana (confeccionado por el arquitecto francés Pierre Vigné de Vigny, en 1755) que se diferencia de los modelos anteriores no por sus objetivos -esto es, mejorar la circulación a partir de atender la higiene, la ventilación, la red comercial interna, las rutas que conducen a otras ciudades, y la vigilancia de todo aquel individuo que representa un peligro-³³³ sino por incorporar una preocupación especial por las virtualidades. En otras palabras, el proyecto de Vigné de Vigny plantea el novedoso problema de confeccionar un plan urbano teniendo presente el desarrollo de la ciudad, su proyección al futuro, es decir, el enfrentamiento con acontecimientos que no son del orden del presente, pero que es preciso contemplar para efectivizar los procesos urbanos contemporáneos. Foucault sostiene al respecto:

...la ciudad no será concebida ni acondicionada en función de una percepción estática que asegure la perfección instantánea de su funcionamiento, y se abrirá en cambio hacia un porvenir no exactamente controlado ni controlable, no exactamente

³³³ Cfr., Ibid., 37.

medido ni mensurable; el buen ordenamiento de la ciudad será justamente eso: tener en cuenta lo que puede pasar.³³⁴

La gran respuesta a los problemas de la virtualidad será trabajar sobre el “medio” como forma de regular los acontecimientos posibles. De esta manera, no se trata, por ejemplo, de acabar con las enfermedades o la delincuencia, sino de considerar las condiciones que permitan reducir al mínimo su impacto negativo en la población, ante la eventualidad de que el desarrollo de la ciudad implique nuevas y más formas de dolencias o de conductas delictuales con el transcurrir de los años. En otras palabras, este modelo -basado en la seguridad-, puesto que está organizado no sólo alrededor de lo que acontece, sino también en torno de lo que puede acontecer, requiere, para funcionar, tomar en cuenta los fenómenos naturales o datos materiales realmente constitutivos del espacio urbano, esto es, la calidad del suelo, del agua, los vertederos, la proximidad con lagos o ríos, el recorrido de los desagües, la polifuncionalidad de algunos elementos, como por ejemplo las calles (lugar de tránsito comercial, pero también espacio de revueltas y amotinamientos), etc. En consecuencia, en el modelo urbano de la seguridad “...se trabaja no sólo sobre datos naturales sino también sobre cantidades que son relativamente reducibles, pero nunca por completo. Como jamás de las puede anular, se trabajará sobre probabilidades”.³³⁵ El espacio de la ciudad deja de ser concebido en términos territoriales para pasar a considerarse un medio al interior del cual una serie de acontecimientos tienen lugar de manera aleatoria. Paralelamente, la ciudad se convierte en “...un medio privilegiado para la exploración empírica de la sociedad desde la perspectiva del gobierno”.³³⁶ Gobernar una ciudad es administrar la serie de acontecimientos posibles; en consecuencia, gobernar el Estado es gestionar y regular todo aquello relativo a la población. Esta constituye el nuevo elemento que surge y se moldea en estrecha relación con la tecnología policial y con el desplazamiento que se opera desde el modelo de ciudad disciplinaria hacia la urbe pensada como espacio de seguridad. El nacimiento de la población, concebida en una dimensión estadística, es decir, como variación de índices, junto con el despliegue de técnicas focalizadas en la administración del medio o entorno en el cual esta cobra significado, contribuirán a redefinir el referente del término “economía”. Esta noción ya no representa la gestión de la familia, sino el gobierno de la población, pero la diferencia no estriba en meras razones cuantitativas, sino que la distancia tiene asidero en la naturaleza misma de aquello que oficia como dominio u objeto de intervención. Pero Foucault va un poco más allá y sostiene que incluso la población no es enteramente el objeto final sobre el cual se despliega la economía, sino que esta versará sobre “lo económico” comprendiendo por tal expresión un nivel de la realidad, un

³³⁴ Ibid., p. 39.

³³⁵ Ibid., p. 39.

³³⁶ Rose, N. y Osborne, T. “Governing cities: notes on the spatialisation of virtue”, en *Society and Space*, ob. cit., p. 741.

recorte en el campo de los acontecimientos naturales. En otras palabras, lo económico coincide con el medio o espacio en el cual se suscitan los acontecimientos aleatorios. Gobernar la población, gestionarla, administrarla, es gobernar el medio en el cual la misma se despliega como un conjunto de indicadores en torno de la vida. De esta manera, el medio o entorno, noción emparentada con el modelo de la ciudad del siglo XVIII, se constituye como un “espacio de seguridad”³³⁷ que es, a la vez, un “espacio económico”³³⁸ que hay que regular para que la población resulte todo lo productiva que el Estado espera.

2.- Dispositivos de seguridad y Fisiocracia. Una nueva tecnología de gobierno

Para Foucault la ciudad de seguridad se erige en torno de lo que llama el “problema de la serie”,³³⁹ esto es, la sucesión de objetos y personas que, además de delimitar un espacio urbano, se produce de manera indefinida. El problema de la serie es el de las series indefinidas.³⁴⁰ Desde esta perspectiva, una multiplicidad de objetos, que alternan su aparición y dirección en el espacio urbano, se entrecruza con una proyección en el tiempo que hace explícita la imposibilidad de determinar con exactitud la dirección de la circulación que cada uno adoptará en el breve lapso. En consecuencia, entre los siglos XVIII y XIX el tratamiento de las series indefinidas se fija a partir del funcionamiento de un conjunto de mecanismos agrupados bajo la denominación general de “dispositivo de seguridad”, que tiene por finalidad la gestión de las series abiertas. Para que esto sea factible, seguridad, aleatoriedad y medio deben componerse en el marco de una misma forma de “problematización”.³⁴¹ Para Foucault,

...la seguridad tratará de acondicionar un medio en función de acontecimientos o de series de acontecimientos o elementos posibles, series que será preciso regularizar

³³⁷ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 40.

³³⁸ Cfr., Cavalletti, A. *Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica*, ob. cit., pp. 162-163. Cavalletti retoma la noción de “espacio económico” de Pierre Dockès para pensar los “espacios de seguridad” foucaultianos. “Podríamos decir, desde nuestro punto de vista, que esos límites [se refiere a los límites de lo que Dockès denomina el “área económica elemental”] son indefinidos y al mismo tiempo más rigurosos en tanto son siempre inmanentes a la población, y podríamos leer todo el espacio económico como atravesado por el movimiento recíproco de las zonas de intensidad (o positividad) de la población, como campo dinámico de las seguridades.”

³³⁹ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 39.

³⁴⁰ Cfr., Ibid., p. 39. “Serie indefinida de los elementos que se desplazan: la circulación, cantidad x de carros, cantidad x de transeúntes, cantidad x de ladrones, cantidad x de miasmas, etc. Serie indefinida de acontecimientos que se producen: tantos barcos van a atracar, tantos carros van a llegar, etc. Serie indefinida, asimismo, de las unidades que se acumulan: cuántos habitantes, cuántas casas, etc.”

³⁴¹ Cfr., Foucault, M. *Ética, estética y hermenéutica. Obras esenciales. Volumen III*, trad. Fernando Uría y Julia Varela, Bs. As., Paidós, 1999, p. 371. “Problematización no quiere decir representación de un objeto preexistente, así como tampoco creación mediante el discurso de un objeto que no existe. Es el conjunto de las prácticas discursivas y no discursivas que hace que algo entre en el juego de lo verdadero y de lo falso y lo constituye como objeto para el pensamiento”.

en un marco polivalente y transformable. El espacio propio de la seguridad remite entonces a una serie de acontecimientos posibles, remite a lo temporal y a lo aleatorio, una temporalidad y una aleatoriedad que habrá que inscribir en un espacio dado.³⁴²

Si bien la noción de “medio” es ajena al discurso de los urbanistas y arquitectos del siglo XVIII, Foucault advierte que el tratamiento que estos hacen de los problemas de la ciudad se condice con el sentido que el término adquiere hacia la época, tanto en la mecánica clásica newtoniana como en la biología de Lamarck.³⁴³ Esto significa que el medio adquiere un papel fundamental en la comprensión de lo viviente; uno y otro forman parte de un sistema que los correlaciona, generando una circularidad de causas y efectos en sus interacciones mutuas. Al mismo tiempo, el medio no puede dejar de ser pensado, tasado e intervenido al respecto de instancias de gobierno de la población, de alcanzar objetivos programados, de modificaciones en las variables que constituyen la imagen estadística de la población, etc. En consecuencia, la intervención del medio -concebido principalmente alrededor del espacio urbano de fines del siglo XVIII y principios del XIX- resulta la condición de posibilidad para la gestión de las series y, por lo tanto, para modificar, corregir o formular proyecciones futuras a partir de las probabilidades.

En el curso del año 1978 Foucault caracteriza el dispositivo de seguridad a partir de dos registros: a) el primero, realizado en el nivel del acontecimiento, remite al modo en que es tratado, intervenido o gobernado lo aleatorio; b) el segundo, confeccionado en el nivel de la constitución del dominio -i.e. la población-, se focaliza en las técnicas y estrategias de normalización que recortan un objeto sobre el trasfondo de una multiplicidad.

Para dar cuenta del primer aspecto de los mecanismos de seguridad Foucault recurre al ejemplo de los problemas generados en torno de la escasez de alimentos hacia los siglos XVII y XVIII, acontecimientos que relee a la luz de las intervenciones de los fisiócratas y de las modificaciones introducidas alrededor del mercantilismo. En este sentido, la escasez aparece, en los siglos mencionados, como motivo del alza de precios, del consecuente empobrecimiento de la población -principalmente urbana- y de la inminencia de la revuelta.³⁴⁴ El mercantilismo o, mejor aún, la policía, adopta frente a la escasez una estrategia preponderantemente jurídico-disciplinaria, esto es, el despliegue de un conjunto de técnicas orientadas a impedir que el acontecimiento escasez tenga lugar. Para ello, el Estado prohíbe o limita la exportación de granos, el acopio y reglamenta el cultivo. Para Foucault, todas las medidas antiescasez tienden a delimitar con exactitud

³⁴² Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 40.

³⁴³ Foucault hace referencia al trabajo de Canguilhem, G. “The Living and Its Milieu”, en *Grey Room*, trad. John Savage, N° 3, Spring 2001, pp. 6-31.

³⁴⁴ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 47.

la velocidad y la dirección de la circulación del grano (evitar que se mueva al exterior, acelerar la llegada del mismo al mercado y a la población, etc.).³⁴⁵

La contracara de este conjunto de técnicas de administración de la economía estatal la representa el pensamiento que se articula con los fisiócratas. El planteo de los mismos - especialmente de Quesnay, según la bibliografía recuperada por Foucault- instituye como principio de un buen “gobierno económico” la libre circulación y comercialización de granos. En el caso particular de Inglaterra esto se tradujo en la supresión de las barreras aduaneras que impedían el libre comercio con otros Estados, así como en la introducción de estímulos -primas- o aranceles a la importación, dependiendo la necesidad de establecer “correcciones” sobre la base de un patrón de intercambio considerado justo, adecuado o normal. En Francia, las intervenciones de Vincent de Gournay, difusor de las ideas de Cantillon y acuñador de la expresión “dejar hacer, dejar pasar”, y de su discípulo, Louis-Paul Abeille, durante la segunda mitad del siglo XVIII, permiten consolidar los principios fundamentales de la fisiocracia.

Lejos de pensar que de lo que aquí se trata es de una teoría aplicada al orden de las prácticas concretas,³⁴⁶ Foucault subraya que el desplazamiento en el punto de vista referido al tratamiento del fenómeno escasez debe rastrearse alrededor de la aparición de un conjunto de nuevas técnicas de gobierno, esto es, la constitución histórica del dispositivo de seguridad y los elementos que darán forma a la racionalidad política de gobierno -liberalismo-, en el marco de la cual operan su funcionamiento. En otros términos, no se trata de comprender el surgimiento de las tesis que luego darán lugar a la economía política como formando parte de un cuerpo estable de enunciados, o respondiendo a una *episteme* común a otras formaciones discursivas, sino de analizarlas desde el punto de vista de las “tecnologías políticas” en la superficie material de su emplazamiento, esto es, textos, proyectos, programas, explicaciones, etc.³⁴⁷ La correlación entre perspectiva de análisis y herramientas conceptuales encuentra en la clase del 18 de enero de 1978 una armadura sólida en torno de la fisiocracia. Uno de los primeros puntos destacados por Foucault, tal como fue mencionado, consiste en no comprenderla como una teoría o una ideología que, gestada en determinadas mentalidades individualidades, se plasme en la realidad. No se trata de dar cuenta de la forma en que los hombres se representan el intercambio económico, sino de emplazar el análisis en una perspectiva genealógica que permita identificar las condiciones de emergencia de una determinada tecnología de poder. Una genealogía de las tecnologías políticas desplegadas durante el siglo XVIII requiere poner el acento en tres componentes o indicadores asociados al recorte tecnológico de los

³⁴⁵ Cfr., Ibid., pp. 49-50.

³⁴⁶ Cfr., Ibid., p. 51. “...creo que sería inexacto considerar que esta forma de elección política, esta programación de la regulación económica, no es sino la consecuencia práctica de una teoría económica”.

³⁴⁷ Cfr., Ibid., p. 55.

problemas, esto es: a) estrategia; b) programa; y c) objetivo.³⁴⁸ Este conjunto de elementos permite comprender el modo de relación que existe entre las nociones de tecnología y dispositivo para una analítica del poder en términos de gobierno.

Con respecto a la estrategia, esto es, el primer indicador que permite armar una lectura de la fisiocracia como tecnología política de gobierno, Foucault sostiene que, alrededor del problema de la escasez, se despliegan una serie de técnicas orientadas a regular el alza de precios -esto es, la forma en que la escasez se manifiesta en el mercado- sin recurrir a la prohibición de la ley o a la reglamentación estricta acerca de las acciones a seguir. La novedad a nivel de estrategia pasa por tratar de compensar, regular o anular el alza de precios a partir de las mismas condiciones “naturales” dentro de las cuales esta puede manifestarse. En otros términos, se trata de que la situación que produce la escasez se equilibre a partir de los elementos que, bajo una determinada relación, se compusieron para darle forma. Esto presupone no recurrir a ningún tipo de exterioridad a la superficie misma en la que los fenómenos se producen -leyes, reglamentos, decretos, etc.-, sino permitir que los acontecimientos sigan su curso sin interrupciones. Ante la eventual suba de los precios y el inminente estado de escasez se garantiza el libre acopio de grano, así como los intercambios comerciales con otros Estados para, de esta manera, dejar que el propio juego de la oferta y la demanda en un mercado libre de restricciones compense los desequilibrios producidos en una región.³⁴⁹

El “dejar hacer, dejar pasar” como estrategia delimita la funcionalidad y especificidad del dispositivo de seguridad. Foucault destaca que este mecanismo: a) favorece la libre circulación de mercaderías y personas entre regiones y Estados; b) como consecuencia de ello, relativiza la importancia que la ley y el reglamento tienen en el régimen de libre mercado (lo cual no significa que ambos elementos no estén presentes, sino que, en todo caso, se articulan alrededor del principio de “dejar hacer” para garantizarlo jurídicamente o bien reglamentarlo en los casos que sea menester); c) tiene un carácter fuertemente “centrífugo”,³⁵⁰ lo cual significa que, a diferencia de la disciplina, que separa, recorta y restringe espacios para poder intervenirlos, los dispositivos de seguridad integran la mayor cantidad de elementos posibles, tanto a nivel del saber y de los análisis especulativos que favorecen o exigen como en la operatoria misma que despliegan. Organizan y permiten “circuitos cada vez más grandes” integrando “...la producción, la psicología, los comportamientos, las maneras de actuar de los productores, los compradores, los consumidores, los importadores, los exportadores, y se integra el mercado mundial”.³⁵¹ En síntesis, la estrategia de la fisiocracia, en tanto tecnología política de gobierno, pasa por desplegar dispositivos de seguridad que maximicen la circulación en distintos órdenes de

³⁴⁸ Cfr., Ibid., p. 56

³⁴⁹ Cfr., Ibid., p. 59.

³⁵⁰ Cfr., Ibid., pp. 66-67.

³⁵¹ Cfr., Ibid., p 67.

realidad, ampliando la unidad de análisis del mercado y llevándola hasta el grano, como centro de una serie indefinida de procesos y acontecimientos que tienen lugar a su alrededor.

La unidad de análisis ya no será a la sazón el mercado con sus efectos de escasez y carestía, sino el grano, con todo lo que puede sucederle y en cierto modo le sucederá naturalmente, en función de un mecanismo y de leyes que serán alteradas tanto por la calidad del terreno, el cuidado puesto en el cultivo, las condiciones climáticas de sequedad, calor, humedad, como, en definitiva, por la abundancia o la escasez, el envío al mercado, etc. El acontecimiento sobre el cual se intentará influir será la realidad del grano, mucho más que la obsesión por la escasez.³⁵²

El segundo elemento a tener presente dentro de la caracterización tecnológica de la fisiocracia es el “programa”. Foucault comprende bajo esta denominación las consecuencias o resultados económico-políticos que tiene el despliegue estratégico del dispositivo de seguridad.³⁵³ En este sentido, y a partir de la instrumentación que la fisiocracia hace de dicho mecanismo, es posible delimitar un programa fisiocrático que se caracteriza por disociar el acontecimiento “escasez” en dos niveles. Por un lado, el nivel de los acontecimientos individuales, esto es, el hambre y las penurias que algunos individuos sufren como consecuencia de la carestía y la falta de alimentos, y, por otro, el nivel de la población, esto es, de los fenómenos colectivos o globales en el marco de los cuales la escasez será una “quimera”.³⁵⁴ De esta manera, el programa fisiocrático muestra no sólo una cesura en el acontecimiento, sino una jerarquización de los niveles resultantes de la misma. El nivel de la población es el que fundamentalmente interesa al “gobierno económico”, puesto que se trata de fenómenos masivos, de los “grandes números” que importan al Estado y a un régimen todavía preocupado por su fortaleza. El otro, el nivel de los acontecimientos individuales, de la multiplicidad, de los que mueren de hambre, resulta relevante sólo en la medida en que se constituye como un instrumento o medio para intervenir en los fenómenos propios de la población. Es un punto de apoyo o un relevo de esta última. Al respecto Foucault sostiene.

Se va a permitir la creación y el desarrollo de ese fenómeno de carestía y penuria en tal o cual mercado, en toda una serie de mercados, y esa realidad misma a la cual se otorga la libertad de desarrollarse, ese fenómeno, va a provocar justamente su automoderación y su autorregulación. De ese modo ya no habrá escasez en general,

³⁵² Ibid., pp. 56-57.

³⁵³ Cfr., Ibid., p. 62. Por “programa” no debe comprenderse un plan de gobierno debidamente esquematizado y concebido al detalle por algún tipo de “mentalidad”, sea la de los políticos o los economistas, o bien la de una determinada clase. Foucault traza la figura del programa no a partir del origen de las disposiciones técnicas, sino en función de sus consecuencias y efectos. El programa es una reconstrucción, es algo que está después de las prácticas, no antes.

³⁵⁴ Cfr., Ibid., pp. 58-59. Foucault destaca el modo en que la escasez es relativizada frente a las preocupaciones que la policía de granos, en el contexto mercantilista, había instalado en torno de la misma. Así, la escasez aparece como una “quimera” para Abeille, como algo “artificial”, para Lemerrier y como una “enfermedad de la imaginación”, para Galiani.

con la condición de que para toda una serie de gente, en toda una serie de mercados, haya cierta escasez, cierta carestía, cierta dificultad para comprar trigo y por consiguiente cierta hambre...³⁵⁵

La disociación del acontecimiento escasez entre el nivel de la multiplicidad de individuos y el de la población -operación que realiza el dispositivo de seguridad- habilita una distinción y una jerarquización, en la que el primer elemento se encuentra supeditado al segundo. Así, para que la carestía y el hambre no se extiendan al nivel de la población, algunos pasarán penurias y hasta morirán. Sólo así la escasez se vuelve una quimera, esto es, sólo cuando el principio de su autorregulación conlleva necesariamente la muerte o la hambruna de algunos individuos.³⁵⁶

El tercer elemento a tener presente en el análisis tecnológico de la fisiocracia es el objetivo. El programa fisiocrático expone en relieve un objeto novedoso³⁵⁷ sobre el cual se articulan los mecanismos y los saberes en el juego de las intervenciones reguladoras: la población. La misma no sólo no es pensada como un conjunto de súbditos, a la manera en que el mercantilismo o la policía lo hacen, sino que, a su vez, está ligada estrechamente a un medio que es artificial -la ciudad-, a la vez que natural. La condición de su pervivencia pasa por regular el medio en el cual se inscribe; gobernarla, esto es, que se conduzca de una manera determinada y no de otras, no es un asunto que se pueda resolver a partir de leyes o reglamentos disciplinarios. El gobierno de la población es una cuestión relativa a la regulación del medio; se trata de asegurar que los fenómenos ligados a la misma se manifiesten en su naturalidad. Por ello, la circulación debe garantizarse y promoverse, aunque no direccionarse, como acontece en el mercantilismo. Gobernar la población es intervenir de forma tangencial en el medio que la atraviesa y conforma.

De esta manera, la fisiocracia inaugura, frente a la policía, una práctica tecnológica novedosa que tiene por estrategia principal la puesta en funcionamiento de dispositivos de seguridad, un programa también novedoso -i.e. permitir la circulación del mayor número de elementos-, y un objeto -objetivo- que, en buena medida, había comenzado a moldearse un tiempo antes: la población. Estos elementos, así como la nueva disposición que los mismos ocupan en el nivel de las prácticas, generan, como efecto connatural, una reestructuración del saber. De la misma manera, el saber efectúa cambios en la articulación de los mismos. En medio de este juego de causalidades circulares, resulta claro para Foucault que fueron dadas las condiciones prácticas para la constitución de nuevos saberes (técnicos o estadísticos), de ciencias (como es el caso de la economía

³⁵⁵ Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 62.

³⁵⁶ Cfr., Ibid., p. 63. "El acontecimiento escasez, entonces, queda disociado. La escasez como flagelo desaparece, pero la penuria que hace morir a los individuos no sólo no desaparece sino que no debe desaparecer".

³⁵⁷ Aunque, como ha sido señalado con anterioridad, ya se encuentra delimitado y esbozado por los problemas relativos a la tecnología política de gobierno vigente hasta buena parte del siglo XVIII, esto es, la policía.

política o las ciencias humanas), o de espacios, mitad naturales, mitad artificiales, capaces de poseer una impronta epistémica fundamental (el mercado).

3.- El Utilitarismo. Instrumento teórico y tecnología de gobierno

Entre las últimas clases del curso de 1978 y las primeras tres clases del curso de 1979, Foucault identifica los principales elementos que dan forma a la racionalidad liberal, así como también destaca el juego de relaciones que se produce entre los mismos. Esta secuencia de reflexiones revela que, para comprender el nacimiento del liberalismo durante el siglo XVIII, es preciso considerar no sólo la constitución de la economía política o el desarrollo, en el campo jurídico, de los derechos liberales fundamentales, sino también dos elementos correlativos a estos acontecimientos: a) el mercado y b) el utilitarismo.

El primero de estos elementos no es nuevo. Foucault afirma que, de manera previa al nacimiento de la economía política, el mercado surge en el interior de la reflexión jurídico-política hacia el Medievo, y se extiende, bajo dicho modo de problematización, hasta los siglos XVI o XVII.³⁵⁸ En efecto, durante este período, el mercado es considerado un lugar de jurisdicción, esto es, de justicia alrededor de los precios que las mercancías deben poseer. En consecuencia, el despliegue de controles y reglamentos, que para la época es denominado policía (y que constituye toda una tecnología de gobierno de los individuos), tiene como objeto evitar que, en el marco de las transacciones entre vendedores y compradores, se introduzcan valores abusivos sobre productos básicos -i.e. que los precios difieran del valor por razones ligadas a la arbitrariedad de intereses-, y que, de esta manera, se incrementen las posibilidades de escasez y, por ende, de revueltas.³⁵⁹

Hacia mediados del siglo XVIII, a partir de la serie de intervenciones teóricas que delimitan el nuevo campo epistémico de la economía política, el mercado cobra, de acuerdo con Foucault, la forma de un "lugar de verdad". Esto significa que, al interior de la dinámica de intercambios que lo constituye, el valor de las cosas, expresado en su precio, se revela de modo natural, esto es, no mediado por la intervención de ninguna instancia gubernamental, como ser reglamentos, decretos, etc.³⁶⁰ Para que esto sea posible, es decir, para que el mercado asuma la funcionalidad de un espacio formador de precios, o, en otras palabras, un lugar epistémico, puesto que indica el precio verdadero de las cosas, es preciso que se respete la naturalidad -espontaneidad- con la que se producen las relaciones de intercambio. En otras palabras, la naturalidad de las relaciones comerciales sostenidas entre individuos, sin ninguna forma de limitación o condicionamiento por parte del Estado, es la condición *sine qua non* para la formación de precios verdaderos. En este punto, se revelan dos componentes que definen la singularidad del mercado a partir del

³⁵⁸ Cfr., Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., pp. 46-47.

³⁵⁹ Cfr., Ibid., p. 47.

³⁶⁰ Cfr., Ibid., p. 48.

siglo XVIII, esto es, la naturalidad o espontaneidad de los procesos y el estatuto de espacio epistémico que el mismo adquiere cuando se realizan las condiciones de libre intercambio.

En el curso de 1978 Foucault sostiene que una de las primeras grandes brechas que los fisiócratas promueven frente a la policía es la no artificialidad³⁶¹ en la constitución del precio.³⁶² En este sentido, el mismo debe lograr, sin intervenciones, un punto de equilibrio propio. “Se trata de la naturalidad de los mecanismos que, cuando los precios suben, y si se los deja subir, permiten que se detengan por sí solos”.³⁶³ Esta naturalidad de los procesos ligados al intercambio de bienes no es, sostiene Foucault, equivalente a la naturalidad con la que tienen lugar los acontecimientos de la naturaleza. La diferencia estriba en el hecho de que la naturalidad del mercado es fruto de las relaciones que se producen entre los hombres cuando viven juntos. Es el resultado de lo que acontece cuando los hombres conviven en una ciudad, producen, intercambian, expresan deseos e intereses, etc.³⁶⁴ Aún más, la naturalidad es la condición que adviene como consecuencia de una libre competencia entre los deseos e intereses de los particulares. Foucault sostiene, al revisar el legado de los fisiócratas para los economistas políticos:

Se dejará actuar la competencia entre particulares, y precisamente ese juego del interés de los particulares que compiten unos con otros y cada uno de los cuales procura el máximo beneficio para sí mismo permitirá al Estado o a la colectividad e incluso a la población en su conjunto embolsar, de algún modo, los beneficios de esa conducta de los particulares, es decir, tener granos al precio justo y disfrutar de una situación económica lo más favorable posible.³⁶⁵

En este pasaje se encuentran reunidos los elementos fundamentales del liberalismo. Si se deja actuar a los agentes económicos en función de sus intereses y deseos de maximizar beneficios, no sólo los precios llegarán a un equilibrio en relación con el valor de las cosas, sino que esto conducirá a un estado de mejoría colectiva en el nivel de la población. Espontaneidad de los procesos de intercambio, naturalidad del equilibrio de los precios e impacto en el nivel global y masivo de la población, tales son las condiciones y los efectos del mercado a partir del siglo XVIII. La naturalidad de los fenómenos económicos implica no hacer uso de reglamentos o leyes para condicionar la dirección de la circulación de mercancías (de manera semejante a lo sostenido por los fisiócratas), lo

³⁶¹ Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 399. “Artificialismo de la gubernamentalidad de policía, artificialismo de la razón de Estado”.

³⁶² Cfr., Ibid., p. 393. “...si el grano se paga bien, vale decir, en cierto modo, si se deja subir su precio tanto como quiera, tanto como sea posible, en función de la oferta y la demanda y de la escasez y el deseo de los consumidores, ¿qué va a pasar? Pues bien, el precio no seguirá subiendo de manera indefinida, se fijará, ni demasiado alto ni demasiado bajo; se establecerá simplemente en un nivel que es el del valor justo”.

³⁶³ Ibid., p. 400.

³⁶⁴ Cfr., Ibid., p. 400.

³⁶⁵ Ibid., p. 396.

cual no significa que dichos elementos no sean empleados para garantizar la libre competencia e intercambio.

Por otro lado, pero en estrecha relación con el mercado, Foucault destaca que la población también es asumida, para la misma época, desde la naturalidad y espontaneidad de los procesos que le son propios -vida, muerte, enfermedades, etc.-. Sin embargo, esta naturalidad biológica, propia de la población concebida en el nivel de la especie humana, alterna con la naturalidad de los procesos poblacionales -i.e. desplazamientos, transformaciones, aumentos y disminuciones-.³⁶⁶ Estos acontecimientos no sólo están vinculados con el plano biológico de la especie, sino que también se rigen por la dinámica que adquieren las relaciones entre individuos. Foucault sostiene que “...entre cada uno de los individuos y todos los demás se produce toda una serie de interacciones, de efectos circulares, de efectos de difusión que permiten, entre cada uno y el resto, la existencia de un vínculo que no es el constituido y promovido por el Estado, sino un vínculo espontáneo”.³⁶⁷ Y ese nexo espontáneo, es decir, natural, resulta estar definido, para el filósofo francés, por lo que denomina la “mecánica de intereses”. La población se convierte, de esta manera, en un indicador preciso acerca de la utilidad o inutilidad de las intervenciones del gobierno, de los decretos, de las leyes o reglamentos, etc. Foucault sostiene que “...el problema de la utilidad, de la utilidad individual y colectiva, de la utilidad de cada uno y de todos, de la utilidad de los individuos y la utilidad general, será en definitiva el gran criterio de elaboración de los límites del poder público...”.³⁶⁸ El juego espontáneo de los intereses que tensiona la cuerda entre la utilidad individual y la utilidad general -o del mayor número posible- se vuelve un barómetro capaz de indicar el éxito o fracaso de las acciones gubernamentales³⁶⁹ la igual que el respeto por la verdad de los precios, que el mercado revela necesario cuando los procesos de intercambio se producen en una natural espontaneidad. De acuerdo con Foucault, “...como categoría general que va a englobar el intercambio y la utilidad, tenemos desde luego el interés, pues el interés es el principio de intercambio y criterio de utilidad”.³⁷⁰ De aquí que esta noción de “interés” se convierta en un puente entre la comprensión de la dinámica del mercado y, en términos más amplios, la razón de las acciones individuales y sus efectos en el orden de los fenómenos colectivos; en otros términos, el interés se constituye en el principio fundamental de la racionalidad liberal. La importancia del utilitarismo en torno de este conjunto de problemas queda cada vez más explícita. En efecto, si la nueva racionalidad de gobierno, que caracteriza al liberalismo, se articula sobre la manipulación

³⁶⁶ Cfr., Ibid., p. 402.

³⁶⁷ Ibid., p. 402.

³⁶⁸ Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., p. 63.

³⁶⁹ Cfr., Ibid., p. 33.

³⁷⁰ Ibid., p. 64.

de intereses,³⁷¹ entonces el utilitarismo, como conjunto de reflexiones alrededor de problema del interés, puede considerarse como el instrumento teórico³⁷² fundamental que atraviesa la constelación de técnicas dispuestas en vistas al gobierno y administración de los intereses.

Para Foucault, una genealogía del sujeto de interés conduce necesariamente al empirismo inglés, cuya teoría del sujeto lleva al filósofo francés a afirmar que representaba una de las mutaciones más importantes acontecidas en Occidente, desde la Edad Media.³⁷³ En el pensamiento de esta tradición, pero especialmente en Hume, Foucault detecta la formulación de una teoría del sujeto construida en términos de intereses. De acuerdo con ésta, las elecciones realizadas sobre la base de un principio “irreducible e intransmisible”, referido al sujeto atomístico, funda el “interés”.³⁷⁴ Se trata de aquellas elecciones efectuadas sobre la base de un criterio que, por un lado, no puede reducirse a algo que esté más allá del dolor o placer obtenido por el individuo que las lleva a cabo y, por otro, sus razones no son enteramente comunes a dos individuos que, en términos generales, puedan considerarse semejantes. Sin embargo, pese al carácter intransferible de los intereses individuales en función de los cuales se ejecutan las elecciones, la mecánica de intereses imprime una correlación entre los mismos, de manera tal que las acciones libres dirigidas a satisfacer intereses individuales redundan en beneficios colectivos. Buena parte del siglo XVIII piensa el juego de los intereses alrededor de una mejora colectiva anclada en la autosatisfacción de los intereses individuales.³⁷⁵

Por un lado, naturalidad del mercado, comprendida en función de la espontaneidad de los procesos de intercambio, por otro, naturalidad de la población, entendida bajo un doble aspecto: naturalidad biológica y naturalidad o espontaneidad en el juego de los intereses. Foucault sostiene que “...esta noción de la naturaleza va a bascular enteramente alrededor de la economía política”,³⁷⁶ su importancia, en resumidas cuentas, radica en ser “la otra cara” de las prácticas de gobierno, esto es, un laboratorio de experiencias gubernamentales en el que los resultados obtenidos a partir de las intervenciones del gobierno sirven como parámetros para regular los niveles en los que naturalidad-espontaneidad y artificialidad -intervención- se entrecruzan. Para Foucault, la importancia de la naturaleza, de la naturalidad de los procesos, radica en que “...corre por debajo, a través, dentro del ejercicio mismo de la gubernamentalidad. Para decirlo de algún modo, es la hipodermis indispensable. Es la otra cara de algo cuya faz visible, visible para los gobernantes, es la propia acción de éstos”.³⁷⁷ Y es este correlato de la práctica de

³⁷¹ Cfr., Ibid., p. 64.

³⁷² Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 98.

³⁷³ Cfr., Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., p. 311.

³⁷⁴ Cfr., Ibid., p. 313.

³⁷⁵ Cfr., Ibid., pp. 316-317.

³⁷⁶ Ibid., p. 33.

³⁷⁷ Ibid., p. 33.

gobierno, siempre presente, lo que se vuelve objeto de atención por parte de la economía política. Esta se centra en el estudio de la naturalidad del juego de intereses, en el nivel de los fenómenos poblacionales, y de la naturalidad de los intercambios comerciales entre los hombres, en el orden del mercado. Interés y mercado pasan a ser, entonces, el domino sobre el cual versa la economía política.

La constitución de un saber sobre un dominio específico y, al mismo tiempo, fundamental para la práctica de gobierno presenta dos consecuencias centrales: a) la primera, señala la marginación y redefinición de las funciones del derecho y de los reglamentos, comprendidos como herramientas de intervención directa del Estado en el nivel de la población o en la regulación del mercado; b) la segunda, enuncia el despliegue de mecanismos de seguridad que tienen, entre sus finalidades, compensar el riesgo y el peligro que conlleva la producción de libertad en los ámbitos de la sociedad civil y el mercado.

Con respecto a la primera de las consecuencias mencionadas, la economía política establece la “inutilidad” del empleo de la reglamentación, el decreto o la ley para determinar las condiciones que debe reunir un proceso -la dirección de la circulación de bienes en el intercambio, el precio, etc.- De acuerdo con Foucault, la reglamentación, instrumento privilegiado de la tecnología de gobierno denominada policía, “...no se limita a ser nociva; peor aún, es inútil”.³⁷⁸ Y esto es así porque cada vez que se pretende modificar o torcer el curso de un conjunto de acciones, fenómenos o procesos, a partir de elementos exóticos al mismo, lo que se obtiene no es más que lo contrario a lo buscado.³⁷⁹ Esto significa no sólo que carecen de interés y utilidad las intervenciones directas sobre la aleatoriedad de los fenómenos, sino que las intervenciones gubernamentales o estatales ven limitado su radio de acción, siempre y cuando las mismas consistan en los diferentes modos de la prohibición.³⁸⁰

Ahora bien, este conjunto de limitaciones a la acción estatal y marginaciones, realizadas con respecto a sus herramientas clásicas de intervención directa -i.e. derecho, decretos y reglamentos-, no tiene como corolario la constitución de un espacio liberado de cualquier forma de regulación. La no intervención del Estado y la consecuente necesidad de administrar las condiciones necesarias para la producción permanente de libertad, así como el eventual peligro de que el carácter espontáneo de algunos procesos derive en formas no ajustadas a los objetivos amplios de una racionalidad de gobierno liberal, vuelven necesaria la introducción de mecanismos de seguridad. A través de los mismos, “será preciso manipular, suscitar, facilitar, dejar hacer; en otras palabras, será preciso manejar y ya no reglamentar”.³⁸¹ El liberalismo, comprendido como un conjunto de

³⁷⁸ Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 394.

³⁷⁹ Cfr., Ibid., p. 394.

³⁸⁰ Cfr., Ibid., p. 403.

³⁸¹ Ibid., p. 403.

técnicas de gobierno de la población, introduce la libertad como condición misma de las nuevas modalidades de intervención y conducción de conductas. Pero, para ello, debe producir y administrar espacios o situaciones en la que procesos o fenómenos se manifiesten en forma espontánea, regulando el modo en que éstos se producen y se desarrollan. En otros términos, debe producir y gestionar la libertad del intercambio garantizando sus condiciones.³⁸² Este nivel mínimo de interferencia, que no es el de la prohibición de corte jurídico, no deja de implicar un costo económico -i.e. el precio de su instrumentación- y, como contrapartida, un riesgo -el peligro al que conduce la ausencia de regulación-. Al respecto, Foucault sostiene:

A grandes rasgos, si quieren, la libertad de comportamiento en el régimen liberal, en el arte liberal de gobernar, está implicada, se la invoca, se la necesita y va a servir de reguladora, pero además es preciso producirla y organizarla... La libertad es algo que se fabrica a cada instante. El liberalismo no es lo que acepta la libertad, es lo que se propone fabricarla a cada momento, suscitarla y producirla con, desde luego, todo el conjunto de coacciones, problemas de costo que plantea esa fabricación.³⁸³

La política de producción de libertad del liberalismo se articula alrededor de una ecuación que reúne, por un lado, las variables referidas al costo de fabricación de libertad, esto es, de todas aquellas instancias que reafirmen o garanticen la naturalidad de las relaciones de producción e intercambio, así como el juego de intereses desplegado entre los individuos y el grupo poblacional (libertad de comercio que evite la hegemonía de algunos países en las transacciones internacionales, libertad de comercio en el mercado interno y resguardo jurídico frente a los efectos monopólicos, mecanismos de asistencia social para producir consumidores, regulación de las actividades sindicales, etc.).³⁸⁴ Por otro lado, la producción de libertad remite a un cálculo del peligro y los riesgos que implica la generación de instancias en las que los intercambios y los intereses procuran “naturalmente” su propio equilibrio (que la libertad de los procesos económicos no se constituya en un peligro para empresarios, inversores o consumidores y trabajadores, así como también que los intereses individuales no pongan en riesgo el interés general, o

³⁸² Cfr., Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., pp. 150-151. “...en el liberalismo del siglo XVIII, ¿qué elemento definía el mercado o, mejor, qué elemento lo describía? Se lo definía y describía a partir del intercambio, el intercambio libre entre dos interlocutores que establecen con ese acto una equivalencia entre dos valores. El modelo y el principio del mercado era el intercambio, y la libertad de mercado, la ausencia de intervención de un tercero, una autoridad cualquiera, a fortiori la autoridad del Estado, se ejercía, por supuesto, para que ese mercado fuera válido y la equivalencia, una verdadera equivalencia”. A continuación, Foucault establece la diferencia con los neoliberales: “...para los neoliberales lo esencial del mercado no está en el intercambio, esa especie de situación primitiva y ficticia imaginada por los economistas liberales del siglo XVIII. Está en otra parte. Lo esencial del mercado está en la competencia”.

³⁸³ Ibid., p. 85.

³⁸⁴ Cfr., Ibid., pp. 84-85.

viceversa).³⁸⁵ El costo de producción de libertad puesto en relación con el costo de la prevención de riesgos, vinculados a la misma, constituye la compleja relación entre libertad y seguridad alrededor de la cual se mueve la práctica gubernamental que caracteriza al liberalismo, así como sus tecnologías específicas de gobierno.³⁸⁶ Sintéticamente, Foucault sostiene:

En el fondo, si por un lado... el liberalismo es un arte de gobernar que en lo fundamental manipula los intereses, no puede -y ésta es la otra cara de la moneda- manipularlos sin ser al mismo tiempo el administrador de los peligros y de los mecanismos de seguridad/libertad, del juego seguridad/libertad que debe garantizar que los individuos o la colectividad estén expuestos lo menos posible a los peligros.³⁸⁷

Este desafío, caracterizado por la tensión entre libertad y seguridad, reintroduce un problema caro al liberalismo, esto es, la intervención de mecanismos de control, vigilancia e, incluso, jurídicos, en medio de la naturalidad de los procesos económicos y poblacionales, sea con el fin de inducirlos, sea para garantizarlos. Foucault sostiene que, en forma correlativa a la inflación de libertades, se despliega, a partir del siglo XVIII, un número importante de técnicas disciplinares³⁸⁸ y jurídicas que convergen bajo la lógica de la seguridad. La función de los dispositivos jurídico y disciplinario, entre cuyas técnicas se incluyen la funcionalidad de la legislación y la reglamentación, se definen por el corte tecnológico del utilitarismo. Este, de acuerdo con las referencias que Foucault hace sobre el mismo en las clases de 1978 y 1979, se ubica en un lugar que no es el de la filosofía ni el de la ideología. En otras palabras, “el utilitarismo es una tecnología del gobierno, así como el derecho público era, en la época de la razón de Estado la forma de reflexión o, si lo prefieren, la tecnología jurídica con la cual se procuraba limitar la línea de pendiente indefinida de la razón de Estado”.³⁸⁹

Esta analogía con el derecho público pone en evidencia la distancia que, de acuerdo con Foucault, separa al utilitarismo de aquella otra tecnología, también contemporánea de la época de la razón de Estado: la policía. A diferencia de esta, que implica en su despliegue una “estatización” de una pluralidad de órdenes ligados a la vida de los individuos y de la población (moral, higiene, comercio, estadísticas, etc.), el utilitarismo, en la línea del derecho público del siglo XVII y XVIII, representa frente al Estado un modo de poner en cuestión las formas de intervencionismo irrestricto, típicas de la razón de

³⁸⁵ Cfr., Ibid., pp. 85-86.

³⁸⁶ Para un análisis del riesgo en términos de tecnología de gobierno en el marco del neoliberalismo, Cfr., O'Malley, P. *Riesgo, neoliberalismo y justicia penal*, trad. Augusto Montero, Bs. As., Ad-Hoc, 2006.

³⁸⁷ Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, ob. cit., p. 86.

³⁸⁸ Cfr., Ibid., p. 88. Foucault relee los trabajos relativos al panóptico de Bentham, desarrollados en *Vigilar y Castigar*, a la luz de la relación libertad-seguridad, propia de la racionalidad liberal.

³⁸⁹ Ibid., p. 60.

Estado.³⁹⁰ A diferencia del derecho público, que esgrime razones ligadas a derechos fundamentales o naturales para recortar el espacio de acción de la práctica estatal de gobierno, el utilitarismo plantea tomar en cuenta los efectos producidos por las acciones -o inacciones- del Estado, esto es, evaluar si es conveniente intervenir, cómo, cuándo y cuánto, en función de las consecuencias que se supone tal intervención provocará. Aquí radica la importancia del mercado y de la economía política, como lugar de formación de la verdad y como discurso de verdad acerca de los fenómenos económicos, respectivamente. Uno y otro permiten calcular el grado y modo de intervención en función de los fines programados y las consecuencias posibles.

³⁹⁰ Cfr., Ibid., pp. 58-61. Con respecto al objetivo común y a las diferencias sustantivas entre las dos tecnologías de gobierno -derecho público y utilitarismo- Foucault se detiene, en el curso de 1979, en la caracterización de lo que denomina los caminos utilitario revolucionario, esto es, los dos modos de plantear el problema de los límites del poder a través del derecho.

CONCLUSIÓN

Más que un enfrentamiento directo con el aporte teórico de Marx, las reflexiones de Foucault, en torno de la economía, dejan traslucir una incomodidad teórica frente a un modo o “clave marxista” de plantear los problemas políticos, que en su conformación posee tanto de vulgata³⁹¹ como de articulación sesuda. El curso de 1976, *Defender la sociedad*, resume, de manera esquemática, dos grandes obturaciones que el “pensamiento marxista”³⁹² provoca en las formas de plantear la relación entre política y economía, en el marco de una perspectiva crítica sobre lo social. Estas son, el economicismo de la teoría del poder y la funcionalidad económica del poder.³⁹³

El primero de ellos organiza la percepción del poder y, por ende, del problema político, alrededor de una analogía con las cosas. El poder es un bien que se transfiere, se toma, se adquiere, etc., mediante un acto jurídico o a través de la mera competencia del mercado. Economicismo de la teoría del poder; en otras palabras, la cosa pasa por situar las prácticas de intercambio y producción en la base de las formas en que el poder político se distribuye en una sociedad como la nuestra. Al mismo tiempo, segunda forma de cerrar la relación entre política y economía, la funcionalidad económica del poder; esto es, atribuirle la capacidad de conservar las relaciones de producción y, de esta manera, prorrogar el ejercicio de una dominación de clase.

Exhibida de esta manera, la esquematización marxista de la relación entre política y economía puede presentarse a partir de tres postulados que, en buena medida, todavía gobiernan el campo de la reflexión contemporáneo sobre acontecimientos sociales. Estos son: a) la autorreferencialidad de la economía, el cual mienta que el saber acerca de lo económico encuentra la razón del modo en que se estructuran y se organizan sus elementos en los procesos económicos; b) el carácter inocuo de la teoría, el cual destaca que, a pesar de contribuir a prorrogar relaciones de dominación de una clase sobre otra -funcionalidad económica-, los discursos de las ciencias no hacen otra cosa más que distorsionar la realidad de las relaciones de producción capitalistas; finalmente c) ingenuidad en la concepción del poder, a través del cual se sostiene que una vez solucionados los problemas provenientes del orden económico, inmediatamente deberían cesar las formas de dominación en el plano político.

Este diagnóstico, más o menos representativo del campo intelectual de buena parte del siglo XX, conduce directamente a la formulación del problema que motivó la confección de

³⁹¹ En efecto, la mayor parte de las discusiones que Foucault sostiene con el marxismo se realiza a través de polémicas con quienes se consideran exponentes fieles de sus principales postulados, esto es, el PCF o el maoísmo.

³⁹² Bajo la expresión “pensamiento marxista” decidimos reunir tanto sus aspectos más prácticos y partidarios -la vulgata-, como los desarrollos teóricos más polémicos, al interior de la tradición (Althusser).

³⁹³ Cfr., Foucault, M. *Defender la sociedad*, ob. cit., pp. 26-27.

la presente tesis. Poniéndolo en palabras de Foucault, el mismo adquiere los siguientes ribetes y componentes:

[Refiriéndose al poder, Foucault se pregunta] ¿O bien, al contrario, para analizarlo hay que tratar de poner en acción instrumentos diferentes, aunque las relaciones de poder estén profundamente imbricadas en y con las relaciones económicas, aunque las relaciones de poder siempre constituyan, efectivamente, una especie de haz o de rizo con las relaciones económicas? En cuyo caso la indisociabilidad de la economía y lo político no sería del orden de la subordinación funcional y tampoco del isomorfismo formal, sino de otro orden que, precisamente, hay que poner de manifiesto.³⁹⁴

Este problema, -establecer qué instrumentos teóricos permiten analizar el vínculo entre poder y economía, y definir el tipo de relación que se establece entre ambos- encuentra en el desarrollo de la presente tesis un intento de respuesta. El mismo ha adoptado la forma de una insistente sospecha acerca de la relevancia que la noción de “tecnologías de gobierno”, junto con las de “dispositivos” y “racionalidades”, adquiere en la obra de M. Foucault, con motivos del análisis de la razón de Estado, el liberalismo y el neoliberalismo. De esta manera, y con el objetivo de evaluar en qué medida la introducción de estas nociones produce una riqueza relevante a nivel de efectos teóricos, fundamentalmente sobre los problemas trazados alrededor del esquematismo marxista, se articuló un recorrido en tres momentos -el momento del saber, del poder, y de los resultados obtenidos tras la aplicación del nuevo marco analítico-. Estos tres momentos coinciden con las tres partes en que la presente tesis se encuentra dividida.

La primera parte, relativa al momento del saber, ha girado, principalmente, sobre dos obras señeras en esta materia, publicadas hacia fines de la década de 1960, *Las palabras y las cosas* y *La arqueología del saber*. El primero de estos textos permite establecer la configuración epistémica con la que la economía atravesó el “umbral de modernidad” y se constituyó en ciencia -economía política-. Dentro de esta propuesta analítica, en la que se identifican las condiciones que permiten la conformación de enunciados científicos, esto es, principios y reglas que regulan la producción de expresiones que tienen asociado un valor de verdad, resultan destacables las relaciones que Foucault establece con el orden de reflexiones denominado “analítica de la finitud”. Estas muestran que el hombre está ceñido a límites empíricos definidos, sea por el lado de la vida biológica, como por el del lenguaje y el de la producción. La reflexión económica ricardiana viene a insertarse en esta figura epistémica -la finitud-, consolidando los elementos discursivos propios de la reciente economía política (el valor anclado en el trabajo, el consecuente análisis de la producción, el problema de la escasez y la reconducción de los procesos económicos al nivel de su historicidad constitutiva). En este marco de cosas, Foucault sostendrá una afirmación notablemente polémica acerca de la falta de novedad que el marxismo representa en el

³⁹⁴ Ibid., p. 27.

orden de sus condiciones de posibilidad enunciativas. Ubicando a Ricardo y a Marx -en consecuencia la economía política y el marxismo- como hijos de una misma forma histórica de problematización, Foucault revelaba una relación que, a ojos de sus contemporáneos, no podía ser más que una provocación.

En el nivel profundo del saber occidental, el marxismo no ha introducido ningún corte real; se aloja sin dificultad, como una figura plena, tranquila, cómoda y ¡a fe mía! satisfactoria por un tiempo (el suyo), en el interior de una disposición epistemológica que la acogió favorablemente (dado que es precisamente la que le dio lugar) y a la que no tenía a su vez el propósito de dar molestias ni, sobre todo, el poder de alterar en lo más mínimo ya que reposaba enteramente sobre ella. El marxismo se encuentra en el pensamiento del siglo XIX como pez en el agua, es decir, que en cualquier otra parte deja de respirar.³⁹⁵

La respuesta a estas incitaciones no se hizo esperar; *Las palabras y las cosas* fue blanco de críticas de todo tipo, de entre las que Foucault sólo se hizo eco de aquellas que señalaban como realmente problemático el hecho de que no se explicara el paso de una *episteme* a otra. En efecto, las condiciones no discursivas que influyen en la configuración de las formaciones discursivas bien podían ser resueltas a través de una explicación ligada al esquematismo del pensamiento marxista. Ante esta eventualidad, Foucault abrió las puertas, en *La arqueología del saber*, para pensar los modos en que todo aquello que no estuviera montado sobre las denominadas prácticas discursivas -el orden de lo “no dicho”- pudiera interpelarse a efectos de establecer el modo de relación establecido con éstas. De esta manera, la primera parte se cierra con algunas consideraciones sobre los pasajes que, en el texto sobre la arqueología, otorgan elementos para situar, en el mismo nivel de análisis que las prácticas discursivas, las denominadas “prácticas no discursivas”. Con ello, y en un claro movimiento orientado a tratar de resolver un problema no menor, se abre un conjunto de interrogantes que hará virar la filosofía foucaultiana sobre el eje de temas nuevos y apuestas analíticas polémicas.

La segunda parte de la tesis asume el desafío de tratar de ordenar los elementos teóricos que se postulan, durante la década de 1970, para abordar la cuestión del poder. De esta manera, en una primera instancia se ha recuperado una noción cara a la filosofía foucaultiana, esto es, el “dispositivo”, a partir de una triple tipificación del mismo. Así, la propuesta consiste en asumir que cuando Foucault se refiere a dispositivo lo hace en base a alguna de las tres formas generales que este adopta, es decir, la jurídica, la disciplinar y

³⁹⁵ Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, ob. cit., p. 276. También, Cfr., Eribon, Didier. *Michel Foucault y sus contemporáneos*, trad. Viviana Ackerman, Bs. As., Nueva Visión, 1995. “...lo que se encuentra cuestionado por estas breves líneas es toda la empresa althusseriana: lejos de ser una ciencia de la Historia que operaría un corte epistemológico con la “economía burguesa”, el marxismo para Foucault no es más que una de las dos posibilidades producidas por un mismo “acontecimiento” -la organización de la *episteme* moderna- lo que ha “prescripto”, de manera simultánea y solidaria, a la vez la teoría burguesa y su envés, la teoría revolucionaria”.

la relativa a la seguridad. No existe un único modo en que el dispositivo puede ser concebido, sino tres. Estas matrices teóricas comparten un elemento común, que permite reunirlos bajo una misma denominación, esto es, el tratamiento de la multiplicidad y la reflexión sobre técnicas específicas.

Para principios de la década de 1970 Foucault se refiere a su trabajo como a una “microfísica del poder”, señalando con ello que el modelo analítico de los dispositivos permite reflexionar sobre una serie de elementos “menores” y evitar, de esta manera, los caminos trillados del análisis político tradicional -el Estado, el derecho, la legitimidad, las dominaciones globales, etc.-. Este hecho, haber situado el trabajo de los dispositivos en el orden de una microfísica, produjo nuevas tensiones e interpelaciones desde el marxismo, que cuestionaba la ausencia del Estado, y de sus aparatos ideológicos, en una grilla de inteligibilidad que pretendía vérselas con el fenómeno del poder. El gran desafío de esta segunda parte ha consistido, justamente, en reorganizar los elementos teóricos que, durante la misma década de 1970, son contiguos al desarrollo de las reflexiones sobre los dispositivos. En efecto, las nociones de “tecnologías de gobierno”, así como de “racionalidades”, y en especial el modo que su tratamiento encuentra en los cursos de 1978-1979, representan la respuesta a los embates que cuestionaban la efectividad de un abordaje microfísico de los fenómenos políticos. En consecuencia, se ha optado por definir las tecnologías de gobierno como el “arreglo” que, en una época determinada, se presenta entre diferentes dispositivos. Este movimiento permite ampliar la perspectiva de análisis y considerar los modos bajo los cuales se interrelacionan diferentes técnicas, sobre la base de principios y fines específicos. En otros términos, con respecto a este punto se ha ensayado articular la serie dispositivos-tecnologías con la de racionalidades-estrategias, en un gesto motivado por cimentar la posibilidad de un análisis político desarrollado desde una perspectiva global -esto es, teniendo en cuenta fenómenos masivos-.

La tercera y última parte de la tesis representa un intento por rastrear la efectividad de la grilla de inteligibilidad, desarrollada principalmente en la segunda parte de la tesis, en el análisis que Foucault hace del liberalismo en los cursos de 1978 y 1979. En consecuencia, se ha repasado la manera en que la economía modifica su dominio de intervención al pasar del “paradigma” clásico o doméstico al del Estado y la población. Se hace notar que este desplazamiento está puntualizado por Foucault en referencia directa con el desarrollo de un modelo de ciudad que se encontraría a medio camino entre la ciudad disciplinaria y la ciudad de seguridad. En consecuencia, la economía política debe pensarse en el marco de las polémicas sobre el gobierno de los acontecimientos urbanos, ubicadas entre los siglos XVIII y XIX, así como en el intento de proyectar al Estado las prácticas de gobierno que demostraran ser las más efectivas en la ciudad. Se ha puesto especial énfasis en remarcar que el desplazamiento operado entre la noción clásica de economía y la

moderna ha sido mediado por la configuración de un elemento novedoso que encuentra, precisamente en la ciudad, su lugar de emergencia: la población.

Paralelamente, se ha reconstruido el desarrollo que Foucault hace de la fisiocracia y el utilitarismo, comprendiendo a la primera como un dispositivo, cuando se encuentra circunscripta al acontecimiento escasez, pero también como una tecnología de gobierno, cuando se ponen en juego elementos tales como objetivos, estrategias y programas, esto es, reconstrucciones coherentes de prácticas de gobierno. Por otro lado, el desarrollo del utilitarismo, en términos de una tecnología de gobierno de intereses, expone, no sólo el vínculo que reúne al mercado y la población alrededor de procesos naturales o espontáneos, sino el carácter instrumental que la teoría tiene en cuanto a la reflexión sobre las prácticas de gobierno -introducción de nuevos criterios: utilidad e inutilidad de la intervención del gobierno; éxito y fracaso de las prácticas gubernamentales-. En pocas palabras, en esta última parte del desarrollo se ha querido poner en relieve que la apuesta foucaultiana por analizar el liberalismo en términos de dispositivos, tecnologías y racionalidades, integra elementos heterogéneos a las formas tradicionales de abordar los mismos temas. Con esto se hace alusión a que la propuesta difiere de una historia de las ideas, de una discusión epistemológica y de una sociología del conocimiento.

Una crítica de la economía política y del liberalismo en términos de dispositivos, tecnologías y racionalidades trata, más bien, de pensar las formas que han adoptado algunas racionalidades de gobierno en las inmediaciones de nuestro presente. La racionalidad liberal se perfila, a ojos de Foucault, como una racionalidad económica de gobierno, que presenta la particularidad de intentar “liquidar” lo político (comprendiendo por esto último la racionalidad política de la *ratio status*, desarrollada en el curso de 1978). En consecuencia, el tratamiento de la economía en términos de dispositivos y tecnologías deriva en el problema de las racionalidades prácticas. Con esta noción, Foucault alude a un conjunto de prácticas discursivas que se articula en función de principios, objetivos y estrategias, en cierta forma comunes. Esto implica los siguientes supuestos: a) la multiplicidad de las prácticas discursivas; b) la heterogeneidad de elementos que concitan; y c) la posibilidad de establecer ciertas regularidades entre las mismas. Con respecto al primer aspecto, las prácticas discursivas son múltiples en tanto y en cuanto se constituyen como tales a través de diversas modalidades de enunciación y circulación. Su materialidad adopta la forma de textos especializados -disciplinares, técnicos, etc.-, ensayos, programas políticos y económicos, leyes, reglamentos, disposiciones, etc. Cada uno de estos elementos expresan una instancia a través de la cual emergen objetos, se sugieren, estipulan u ordenan cursos de acción, se mientan autoridades en ciertas materias, etc. La “realidad” de tales prácticas radica en el hecho mismo de su posibilidad y efectividad. No en el soporte físico del discurso, sino en las reglas que hacen que el lenguaje se transforme en un conjunto de enunciados con capacidad de generar efectos reales. Tales

prácticas, en muchos casos, están asociadas a saberes epistémicos, pero no se circunscriben enteramente a ellos (en esto radica lo interesante de una propuesta que postule que para analizar la economía política hay que comenzar por todo aquello que la rodea y que no necesariamente forma parte de la cientificidad de su discurso). La regularidad de elementos que enlaza una serie heterogénea de prácticas discursivas, y que constituye, en consecuencia, una determinada racionalidad, se compone no sólo en el nivel de las reglas de formación discursiva, sino en el orden de los principios, objetivos y estrategias comunes a discursos diversos. Podría decirse que no es posible que existan prácticas sin un cierto régimen de racionalidad; sin embargo, y para ser más precisos, habría que distinguir aquí entre prácticas discursivas que, en el marco de una cierta racionalidad, constituyen un orden epistémico (atraviesan los umbrales de cientificidad y formalización, al decir del Foucault de *La arqueología del saber*), y aquellas que no lo hacen. Ambos tipos de racionalidad no pueden ser semejantes. Mientras las primeras remiten a un régimen de verdad y a reglas de formación de enunciados, las segundas se articulan sobre la base de fines y estrategias. Esta distinción no quita que entre un tipo y otro -entre racionalidades científicas y políticas o económicas- se gesten diferentes modos de entrecruzamientos o interferencias.

Postular una noción de racionalidad entendida como conjunto de prácticas discursivas enlazadas por regularidades en la presencia de elementos y, a su vez, considerar que tales racionalidades plantean dimensiones de análisis seductoras a partir de las formas que adquieren sus entrecruzamientos, conlleva una serie de consecuencias en torno del análisis de la economía política y del liberalismo que podría esquematizarse de la siguiente manera:

1. Sustitución del punto de vista basado en la distinción teoría-práctica por el de las prácticas discursivas y los modos históricos de problematización, esto es, por la perspectiva de las “racionalidades prácticas”. Lejos de comprender estas últimas al modo en que tradicionalmente se lo hace -i.e., como lo opuesto a la razón teórica-, las mismas muestran regularidades discursivas con efectos concretos en el plano de la realidad. Esto implica, por ejemplo, poner en un mismo nivel de igualdad tanto lo que se hace en el orden de la teoría económica como lo relativo a la constelación de objetos que se componen en su ejercicio mismo.

2. La racionalidad no remite a una existencia ideal, sino que reclama para sí el estatuto de “real”; esto es así, puesto que la racionalidad se revela como tal en las prácticas discursivas. Pero esto no debe llevar a pensar en las racionalidades como un modelo sobre el que las prácticas se ciñen. Uno y otro elemento se encuentran fusionados y, en el mejor de los casos, se vinculan a través de un circuito de causalidades circulares, esto es, las racionalidades trazan líneas de regularidad entre elementos propios de prácticas discursivas específicas y, a su vez, estas se reacomodan en relación con la efectividad

lograda en un campo de relaciones reales entre cosas e individuos. En consecuencia, si bien las prácticas no son una “aplicación” de la racionalidad, tampoco estas existen de manera previa a las prácticas. El problema de la “aplicación” cobra sentido en el punto de vista tradicional, en el que la teoría guarda, con respecto a la práctica, una relación de primacía e idealidad.

El punto de vista de las racionalidades, en tanto integración de elementos tales como dispositivos, tecnologías y saberes, alrededor de una cierta coherencia y regularidad en las estrategias adoptadas y en los objetivos trazados, permite dejar de lado los postulados - que podían extraerse del marxismo- acerca de la autorreferencialidad de la economía, del carácter inocuo de la teoría y de la ingenuidad en la concepción del poder. La economía liberal no puede identificarse sólo con la teoría -con la economía política- y esta particularidad hace que, en tanto racionalidad, sea complejo remitirla sólo a un conjunto de prácticas concretas denominadas régimen de producción capitalista, como razón última de su modo de ser. En todo caso, la racionalidad económica liberal, que comprende la economía política como forma del saber y diversas técnicas y tecnologías de gobierno, debe estudiarse en relación con otros tipos de racionalidades, esto es, la jurídica, la política, etc. Los puntos de intersección, entre unas y otras, los modos de relación - subsunción, primacía, equidistancia, etc.- y los fenómenos de conjunto que se producen, deben poder servir para reemplazar el punto de vista del economicismo de la teoría del poder tanto como el postulado del carácter inocuo de la teoría -su mera funcionalidad económica como ideología- por una perspectiva que asuma la productividad real de las racionalidades prácticas -su efectividad concreta en la incorporación de nuevos objetos de pensamientos, así como nuevas formas de hacer y pensar-.³⁹⁶

³⁹⁶ Cfr., Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, ob. cit., p. 324. Las reflexiones teóricas, expresadas de diferentes modos, tienen efectos sobre las prácticas y redefinen permanentemente el dominio sobre el cual recaen.

BIBLIOGRAFÍA

Abadía, O. "De la *episteme* al *dispositif*", en *Revista de Filosofía*, Universidad de Costa Rica, XLI (104), Julio-Diciembre de 2003, p. 32. Disponible en <http://inif.ucr.ac.cr/recursos/docs/Revista%20de%20Filosof%C3%ADa%20UCR/Vol.%20XLI/No.%20104/Michael%20Foucault%20de%20la%20episteme%20al%20dispositif.pdf>.

Cortés, Andrea. "El 'hombre-en-el-mundo' y lo *Gestell* heideggeriano en las redes de las nuevas tecnologías", en *Escritos*, Colombia, Universidad Pontificia Bolivariana, vol. 15, N° 34, 2007. Disponible en <http://revistas.upb.edu.co/index.php/escritos/article/view/401>

Quintana, Antonio. "Técnica, ciencia y metafísica, según Heidegger", en *Actas Año IV. Seminario Orotava de Historia de la ciencia*, Tenerife, Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, 1996. Disponible en http://www.gobcan.es/educacion/3/Usrn/fundoro/archivos%20adjuntos/publicaciones/actas/actas_4_5_pdf/Act.IV-V_C004_txi_w.pdf

Agamben, G. "¿Qué es un dispositivo?", en *Sociológica*, No. 73, México, Año 26, Mayo-Agosto de 2011, p. 251. Disponible en <http://www.revistasociologica.com.mx/>.

Agamben, G. *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*, trad. Antonio Cuspina, Valencia, Pre-Textos, 2000.

Agamben, G. *El Reino y la Gloria*, Bs. As., Adriana Hidalgo, 2008.

Ali, Zulfikar, "Implications of the Foucauldian decentralization of economics", en *The Journal of Philosophical Economics*, 2011, vol. 1. Disponible en <http://www.jpe.ro/poze/articole/67.pdf>.

Althusser, L. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, trad. José Sazbón y Alberto Pla, Bs. As., Nueva Visión, 2003.

Amariglio, J., Ruccio, D., *Postmodern moments in modern economics*, Princeton, Princeton University Press, 2003.

Burchell, G., Gordon, C., Miller, P. *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, Chicago, University of Chicago Press, 1991.

Bussolini, J. "What is a Dispositive?", en *Foucault Studies*, No. 10, November 2010, p. 92. Disponible en <http://rauli.cbs.dk/index.php/foucault-studies/article/view/3120>.

Bodin, Jean. *Los seis libros de la República*, trad. Pedro Gala, Madrid, Tecnos, 1997.

Canguilhem, Georges. *Lo normal y lo patológico*, trad. Ricardo Potschart, México, Siglo XXI, 1978.

Canguilhem, G. "The Living and Its Milieu", en *Grey Room*, trad. John Savage, N° 3, Spring 2001.

Castro, E. *Giorgio Agamben. Una arqueología de la potencia*, Bs. As., UNSAM, 2008.

Castro-Gómez, Santiago. *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores; Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar; Universidad Santo Tomás de Aquino, 2010.

Clastres, P. *La société contre L'Etat*, Paris, Les Éditions de Minuit, 2003.

Cappelletti, Ángel J. "Pierre Clastres: La sociedad contra el Estado", en *Revista de Filosofía*, Costa Rica, Universidad de Costa Rica, XXX (72), 1992.

Cavalletti, A. *Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica*, trad. María Teresa D´Meza, Bs. As., Adriana Hidalgo, 2010.

Dean, Mitchell. "Putting the technological into government", en *History of the Human Sciences*, London, SAGE, 1996, vol. 9, N° 3

Deleuze, G. "¿Qué es un dispositivo?", en Deleuze, G. *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*, trad. José Pardo, Valencia, Pre-Textos, 2007.

Deleuze, G., *Foucault*, trad. José Pérez, Bs. As., Paidós, 2005.

Deleuze, G. y Guattari, F. *¿Qué es la filosofía?*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 1995

De Mayerne, Luis Turquet. *La Monarchie aristo-démocratique, ou Le gouvernement composé et meslé des trois formes de légitimes républiques*, París, J. Berjon, 1611.

De La Mare, Nicolas. *Traité de la police...*, París, J. et P. Cot, 1705.

Doit, Roger-Pol, *Entrevistas con Michel Foucault*, trad. Rosa Rius, Bs. As., Paidós, 2008.

Dreyfus, H. y Rabinow, P., *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, trad. Rogelio Paredes, Bs. As., Nueva Visión, 2001.

Eribon, Didier. *Michel Foucault y sus contemporáneos*, trad. Viviana Ackerman, Bs. As., Nueva Visión, 1995.

Foucault, M. *Saber y verdad*, trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Madrid, Ediciones La Piqueta, 1991.

Foucault, M. *El Yo minimalista y otras conversaciones*, Bs. As., La Marca Editora, 2009.

Foucault, M. *Defender la sociedad*, trad. Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2000.

Foucault, M. *Los anormales*, trad. Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2001.

Foucault, M. *El poder psiquiátrico*, trad. Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2005.

Foucault, M. *El gobierno de sí y de los otros*, trad. Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2009.

Foucault, M. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, trad. Ulises Guiñazú, Bs. As., Siglo XXI, 2003.

Foucault, M. *Lecciones sobre la voluntad de saber*, trad. Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2012.

Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, trad. Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2007.

Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*, trad. Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2006.

Foucault, M. *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, trad. Aurelio Garzón del Camino, Bs. As., Siglo XXI, 2005.

Foucault, M. *Estrategias de poder. Obras esenciales. Volumen II*, trad. Fernando Uría y Julia Varela, Bs. As., Paidós, 1999.

Foucault, M. *Ética, estética y hermenéutica. Obras esenciales. Volumen III*, trad. Fernando Uría y Julia Varela, Bs. As., Paidós, 1999.

Foucault, M. *La vida de los hombres infames*, trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, La Plata, Altamira, 1996.

Foucault, M. *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida*, trad. Horacio Pons, Bs. As., Siglo XXI, 2012.

Foucault, M. *La inquietud por la verdad. Escritos sobre la sexualidad y el sujeto*, trad. Horacio Pons, Bs. As., Siglo XXI, 2013.

Foucault, M. *¿Qué es usted profesor Foucault? Sobre la arqueología y su método*, trad. Horacio Pons, Bs. As., Siglo XXI, 2013.

Foucault, M., *El orden del discurso*, trad. Alberto Troyano, Bs. As., Tusquets, 2005.

Foucault, M., *La arqueología del saber*, Bs. As., Siglo XXI, 2005.

Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, trad. Elsa Frost, Bs. As., Siglo XXI Editores Argentina, 2008.

Gordon, Collin. "Afterwords", en Foucault, M., *Power/Knowledge*, Brighton, Harvester, 1980.

Hobbes, T. *Leviatán*, trad. Antonio Escohotado, Bs. As., Losada, 2003.

Hacking, Ian. *La domesticación del azar. La erosión del determinismo y el nacimiento de las ciencias del caos*, trad. Alberto Bixio, Barcelona, Gedisa, 2006.

Justi, Johann. *Grundsätze der Policywissenschaft in einen vernünftigen, auf den Endzweck der Policy gegründeten*, Gotinga, Vandenhoeck, 1756.

Kologlugil, S., "Michel Foucault's archaeology of knowledge and economic discourse", en *Erasmus Journal for Philosophy and Economics*, vol. 3. Issue 2, 2010. Disponible en <http://ejpe.org/pdf/3-2-art-1.pdf>.

Malthus, Thomas. *Ensayo sobre el principio de la población*, trad. Margarita Costa, Bs. As., Claridad, 2007.

Miller, P. y Rose, N. "Governing Economic Life", en *Economy and Society*, London, Routledge, 1990, vol. 19, N° 1.

Miller, P. y Rose, N. "Political Power beyond the State: Problematics of Government", en *The British Journal of Sociology*, London, London School of Economics and Political Science, 1992, vol. 43, N° 2.

Lluch, Ernest. "El cameralismo más allá del mundo germánico", en *Revista de Economía Aplicada*, Universidad de Zaragoza, N° 10, vol. IV, 1996.

Le Maître, Alexandre. *La Métropolite ou de l'établissement des villes Capitales*, Amsterdam, B. Boekholt, 1682.

Lemke, T. et al., *Marx y Foucault*, Bs. As., Nueva Visión, 2006.

O'Malley, P. *Riesgo, neoliberalismo y justicia penal*, trad. Augusto Montero, Bs. As., Ad-Hoc, 2006.

Prieto, Jimena H. "The Utilitarian Foundations of the Economics approach to Human Behavior", en *Documento CEDE*, Colombia, Universidad de los Andes, 27, 2005. Disponible en http://economia.uniandes.edu.co/investigaciones_y_publicaciones/CEDE/Publicaciones/documentos_cede/2005/the_utilitarian_foundations_of_the_economic_approach_to_human_behavior.

Poggi, Gianfranco. *El desarrollo del Estado moderno. Una introducción sociológica*, trad. Horacio Pons, Bs. As., Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

Poster, M., *Foucault, Marxism and History*, Cambridge, Polity Press, Oxford, Basil Blackwell, 1984.

Rose, Nikolas. "Governmentality Studies, liberalismo y control. Entrevista con Nikolas Rose", en *Nuevo Itinerario. Revista Digital de Filosofía*, Resistencia, Chaco, Argentina, Universidad Nacional del Nordeste, 2012, vol. 7, Nº VII. Disponible en <http://hum.unne.edu.ar/revistas/itinerario/revista7/entrevista01.pdf>

Rose, N. y Osborne, T. "Governing cities: notes on the spatialisation of virtue", en *Society and Space*, vol 17, 1999.

Rousseau, J. J., *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, en Rousseau, J. J., "Del Contrato Social. Discursos", trad. M. Armiño, Madrid, Alianza, 1982.

Rousseau, J. J. *Discurso sobre la economía política*, trad. José Candela, Madrid, Tecnos, 1985.

Smart, B. *Foucault, Marxism and Critique*, London, Routledge & Kegan Paul, 1983.

Vigo de Lima, I. *Aproximações de um olhar foucaultiano sobre o institucionalismo de Thorstein Veblen*, publicado por el Departamento de Economía de la Universidad Federal de Paraná. Disponible en http://www.economiaetecnologia.ufpr.br/textos_discussao/texto_para_discussao_ano_2010_texto_11.pdf

Vigo de Lima, I., *Foucault's Archaeology of Political Economy*, New York, Palgrave, 2010.

Walter, Ryan, "Review of Iara Vigo de Lima's *Foucault's archaeology of political economy*. New York (NY): Palgrave Macmillan, 2010, 274 pp.", en *Erasmus Journal for Philosophy and Economics*, Vol. 5, Issue 1, Spring 2012, pp. 106-111.

Zanotti, Gabriel. *Introducción a la Escuela Austriaca de Economía*, Bs. As., Unión Editorial Argentina, 2012.

Para citar este documento

Vega, Guillermo. (2015). Michel Foucault. Para una crítica de la economía política en términos de tecnologías de gobierno (Tesis de posgrado). Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Argentina: Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto. Disponible en: <http://ridaa.demo.unq.edu.ar>